LIBROdot.com

Paulino Lucero

o Los gauchos del Río de La Plata cantando y combatiendo contra los tiranos de la República Argentina y oriental del Uruguay (1839 a 1851)

Hilario Ascasubi

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

HOMENAGE
A la memoria del doctor don VALENTÍN ALSINA,
eminente patriota, virtuoso ciudadano
e ilustre jurisconsulto argentino.

HILARIO ASCASUBI.
París, 2 de agosto 1872.

Prólogo

Después de algunos años consagrados al sostén de los principios de libertad y civilización, en que, teniendo en vista ilustrar a nuestros habitantes de la campaña sobre las más graves cuestiones sociales que se debatían en ambas riveras del Plata, me he valido en mis escritos de su propio idioma, y sus modismos para llamarles la atención, de un modo que facilitara entre ellos la propagación de aquellos principios, es sólo a instancias de mis amigos que he podido resolverme a publicar, reunido a un solo cuerpo, todas las poesías que contiene este libro.

En globo, ellas presentarán al lector como el horizonte lejano de nuestros hechos y sus diversas peripecias; el cual irá perdiéndose de nuestra vista cuando más vamos entrando en la actualidad, donde el cuadro de la realidad principia a hacer desaparecer el aparente límite que a lo lejos diseña aquel ficticio horizonte.

Sin haber podido formar conciencia del mérito real y positivo de mis producciones, lejos de haber tenido en vista antes de ahora poner en un solo cuerpo las que contiene este libro, he temido por el contrario el exponerlas como en un cuadro sobre el cual el público pudiere juzgar de ellas, fuera de la escena en que me fueron inspiradas; circunstancia que tanto contribuye a realzar el mérito de toda producción literaria.

Pero personas más competentes que yo para juzgar de trabajos de esta naturaleza, ya sea movidas por un espíritu de patriotismo, amistad, o simpatía por los principios que he vertido en mis escritos, han conseguido al fin lanzarme el campo de la publicidad. Ellas me han impulsado a ofrecer a mis compatriotas una colección completa de mis trabajos, y no obstante que agradezco el generoso sentimiento que les induce a aconsejármelo así, debo sin embargo hacer caer sobre ellas ya sea el aplauso o el sarcasmo con que fueren recibidos mis trabajos, pues a no ser por sus insinuaciones no me habría expuesto a hacerme acreedor a una u otra cosa; desde que tampoco habría llegado el caso de ofrecer la colección que hoy sale a luz.

HILARIO ASCASUBI.

Jacinto Amores, gaucho oriental, haciéndole a su paisano Simón Peñalva, en la costa del Queguay, una completa relación de las fiestas cívicas, que para celebrar el aniversario de la jura de la Constitución oriental, se hicieron en Montevideo en el mes de julio de 1833

JACINTO llegando a casa de su aparcero Peñalva antes del mediodía

JACINTO: ¡Aquí está Jacinto Amores!
Vengo, paisano Simón,
a ganarle un vale cuatro,
y al grito rayarseló.

SIMÓN: Pues, amigo, si tal piensa,
fieramente se engañó.

JACINTO: ¡Qué me he de engañar, nunquita!

SIMÓN: Se engaña, y creameló,
que en la redondez del mundo
hasta ahora no alumbra el sol
a gaucho alguno que pueda
alzarme al truco la voz.

JACINTO: ¡Barbaridá! Y ¿cómo está?

SIMÓN: Alentao, gracias a Dios.
Y usté ¿diaónde diablos sale
en ese pingo flanchón?

JACINTO: De la ciudá caigo, amigo,
rabiando, y con su perdón
voy a soltar a este bruto,
que desde que lo parió
su madre la yegua...

SIMÓN: ¡Ahijuna!
La madre del redomón,
si le parece, y...

JACINTO: De juro.
(¡Qué viejo tan cociador!)
Pues, como le iba diciendo,
nunca en la vida se vio
de este bruto una obra buena.
¡Ah, maula!

SIMÓN: Pues largueló,
que de flautas de esa laya
dos tropillas tengo yo;
por supuesto, a su mandao.

JACINTO: Eso sí, siempre pintor.

SIMÓN: Como guste; desensille,
y vamos para el fogón,
pues le conozco en la cara
que viene algo secarrón;
y allí, mientras toma un verde,
me contará por favor
si ha visto esas funcionazas
de nuestra Custitución,
de las cuales en el pago
no hay gaucho que dé razón.
Así, merecer deseo
de su boca un pormenor.

JACINTO: Me parece razonable,
amigo, su pretensión;
así, voy a complacerlo,
aunque vengo calentón
por causa de que el caballo
también cuasi me tapó,
allí al cair a la cañada,
aonde tan fiero rodó
que, si no le abro las piernas
en su lindo, hecho mojón
entre el barrial de cabeza
me planta, o me hace colchón.

SIMÓN: No me venga con preludios,
pues ya sé que es parador.

JACINTO: A veces, pero no en todas;
por fin, eso ya pasó.
Y volviendo a su deseo,
en cuanto a conversación
traigo más cuento que infierno
y podré darle razón,
como guste, en lo tocante
al todo de la función.

SIMÓN: ¡Cosa linda!, sientesé;
velay mate, apureló,
y empiece, que estoy ganoso
de escucharlo.

JACINTO: Pues, señor,
partiendo de una alvertencia,
desde el día veintidós,
ya rumbeando a las funciones,
fui a golpiarme al Canelón,
adonde jugando al truco
con el ñato Salvador,
me pasé todo ese día;
y el liendre con su intención,
sintiéndome algunos riales,
y sabiendo mi afición
a echar un trago, a la fija
esa noche me apedó,
y orejiando la pasamos;
y la jugada siguió
hasta el veintitrés de tarde,
que del todo me peló,
y largándome el barato
a la ciudá se largó.
Yo, después de churrasquiar,
apenas escureció,
ensillé el ruano y salí
al trote hasta el Peñarol,
adonde desensillé
en la chacra de Almirón;
y de allí, a la madrugada,
cuanto el lucero apuntó,
cogí despacio, y después
que asiguré un cimarrón,
rumbié al galope a la Aguada,
aonde llegué a la sazón
en que la primer orilla
iba descubriendo el sol.
¡Barajo!... ¡Pero, qué helada,
la que se me levantó
en esa cruzada! ¡Ah, Cristo!
Por poco me endureció,
con todo que para el frío
presumo de aguantador;
pero, esa mañana... ¡eh, pucha!
las narices, crealó,
me gotiaban, y entumido
me apié en lo de un Español,
pulpero de mucho agrado;
y luego que alabé a Dios,
le pedí un vaso de anís,
que para entrar en calor
es bebida soberana;
y apenas me lo alcanzó,

Librodot

al pegarle el primer beso,
de atrás sentí... ¡Bro... co... tón!
el trueno de un cañonazo
que a la casa estremeció.
Y al crujido de los frascos,
los vasos y el mostrador,
por supuesto, mi rocín
de la sentada que dio
hizo cimbrar el palenque,
y en seguida reventó
el cabresto, al mesmo tiempo
que el cojinillo voló
y en medio de las orejas
al pingo se le enredó;
de manera que espantao
y echando diablos salió
campo afuera hasta el Cerrito,
en donde me le prendió
las boliadoras un criollo
que allí se le atravesó.

SIMÓN: Vaya un mozo comedido!

JACINTO: Cabalmente, se portó.
Y como le iba diciendo,
tras del trueno del cañón
un repique general
por todo el pueblo sonó,
y al mesmo tiempo soltaron
en el Cerro un banderón
de la Patria azul y blanco,
y en la esquina con el Sol.
De ahí siguieron menudiando
las campanas y el cañón,
y de tal modo, aparcero,
se me ensanchó el corazón,
que doblé el codo y de un trago
sequé el vaso, crealó;
y luego un ¡Viva la patria!
le atraqué por conclusión.

SIMÓN: En su vida, amigo Amores,
no ha hecho usté cosa mejor;
y en un caso semejante
lo mesmo hubiera hecho yo
y cualquier criollo patriota.
Prosiga.

JACINTO: Pues, sí, señor.
Luego que el vaso apuré
y el cuerpo me entró en calor,
enderecé al bullarengo
cantando muy alegrón;
y al embocarme en la calle
que le llaman del Portón,
la vide de punta a punta
que parecía una flor,
adornada con banderas
de toda laya y color:
las unas de Buenos Aires,
las otras de la Nación;
pero, eso sí, acollaradas,
como quien dice: en unión;
después las de Ingalaterra,
las de Uropa y qué sé yo...
Era puro banderaje
de lo lindo lo mejor.
Así, medio embelesao
con tantísimo primor,
fui a torcer por una esquina,
cuando en esto el redomón
de una yunta de mujeres
se hizo poncho y se tendió
al ver que una en la cabeza
traiba un escarmenador
que era capaz de espantar
al famoso Napolión.
¡La pu... rísima en el queso!
¡si aquello daba temor!
Era más grande que un cuero
la peineta, sí, señor;
de manera que el caballo
tan de veras se asustó
que fue preciso atracarle
las espuelas con rigor.
Al sentir las nazarenas,
tiritando atropelló
en derechura a las hembras,
y una de ellas se enojó
tantísimo y tan de veras,
que la gente se juntó,
al comenzarme a gritar:
«¡Ah, camilucho ladrón,
que te hago pelar la cola
si ruempo mi peinetón!
¡Jesús, mis ochenta pesos!
Favorézcanme por Dios;

vayan a la Polecía
y tráiganme un celador;
o que venga el comisario
y amarre a este saltiador,
gaucho, atrevido, borracho...».
Y la hembra se calentó
a decirme desvergüenzas,
que a no ser por la afición
que le tengo y le tendré
siempre al ganado rabón,
me dejo cair y allí mesmo
la castigo, o qué sé yo.

SIMÓN: Pues, amigo, en no hacer caso
no hay duda que la acertó,
porque las hembras puebleras
en cuanto se enojan son
como víboras toditas;
y en teniendo un camisón
de tafetán o lanilla,
ya tienen la presunción
de unas virreinas, y así
se largan de sol a sol
con el corpiño ajustao
y llenas de agua de olor,
sin camisa algunas veces,
pero con su peinetón;
pues como es prenda de moda,
ahí largan todo el valor;
lo mesmo que en el ponerse
en cada hombro un pelotón
como panza de novillo.
¡La gran punta! ¡qué invención!
¿No la ha visto?

JACINTO: Quitesé;
de eso también procedió
que el animal se espantase,
de suerte que me obligó
a volverme para atrás;
fortuna a que en el portón
vive un mozo portugués
en un medio corralón,
adonde me resolví
a dejar mi redomón.

Luego a pie me fui a la esquina,
y al sentirme delgadón
compré pan y gutifarras

y un rial de vino carlón;
atrás me chupé otro rial,
después me soplé otros dos;
y en seguida a la guitarra
me le afirmé tan de humor,
que ni el mesmo Santos Vega,
que esté gozando de Dios,
se hubiera tirao conmigo;
porque estaba de cantor
con la mamada, paisano,
lo mesmo que un ruiseñor.

En esto, a la doce en punto,
otra vuelta... ¡Bro... co... tón!,
dianas y repicoteos
por toda la población:
cosa que me hizo acordar
de cuando en Ituzaingó
nos tiramos cuatro al pecho...
¿Se acuerda, amigo Simón?

SIMÓN: Glorias como esa, paisano,
nunca Peñalva olvidó;
pues ya sabe que este brazo
allí también se blandió.
Bien que los gauchos patriotas
peliamos por afición;
y en cuanto se arma una guerra,
sin más averiguación.
de si es rigular o injusta,
nos prendemos el latón,
y dejando las familias
a la clemencia de Dios,
andamos años enteros
encima del mancarrón,
cuasi siempre unos con otros
matándonos al botón.
Así de la paisanada
los puebleros con razón
suelen reírse, porque saben
que los gauchos siempre son
los pavos que en las custiones
quedan con la panza al sol;
y el que por fortuna escapa
de cair en el pericón,
después de sacrificarse
saca un pan como una flor,
cuando tiene por desgracia
que arrimarse a un figurón

de los que al fin se asiguran
del mando y del borbollón.
Y si no, vaya por gusto
en cualesquier aflición
o atraso que le suceda,
y procure la ocasión
de alegarle a un gobernante,
a quien usté lo sirvió
con su persona y sus bienes
hasta que se acomodó;
vaya y pídale un alivio...
¿Y qué le daban?, ¡pues no!
Ni bien llega usté al umbral,
le sale algún adulón
atajándole la entrada
y haciendo ponderación
de que se halla vuecelencia
muy lleno de ocupación,
porque le está dando taba
algún ricacho, o dotor,
o la señora fulana,
o el menistro, o qué sé yo
todas las dificultades
que pone con la intención
de cerrarle la tranquera
a cualesquier pobretón;
y si usté ve que lo engañan,
y se mete a rezongón,
le largan cuatro bravatas
y lo echan de un repunjón
cuando menos, que otras veces
le acuden con un bastón
a medirle las costillas
sin más consideración.
¿No es así?... Pero por fin,
mudemos conversación;
platique de las funciones.
Velay otro cimarrón.

JACINTO: ¿Qué dice de las costillas?
¡Barajo!, amigo Simón,
a mí nadies me aporrea
ni me ronca sin razón.
¡Qué!, ¿así no más se dan palos?
¡La pu... nta del maniador!,
pues estábamos lucidos
después de tanto arrejón
y trabajos por ser libres.
No, amigo, eso sí que no.

Yo, aunque soy un pobre gaucho,
me creo igual al mejor,
porque la ley de la Patria,
como las leyes de Dios,
no establece distinciones
de ninguna condición
entre el que usa chiripá
o el que gasta casacón.
Todos los hombres iguales
ante la justicia son,
la cual tan sólo distingue
y le da su proteción
al hombre más bien portao;
y sobre ese punto yo
presumo como el que más,
y es tanta mi presunción
que me creo en cualquier parte
del todo merecedor.
Siendo así, no puedo, amigo,
sufrirle a ningún pintor.

Cabalito. Con que así,
mudando conversación,
seguiré mi cuento aquel:

Me había puesto alegrón,
y al sentir los cañonazos
me tiré del mostrador,
y echando mano a sacar
plata de mi tirador,
me encontré sin un cuartillo.
¡Voto al diablo!, dije yo;
a la cuenta en el galope
la mosca se me perdió.

Entonces quise al pulpero
darle una sastifación,
dejándole el poncho en prenda;
pero el hombre no entendió
de disculpas, al contrario,
como un tigre se enojó,
y para echarme a la calle
me dio tal arrepunjón
que me hizo sentar de culo.
¡Ahijuna!, le grité yo,
y en cuanto me enderecé
sin más consideración
le sacudí un guitarrazo,
y en ancas con el farol

Librodot

adonde estaba el candil;
pero el pulpero sacó
el cuerpo, haciéndose gato,
y no sé diaónde agarró
un espadín, con el cual
como un toro me embistió.

Pero, amigo, es como robo
peliar con un chapetón
y a cuchillo, hágase cargo;
ni medio a buenas llegó,
con todo que sobre el lazo
se me vino, y me tiró
tres viajes, que en el tercero
cuasi, cuasi me aujerió;
por suerte le metí el poncho,
y cuando él menos pensó
le hice una media cabriola,
¡y apenas se descuidó
le crucé los dos cachetes
con un tajo de mi flor!

Por supuesto, el maula viejo
al coloriar aflojó,
y le cacé el espadín
que asustao me lo soltó;
entonces salí a la calle,
y atrás de mí se largó
el pulpero, dando gritos,
de manera de que yo,
temiendo a la Polecía,
me le senté a un mancarrón
que estaba frente a una puerta
con apero de dotor;
y de allí como balazo
me fui a golpiar al Cordón,
adonde solté el rocín,
y se me proporcionó
el venderle las cangallas
a otro pulpero Nación,
que por la silla y la espada
siete pesos me aflojó.

Agarré el mono y a pie
caí por el otro portón,
y haciéndome zonzo entré
hasta la Plaza mayor.

¡Ah, cosa! ¡Bien haiga Cristo!

Viese, aparcero Simón;
eso era una maravilla
de cortinas de color,
pilares, arcos, banderas,
de la plaza al rededor;
y allá en el medio una torre
de muy lucida armazón
que nombraban la Pirami,
aonde estaba un figurón
arriba con la bandera
de nuestra Custitución.

Luego, esa misma Pirami
tenía abajo al redor
letreros y versería,
y un mozo que se arrimó
anduvo dándole güeltas,
y uno por uno leyó
el cómo, el cuándo, y el pago
aonde la patria triunfó.

Luego la farolería,
amigo, daba calor;
era cosa de asombrarse,
ver tantísimo farol.

¿Y la soldadesca? ¡Ah, cosa!
Encantao estaba yo
viéndola tan curratacа
luciendo en la formación,
cuando la musiquería
redepente resonó,
al tiempo que de la iglesia
el gobierno despuntó
con toda la oficialada
saliendo de la función.
¡Qué uniformes galoniaos!,
¡qué penachos de color!,
¡qué corbos y qué murriones
relumbrantes como el sol!

Luego con los melitares
entreverada salió
una manada de escuros,
vestida de casacón
y fachas de teruteros;
porque traiban el calzón
no más que hasta la rodilla;
de ahí, espadín y bastón,

y zapatos con hebillas,
y un gran sombrero flauchón...
vestimenta singular
que usa todo ese montón
de alcaldes y escrebenistas,
y dotores, como son
todos por lo rigular:
gente, amigo, superior
para armarle una tramoya
y chuparle el corazón
al diablo, si se le antoja
el meterse a pleitiador.

Al fin, se largó el hembraje
en la última división.
¡Ah, mozas de cuerpo lindo!,
¡si eso daba comezón!
Salió una muchacha rubia
así como de su altor,
con un vestido celeste
y su triángulo punzón,
y una cara como un cielo.
¡Ah, hembra linda!, ¡crealó!
Y tan pintora, eso sí;
toda se zangolotió
al bajar las escaleras,
de suerte que se enredó
en las polleras tan fiero
que medio trastabilló.

Entonces un cajetilla
que estaba allí de mirón,
y tendría con la moza
conocencia, o qué sé yo,
cuanto la vido ladiarse,
cuanto se le acollaró
por la cintura y salieron
requebrándose los dos.
¿Qué le parece?

SIMÓN: ¡Divino!
Me gusta, amigo, ¡pues no!,
ya sabe que me deleita
oír platicar del amor...
Pero, entre tanto, dispense,
y alcánceme ese asador,
voy a prenderle un matambre;
y prosiga por favor,

que recién me va gustando
el cuento.

JACINTO: Pues, sí, señor;
cuando todos se raliaron
yo también me iba a largar,
y me topé redepente
con el amigo Olimar,
tan apedao que a gatitas
se podía enderezar.
Al verlo tan chamuscao
le quise allí gambetiar,
pero me pilló tan cerca,
que no me pude escapar
de que me pegara el grito:
-¡Amigo!, ¿cómo le va?
-Muy lindamente... Y lueguito
se me pegó al costillar,
con un porrón de giniebra,
y me comenzó a informar
de las rifas que vendían,
mostrándome un chiripá
que con dos riales y medio
acababa de sacar.

Al ver esa prenda linda
se me antojó el arresjar,
y al punto de resolverme
echamos a caminar,
llegando hasta una ventana,
aonde primero a jugar
entré a la gata parida
para poderme atracar,
porque el gentío que había
era con temeridá.

Allí adentro estaba un mozo
de facha muy rigular,
haciendo la mazamorra
con cartuchitos no más;
y al verlo tan trajinista
me hizo medio desconfiar;
pero, como en todo soy
incapaz de recular,
largué mis dos petacones,
y luego salí a pelar
papeles en la vedera,
sin conseguir acertar
en alguno con letrero,

que era el modo de ganar.

Como soy medio suertudo
de nuevo volví a largar
otro petacón y medio;
pero, ¡qué Cristo!, al pelar
saqué puro blanco y blanco...
¡Mire qué infelicidá!

Dándome por trajinao
cuasi empecé a renegar,
y por no perderlo todo
rejunté para pitar
todos estos papelitos.
¡Mire si es barbaridá,
vender a medio cada uno!
¡Vaya un modo de robar!

SIMÓN: Pero, amigo, ¿quién lo mete
en juegos de la ciudá?
¿No sabe que los puebleros
son capaces de embrollar
al gaucho más orgulloso?
Valiente no maliciar.
Velay, pite, y otro día
no se deje trajinar.
Con que, prosiga adelante.

JACINTO: Por fin, me iba a retirar
después de la peladura,
cuando empezaron a entrar
las yuntas de danzarines,
que venían a bailar
sobre un tablao que sería
del tamaño del corral.

Primero entraron a pie
dos pandillas, luego atrás
entraron los de a caballo,
y en el istante a volar
principió la cuhetería,
culebriando hasta trepar
allá por los infiernillos;
y de arriba... ¡tra... ca... tra!,
lo mismo que maíz en la olla
era un puro reventar.

Al rato los danzarines
empezaron a marchar,

moniando por el tablao
y sin quererse largar.
Así anduvieron rodiando,
pero en cuanto entró a tocar
la música el fandanguillo,
se agacharon a bailar
primorosísimamente.
¡Ah, mozos de habilidá!,
y luego tan currutacos,
eso era temeridá;
porque cada danzarín
parecía un general:
chaqueta y calzón de raso,
toditos por el igual;
luego en el pecho una cosa
a manera de pretal
de puro galón dorao.
De ahí, ceñidor y puñal
y unos bonetes cacones
con sortijas de metal;
y otra porción de primores
que se veían relumbrar.
Luego unos arcos floridos,
cosa muy particular,
con los que hacían mudanzas
y figuras al bailar;
hasta que al fin se cansaron,
y le dieron el lugar
a otra tropilla distinta
que luego subió a danzar;
y si bien lo hicieron unos,
no se quedaron atrás
los segundos, que bailando
se pusieron a trenzar
unas cintas de la patria
con toda preciosidá.

Sujetaron un istante;
y entonces vide trepar
a un muchacho como un cielo,
que principió a platicar
a gritos con los mirones;
y todos al escuchar
las razones del mocito,
en cuanto cesó de hablar
gritaron: ¡Viva la Patria!,
y entraron a palmotiar
de la plaza y los tejaos
las gentes como maizal.

A los gritos los danzantes
se volvieron a agachar,
y dele guasca... otra vez;
bailando hasta destrenzar
las cintas completamente.

En seguidita no más
los que estaban a caballo
se echaron a disparar,
maniobrando de este lao,
para luego irse a topar
a fuerza de chuza y bala
por el otro lao de allá;
y otra vuelta a sable en mano
se volvían a encontrar,
y de revés se tiraban
unos viages sin piedá:
eso sí, todo chanciando,
no era cosa de peliar.
Pero, ¡ah, pingos belicosos!,
se podía atropellar
al diablo en cualquiera de ellos.
Nunca he visto en la ciudá
unos fletes más bizarros.

Al fin se empezó a nublar
la tarde, y un aguacero
se principió a descolgar;
de suerte que me largué
en derechura al corral
del portugués que le dije,
quien me salió a preguntar
aónde me había entretenido.
¡Ah, mozo de voluntá!
Esa noche nos mamamos,
y cuando no pude más,
cojí y me acosté a dormir,
y me vine a despertar
al otro día a la tarde,
que, sin comer ni matiar,
cuanto vi el tiempo asentao,
me fui a la plaza a golpiar,
aonde las fiestas seguían
con la mesma majestá,
y estaban los de a caballo
prontitos para jugar
la sortija, que en un arco
entraron a disputar
quién la ensartaba primero;

y echándose a disparar
uno atrás de otro al galope
ninguno pudo embocar.

Pero... ¡eh, pucha!, ¡ah, mozo diablo
uno llamao Piquimán!,
ojo al Cristo se venía
a fuerza de rebenquiar,
y cuando estaba cerquita
comenzaba a sujetar,
y así mesmo cabuliando
no consiguió el acertar;
hasta que un hombre en un zaino
rompió, y después de embocar,
le tocaron los clarines
y sentó el pingo ahí no más.
Pusieron otra sortija
y comenzaron a entrar
otras nuevas mojigangas,
que era para reventar
al verles la facha, amigo;
y después de chacotiar
a vueltas y cogotazos
no sé aónde fueron a dar.

Tras de esto, las luminarias
empezaron a alumbrar,
y así que estuvo escurito
mandó el alcalde quemar
una porción de castillos
primorosos a cual más.

Después de eso a las comedias
la gente empezó a rumbiar,
y yo atrás del bullarengo
también entré a cabrestiar
voluntario, de manera
que cuando quise acordar
estuve entre las comedias,
aonde tuve que aflojar
en la puerta cuatro riales,
que tengo que lamentar
mientras viva en este mundo;
porque, después de pagar
para ver las comediantas,
nada conseguí el mirar,
y allí entre unos callejones
cuasi me hacen reventar
a encontrones; y así anduve

dando güeltas sin cesar,
hasta que en ese trajín
me empezaron a sonar
las tripas como organito:
con que me mandé mudar,
y en la primer pulpería
que vi me entré a merendar
pescao frito y vino seco,
medio frasco o poco más;
de suerte que me templé,
y de allí me puse a cantar
hasta las diez, cuando el hombre
me dijo que iba a cerrar
la pulpería; y de allí
sin saber aónde rumbiar
salí en pedo, y... ¡vea el diablo!,
en cuanto salí no más,
pasó frente a mí una moza
y se empezó a zarandiar,
como diciéndome: envido,
de suerte que al costillar
me le pegué y al instante
la comencé a requebrar,
y, como que me rascaba,
la mosca le hice sonar;
pero la hembra redepente
al ñudo echó a disparar,
y dando güelta ahí cerquita
se trepó sin resollar
por una escalera arriba;
y yo me volví a topar
otra vez en las comedias,
aonde iban a fandanguiar.

Como ya había pagao,
de nuevo quise dentrar,
y al tiempo que me colaba
muy orondo y muy formal,
redepente, ¡voto al diablo!,
un pueblero gamonal
me sujetó del cogote
y me pegó el grito: -¡Atrás!
Ahora no se entra de poncho.
Salga, no sea animal.
-Paisano, le contesté,
usté puede dispensar,
que siendo yo mozo pobre
no me puedo presentar
de casaca como usté,

que algún platudo será
por lo guapo y vanidoso;
y si es de menospreciar
este poncho para usté,
patrón, me voy a largar,
permitiéndome tan sólo
decirle con claridá,
que entre un gaucho y un pueblero
no encuentro disigualdá,
cuando el primero es honrao
y se sabe comportar.

En esto un don Chutipea
vestido de militar,
agradao de mis razones,
de la mano me hizo entrar,
así no más, emponchao...
¡Vaya un hombre liberal!

Luego adentro, por sopuesto
me traté de acomodar
sentao como vide a muchos,
y como al lao de enlazar
viché un cajón boca arriba,
de dos varas poco más,
con muchas sillas adentro,
ahí me entré a repatinguiar
sobre la más bien dorada;
y vi una temeridá
de puebleros que a la sala
principiaron a dentrar
con unas mozas, amigo,
lindas como una deidá.

A poco rato salieron
dos madamas a bailar,
de unas cinturas, ¡ah, Cristo!,
si no hay cómo comparar
la finura, porque a un soplo
se les podía quebrar.
Cada una con su cortejo
hizo yunta, y a la par,
haciéndose cortesías,
entraron a recular,
y cuanto hacía la dama
lo mesmo hacía el galán.

De ahí bailaron otras cosas
que yo no puedo explicar;

pero lo que me gustó
fue, amigo, que al rematar
se armó un cielito con bolsa,
y ya se largó a cantar
sin guitarra un mozo amargo
de aquellos de la ciudá.
¡Bien haiga el criollo ladino,
cómo se supo quejar!
Al fin se hizo un entrevero
algo más de rigular;
y yo al ver la cosa en punto
me iba ya a desemponchar;
pero, apurándome el sueño,
comencé luego a vichar
aónde poderme tender
para medio dormitar;
y tantiando en un rincón,
(mire qué casualidá),
trompecé en una limeta
tapada con alquitrán;
luego le rompí el pescuezo
y le empecé a menudiar,
sin saber qué diablos era,
que se colaba no más
como dulce de aguardiente;
pero con la suavidá
tomé un pedo tan tremendo,
que me tuve que anidar
debajo de una escalera,
aonde comencé a roncar
sin saber más del fandango,
porque volví a dispertar
al otro día a la tarde
revolcao como animal;
y así me largué a la plaza...
Y al momento de llegar,
de nuevo los bailarines
empezaron a bajar;
y otro vez la cuhetería
y música sin cesar:
gentío que no cabía,
banderas cada vez más,
rompecabezas, tucañas,
y muchachos a montar
en caballitos de palo,
que hacían remoliniar
al lao de unos cochecitos,
cosa muy particular.
¿Y las mozas, aparcero?

¡Jesucristo!, ¡qué beldá!,
se cruzaban en tropillas
de a diez, de a doce y de a más;
mojigangas como hormigas,
soldados como trigal;
Naciones como mosquitos,
y en un puro lengüetiar;
cajetillas, por supuesto,
muchos, ¡con temeridá!,
eso sí, currutacones
todos ellos a cual más.

Finalmente, a la oración
se principió a iluminar
toda la farolería
en la plaza y la ciudá;
y prendieron los castillos...
y acabados de quemar,
las gentes a las comedias
se volvieron a largar.

Al ratito yo también
cansao me mandé mudar,
porque estaba tan rendido
que a gatas podía andar;
de suerte que a un bodegón
fui y me puse a merendar;
y a las ánimas en punto
fatigao me vine a echar.
Dormí en lo del portugués,
y en cuanto quiso aclarar
me levanté, calenté agua,
me senté a cimarrionar;
de ahí pagué lo que debía,
después me puse a ensillar;
monté y me largué a mi pago,
adonde espero llegar,
si el Señor quiere y la Virgen,
con toda felicidá.

Velay todo lo que he visto;
no tengo más que contar.

SIMÓN: Dichoso de usté, aparcero,
que ha sabido disfrutar
funciones tan soberanas.
¡Viva el Gobierno oriental!...
Y el año que viene, amigo,
si Dios nos deja llegar,

y yo tengo cuatro pesos
para poderlos gastar,
desde ahora ya le suplico
que me venga a acompañar
para que nos vamos juntos
a la función a gauchar.

Después que el viejo Peñalva
acabó de platicar,
Jacinto ensilló un obero
y Simón un alazán;
se echaron un trago al pecho
y salieron a la par:
el uno cortó a su pago,
y el otro se fue a campiar.

El Truquiflor
Remitido de un soldado oriental del ejército del general don Fructuoso Rivera, para el número cuatro del periódico titulado El Gaucho en Campaña, el cual se publicaba en Montevideo en el año de 1839

Campamento en marcha a 25 de otubre de 1839.

Amigo relator de la Gaceta del Gaucho:

Ya que va a soltar su número 4, lárguelo a la fija, patroncito, como nosotros, velay ahora se lo hemos atracao a los Rocines de Echagüe ayer 24 en las puntas del arroyo de Mendoza; y nos han reculao fieramente, porque no es fácil resistir a un ¡vale cuatro!, el cual le ataja la orina al diablo.- Y si no, vea lo que ha sucedido entre nosotros y los invasores de Juan Manuel el porteñazo.

Pues, señor, oído a la cosa
dende que los entrerrianos
se vinieron a esta banda
con las miras de atrasarnos,
viene a ser casi lo mesmo
que si vinieran jugando
al truquiflor con nosotros
un partido interesado,
en el cual los orientales
como por PRENDAS jugamos
la libertá y la fama;
y aquellos, por el contrario,
arrejan la esclavitú
y el sostén de esos tiranos
Rosas, Echagua y Urquiza,
que los están gobernando
pior que como en Portugal
se gobiernan los esclavos.

En fin, dende el Uruguay
nos vinimos barajando,
y la jugada empezó
del Uruguay a este lao.

Nos traiban una empalmada,
y nosotros descuidaos
cortábamos ande quiera,
y así nos fueron tantiando
creyendo ponerse en güenas
hasta que dende el Durazno
les conocimos el juego;
de suerte que comenzamos
a quererles a la fija,
pues para eso asiguramos
en todas manos el DOS.
¡Don FRUTOS!, ¡háganse cargo,
si flor que tiene ese triunfo
puede retrucarla el diablo!

Por fin así nos vinimos
nosotros siempre falsiando
con un punto cualquierita,
hasta que los igualamos,
y acá por Santa Lucía
ya nos pusimos a tantos.
En esta disposición,
de los dos lados cuajamos
una flor rigularita,
y ellos cuanto la orejiaron
al instante un contraflor
vanidosos nos echaron.

Haciéndonos los petizos
nosotros nos achicamos,
para dejarlos venir
y en el truco revolcarlos,
que es donde luce el poder.
Por supuesto, nos jugaron
carta grande en la primera;
pero ahí no más la empardamos
cantándoles ¡flor y truco!
con todo el DOS, por si acaso...
¡Retruco!... nos respondieron
queriendo largar el guacho.
¡Oigale a los embusteros!,
les dijimos... ¡VALE CUATRO!,
a que no aguantan maulones...

y medio les amostramos
la carta por la orillita.

¡Qué aguantar!, ¡ni por los diablos!
Se jueron a la baraja
al ver el DOS coloriando,
y han ido a dar al infierno;
y se hallan tan atrasados
que ahora... ¿cuándo nos alcanzan,
si sólo nos falta un tanto?,
y ese en el primer envite
fijamente lo ganamos.

Con que así el amigo Echagüe
ya se puede ir refalando
el poncho, si es medio güeno;
porque no hay duda, paisanos,
los vamos a revolcar,
de balde está valaquiando
ese Rosas... ¡Ah, malhaya,
si viniera!... pero, cuando
arreja, ¡si es tan vilote!
aunque hemos de ir a buscarlo
hasta allá por Güenos Aires,
y hemos de darle trabajo
a ese gaucho quebrallón.
¡Sí, maula!, ¿qué te has pensado,
que hemos de perder las vacas
y cuanto nos han robado
esa punta de ladrones,
que aquí se nos han soplado
burlándose de la patria?,
¿y que esto hemos de olvidarlo?
¡Pues no, mi bien!, al instante...
ya verán en acabando
con toda esta sabandija,
si de coplada nos vamos
a pasiar por las estancias
de Rosas el afamao,
y repasarle los pingos
y comer güenos asaos
con el general Rivera.

Entonces por decontado,
si lo topo yo algún día...
pero, ¡no quiero asustarlo!
¡Ahijuna!, aunque se me escuenda,
allá tengo que rastriarlo.

Diálogo

Diálogo que en la costa del arroyo de Canelones en la Banda oriental tuvieron los paisanos Norberto Flores y Ramón Guevara, el 29 de noviembre de 1839, época en que fue invadida aquella República por el ejército de Rosas al mando del general Echagüe

GUEVARA al recibir a Norberto en el palenque

GUEVARA: ¿Es usté, amigo Norberto?
¡Dichoso de quien lo ve!
¡Mire que se hace desiar!
¡Ah, hijo de la... no sé qué!

FLORES: Yo soy, paisano Guevara:
con salú lo guarde el cielo;
tiempo hacía, le asiguro,
que andaba desiando verlo.

GUEVARA: Pues, velay, acá me tiene
a su mandao, aparcero:
déjese cair de una vez;
desensille el azulejo,
y vamos a la ramada
a tomar un verde al fresco,
o un churrasco, si le agrada.
Como guste, compañero.

FLORES: Pues, señor, vamos allá.
Con que, ¿cómo le va yendo?

GUEVARA: Rigularmente; ¿y a usté?

FLORES: A mí me va medio fiero;
pero por fin, con salú,
que es todo cuanto aprecéo,
hoy que me hallo en el deber
de pelear duro y parejo
en donde quiera. ¿Y usté,
qué tal se siente, aparcero?

GUEVARA: La pregunta es excusada,
porque nunca saco el cuerpo
para defender mi tierra,
y en el día mucho menos,
al ver las atrocidades
que por ahí vienen haciendo
los guaicuruces de Rosas,
que nos vienen invadiendo.

Librodot

FLORES: ¿Ha visto? Esta madrugada
me contó Perico Cielo,
que en la Costa de Queguay,
a lo del amigo Antero
cargaron los guaicuruces,
allá al rayar el lucero,
y rodearon la tapera,
a la cuenta presumiendo
que fuese una estancia rica;
y después, apenas vieron
los mojinetes al aire,
para el ranchito embistieron
como baguales al agua.
Y ya usté sabe, aparcero,
que allí junto a la tapera
está la casa de Antero,
que es un rancho miserable
que de mirarlo da sueño.

Con todo, los guaicuruces
se dejaron caer al suelo
y a la puerta atropellaron
como a la carne los perros;
y al primer arrempujón
¡a las pu... ntas saltó el cuero!,
y en seguida se colaron,
y principió el manoteo.

La infeliz dueña de casa,
que tenía el buche lleno
y ya andaba por parir,
del julepe soltó el güevo:
y luego en la escuridá,
dejando la cría adentro,
apenas en una jerga
se envolvió y salió juyendo,
y a fin de salvar la vida
se azotó en un pozo ciego,
que está allí junto a las casas,
por fortuna cuasi lleno
de osamentas y basuras;
y allí fueron los lamentos
de la infeliz ña Severa,
al sentir que estaba ardiendo
por todas partes el rancho.
Pues oiga, amigo, no es cuento
lo que voy a relatarle:

Después de matar al viejo

y robarse cuanto había,
le atracaron mecha y fuego
al rancho en las cuatro puntas:
de conformidá que luego
quedó la casa pareja
con el piso del rodeo,
y en medio de los tizones
hecho chicharrón Antero
y el pobre recién nacido.
Últimamente salieron,
y entre gritos y alaridos
apuntaron al chiquero,
y mataron las ovejas
lo mismo que a los carneros,
y al fin hasta a las gallinas
les quebraron el pescuezo.

Después de esas fechurías
a media rienda rompieron;
y luego señá Severa,
al sentir el pago quieto,
saliendo del pozo apenas
y arrastrando por el suelo,
se sentó junto al rescoldo
y entró a llorar sin consuelo
al ver su hijo chamuscao
y a su marido lo mesmo;
de suerte que la infeliz
también allí hubiese muerto,
si no es la casualidá
que el mismo Perico Cielo
llegó y la montó en las ancas
y la trujo al campamento,
aonde la vi antes de ayer...
¡delgada que daba miedo!

GUEVARA: ¡Barbaridá! Ahí tiene, amigo,
lo que hemos aventajado
después de tantos afanes
por hacer patria... ¡Barajo!,
¡si seremos infelices!
Pero... ¡por Cristo, paisano!,
usté, que es más alvertido,
no me dirá: ¿diaónde diablos
nos salen los guaicuruces
y los gauchos entrerrianos
a traernos a nuestras tierras
esta guerra, estos estragos?

FLORES Eso pregunteseló
a nuestros propios paisanos,
que es a quienes les debemos
la situación en que estamos;
particularmente a Oribe,
y en seguida a cuatro diablos
ambiciosos que pretienden
mamar siempre del Estado,
como si una vaca sola
diese leche para tantos.
Luego estas calamidades
también proceden, paisano,
de nuestra credulidá
en más de cuatro bellacos
de esos alborotadores,
que andan siempre zizañando
y salen a las cuchillas
y engatusan a los gauchos
con mentiras y promesas;
y que luego cabrestiamos,
porque, como no entendemos
sino de bolas y lazos,
cualesquiera nos engaña
cuanto nos pasa la mano.

GUEVARA: Cabal que sí: mesmamente,
esa es la causa, está claro;
pues, cuando cesó la guerra
que en el Palmar rematamos,
a nuestras casas en paz
toditos nos retiramos,
de tristes rivalidades
completamente olvidados;
y luego la paisanada
volvió anhelosa al trabajo.

En esos días, recuerdo
que anduve en varios fandangos,
y también en las carreras
con una porción de blancos
que fueron en algún tiempo,
y con ellos muy ufano
me divertía a mi gusto
sin mencionar un agravio;
y redepente al botón
cuatro ambiciosos cruzaron
a la otra Banda, y allá
con Rosas se concertaron;
y a fin que el Restaurador

lo repusiera en el mando
a Oribe, éste le ofreció
servirle como un esclavo,
y que en la Banda oriental
sería Rosas el amo.
Por supuesto, el gaucho aquel
cerró el quiero y dijo: «vamos;
que si yo le ato las bolas...
¡que se las desate el diablo!».
Y en seguida les largó
de auxilio a los presidarios,
y a esa recua de malevos
guaicuruces y entrerrianos,
que vienen en la invasión
a la obediencia o al mando
del general Chaguané.

FLORES: ¡Qué Yaguané, ni qué Zaino,
si el hombre se llama Echagua,
Santafecino mentado!...
Que fue aguatero en su tierra,
y por eso le ha quedao
el nombre de Echagua.

GUEVARA: Mesmo.
Ese es el que viene al mando
junto con un tal Chuquiza,
que desde que soy cristiano
no he oído de ese animal
ni las mentas en mi pago.

FLORES: Pues, amigo, esa es la gente
a quienes nuestros paisanos,
Oribe y los que lo siguen
de ruines se han humillado;
y esos son los generales
de Rosas el afamado,
el tigre que en Buenos Aires
ya se tiene dijuntiados
más de tres mil infelices;
porque es gaucho desalmao
y matador sin agüela.
Así, no anda con reparos,
y a su madre, si se ofrece,
¡le atraca cuatro balazos!
Ya ve si será una dicha
que Rosas venga a mandarnos
a los gauchos orientales,
y que quiera sobajearnos

Librodot

del modo y conformidá
que suele en el Otro Lado,
cuando está de mal humor;
ensillar a sus paisanos,
ponerlos en cuatro pieses,
y así con un fuelle inflarlos:
de ahí echarles lavativas
de ají... para refrescarlos;
y por última calilla
meterles velas... ¡y el diablo!
¿Qué le parece el empeño?
¡La pu... janza, el porteñazo!

GUEVARA: ¿Qué me parece, decía?
Velay la contestación:
acá está mi garavina,
mis bolas y mi latón,
seis paquetes por lo pronto,
y un rosillo volador;
y últimamente en el alma
completa resolución
de atracarle bala al diablo,
sin recular: crealó;
que si en las guerras pasadas
por no dentrar en faición
anduve sacando el cuerpo
sin meterme a peliador,
en esta lucha, ¡lo juro,
no tener contemplación
con ningún malevo de esos
que vienen en la invasión!

FLORES: Amigo, de un parecer
nos encontramos los dos.

GUEVARA: Dejuramente, es preciso
forcejiar en la ocasión,
porque peligra la patria,
y debemos en unión
defenderla a toda costa;
pues morir será mejor
encima de una cuchilla,
que sufrir la humillación
con que quiere someternos
a ese tal Restaurudor.
Y al que piense lo contrario,
como se lo alvierta yo,
al menos le he de prender
la mitá del alfajor;

y luego, aunque me afusilen,
muero a gusto: sí, señor.

FLORES: Me agrada; pero, entre tanto
ya se va dentrando el sol,
y yo debo reunirme
esta noche a mi escuadrón.
Si tiene algún pingo bueno,
y demás, prestemeló:
el mesmo que de mañana
se lo mandaré...

GUEVARA: Pues no!
Velay ese malacara;
con franqueza ensilleló,
y dele como a prestao,
que es caballo aguantador.
Y, si llega por la Villa,
quiero que me haga el favor
de comprarme una devisa
bordada, de lo mejor,
con un letrero que diga:
¡Viva la Custitución
y los orientales libres!
¡Muera Echagua el invasor!
Guevara habló de esta suerte
mientras Flores ensilló;
y luego que al malacara
de un salto se le afirmó,
todavía allí Guevara
al estribo le alcanzó
una limeta con caña,
a la cual se le durmió
Flores, pegándole un beso;
y luego que se templó
gritando: ¡Viva Rivera!,
dando güelta rebenquió,
y enderezando al camino
a media rienda salió,
diciendo: ¡adiós, aparcero!

Amigo, vaya con Dios.

ADVERTENCIA:

Las décimas siguientes fueron compuestas por el señor don Gerónimo Galigniana, que residía emigrado en San Salvador, pueblo de campaña en la república de la Banda oriental, cuando tuvo lugar la batalla de Cagancha.

Al insertarla entre mis poesías, he tenido por objeto el hacer más explicativas las otras décimas que se leerán a continuación del parte de Echagüe, suponiéndose como la contestación del Restaurador de las Leyes, y cuya composición es mía.

H. A.

Parte de Echagüe

Al Ilustre Conculcador de las Leyes don Juan Manuel de Rosas, sobre su victoria en Cagancha, y contestación de éste: encontradas ambas en una balija que el Restaurador del desasosiego público de Entre Ríos dejó caer, disparando de unos cornetas del ejército del general Lavalle. Contienen detalles sumamente curiosos y cosas de hacer reír y llorar.
Paso de los Higos, enero 1.º de 1840.

I
¡Ay, Juan Manuel, qué te cuento!
nuestro ejército afamado
mandinga se lo ha llevado
al infierno en un momento;
yo disparé como un viento
al Uruguay muy arriba,
y he llegado sin saliva,
recién al Paso del Higo.
Así, no extrañes, amigo,
que tan de prisa te escriba.

II
Te contaré de ligero,
pues me hallo bien afligido,
que la batalla he perdido
y la he perdido muy fiero.
¡Cómo ha de ser, compañero,
el pleito ya se acabó!
Rivera nos traginó
de diciembre el veintinueve;
y, ya que escampa y no llueve,
escucha lo que pasó.

III
Sabiendo por un espía
que estaban muy descuidados
Rivera y sus colorados,
juzgué la victoria mía.
Mandé que la infantería
sin que perdiera momentos,
llevando todo a los tientos,
montase al punto a caballo,
y partiera como el rayo:
yo iba de sangre sediento.

Librodot

IV
Cuando dispuse atacar,
me dijo don Juan Antonio:
-Mi compadre es el demonio,
no se vaya a descuidar.
-Conmigo no ha de chancear,
respondí muy arrogante;
yo cargaré por delante,
y entonces sus escuadrones,
sus infantes y cañones
sucumbirán al instante.

V
Yo, como jefe valiente,
alegre mandé a la carga,
cuando en esto una descarga
nos sujetó de repente.
Lleno de rabia y caliente,
ataqué a la artillería,
mas Pirán con grosería,
perro unitario, canalla,
nos recibió con metralla,
que nos amoló ese día

VI
Lavalleja derrotó
los bueyes y las carretas,
equipajes y maletas,
y cuanto pudo atrapó:
en esto bien se portó;
pero, en un decir Jesús,
rompió como el avestruz,
y salió el pobre orejeando,
del compadre disparando
como el diablo de la cruz.

VII
Mirando con poca tropa
la izquierda del enemigo,
pensé derrotarle, amigo,
como tomarme una copa;
al punto con viento en popa
cantando los embestí;
pero, ¡ay, infeliz de mí!,
que Medina me topó,
y sin piedad me sopló
buenas jeringas de ají.

VIII
Con tal golpe me postré
en un profundo desmayo,
y como herido de un rayo
agonizando quedé.
Apenas me recobré,
disparo y pierdo la espada,
dejando las caballadas,
armamento y equipajes,
municiones y bagajes,
y mi casaca bordada.

IX
Sufriendo todo el tormento
de un general asustado,
al uno y al otro lado
miraba con ojo atento;
mas sintiendo en el momento
a lo lejos un tropel,
«esto ya huele a cordel»,
les dije a mis compañeros;
y rompí de los primeros:
no lo dudes, Juan Manuel.

X
A la voz de ¡ya te alcanzo!,
que en mis orejas sonaba,
veinte leguas me tragaba
volando cual cisne o ganso.
Quise tomar un descanso
al verme en senda más ancha:
pero, al pensar en Cagancha,
me le dormí al fletecillo,
y corrí como el potrillo
que reconoce su cancha.

XI
Gauchaje más desatento
yo no espero ver jamás;
me gritaban: ¡Satanás!,
sin respeto y miramiento;
y para mayor tormento,
soltando las tercerolas,
casi me prenden las bolas;
de suerte que yo no sé
cómo por fin me escapé
con tanto diablo a la cola.

XII

Librodot

Por todas partes, señor,
lo mismo que unos borrachos,
las mujeres y muchachos,
detrás de mí con fervor,
entonaban con primor
en verso bien concertado:
¡Viva ese Echagüe mentado,
ese general badana,
que vino buscando lana
y ha salido trasquilado!

XIII
El amigo don Servando
con Lavalleja y los otros
dispararon como potros,
sin saber cómo ni cuándo.
Garzón se escapó arañando;
Raña, muriendo en la acción,
pagó su negra traición,
y al cacique mi aparcero
lo tomaron prisionero;
y se acabó la función.

XIV
De mi Urquiza no sé yo,
con certidumbre, ni jota:
dicen que en una pelota
al Uruguay se azotó;
cuentan que ya se juntó
con Oribe y Mascarilla,
y que soltó su tropilla,
pues ya no quiere, ni espera,
que los niños de Rivera
le soplen otra calilla.

XV
Tú bien puedes, Juan Manuel,
la tristeza divertir,
haciendo luego emitir
diez millones de papel,
y sentado en un dosel
diciendo con gravedad:
«Antes que la libertad
borre del pueblo las penas,
horca, fusil y cadenas
sostendrán mi autoridad».

XVI
Lo peor de todo será

Librodot

que pasando al otro lado,
me salga medio enojado
el vencedor del Yeruá;
yo no sé como me irá,
pues si Lavalle me pilla
me cuelga como morcilla,
o me deja con su espada
en la primera topada
sesteando en una cuchilla.

XVII
Ya me voy al Occidente,
no quiero Banda oriental;
y, si quieres que Pascual
vuelva a pelear esta gente,
me has de mandar prontamente
dos o tres mil escuadrones,
mil y tantos batallones,
diez carretas de dinero,
catorce mil artilleros
con novecientos cañones.

XVIII
Adiós, bravo general,
adiós, gran Restaurador,
ya me someto al rigor
de mi destino fatal;
y si a la Banda oriental
piensas hacerme volver,
con tiempo te hago saber
que aquí los niños chiquitos
han sacado un refrancito:
«aflígete, que has de oler».

¡Viva la Federación!

Buenos Aires, enero 20 de 1840.

Año 1.° de los salvajes unitarios, que se me vienen encima, a causa del borrico unitario Pascual Echagüe, vendido al oro inmundo de los asquerosos, aunque perfumados, franceses, etc.

El Ilustre Restaurador, en su lenguaje, tal cual se lo permiten sus doloridas circunstancias, contesta al otro Restaurador sin lustre.

I
¡No te lo dije, Pascual,
que la cosa no iba holgada,
porque es maldita gauchada
la de la Banda oriental!
¿Has visto?... ¡Como a Bagual
te han corrido!... ¡Pucha, digo!,
que se me ha entrao el umbligo
del suspiro que he pegao,
al ver el salto que has dao
de CAGANCHA al Paso de Higo.

II
Bien me decia Batata:
-Mire, señor, que a Pascual,
si don Frutos le echa un pial,
le ha de quebrar las dos patas;
de balde va con bravatas.
Créame, por su difunta;
se va a guasquiar en la punta,
sin aguardar que RIVERA
lo recueste a la manguera
y le haga alguna pregunta.

III
¿Con que creíste que Rivera
se estaba chupando el dedo,
porque un Tape vino en pedo
a decirte una zonzera?
¡Mirá qué NENE!, ¡friolera
ha sido el arrempujón!
El diablo es que en la función
yo también caigo de pavo,
pues se me ha encogido el rabo
lo mesmo que chicharrón.

IV
Porque al tiempo de atacar
te dijo don Juan Antonio:
«Mi compadre es el demonio
no vaya a facilitar»,
echastes a disparar
para Entre Ríos que es pior.
¡Cuidao, che, Restaurador!
Mirá que HORNOS es travieso,
no se te vaya el pescuezo
y te atraque el alfajor.

Librodot

V
No niego que sos valiente;
pero lo malo es aquello,
que se te ataja el resuello,
y te empacas de repente.
Ya se ve, teniendo al frente
tantísima artillería,
yo también emplumaría,
no digo de los cañones,
el chaschás de los latones...
¡quién sabe si aguantaría!

VI
Hay hombres a la verdad
que no les entra razón,
ciegos de una presunción
que toca en barbaridad
tal es la tenacidad
del compadre de Rivera;
si siempre que arma carrera
se la ganan sin rebenque,
a que es volver al palenque
ni pasar por la tranquera.

VII
¿Con que te salió a topar,
y le juistes a Medina?,
¡qué vileza tan cochina,
no se puede soportar!
¡Qué!, ¿no pudistes aguantar
siquiera entre las carretas,
haciendo algunas gambetas,
y no disparar tan fiero,
dejándole hasta el sombrero,
la baraja y las maletas?

VIII
Los de Rivera ese día,
por supuesto, se han avíao
porque hasta el pobre Palao
largó la chafalonía;
me hago cargo que sería
la cosa muy ensilgada,
pues perdistes la entorchada,
el corbo, el poncho y la jerga;
pero colgate una verga,
y te servirá de espada.

IX

Sufriendo un duro tormento
estoy yo aquí en un rincón,
por confiar en un collón
como tú, que es lo que siento.
¡Vaya que está lindo el cuento!
¿Con que echaste a disparar?
¡Qué más se puede esperar
de un general de tu laya!
Todo lo creo, cangalla;
¡qué diablos he de dudar!

X
Si te hubiera repuntao
algún muchacho oriental,
creo que un medio bozal
por maula te hubiera echao.
¿Pero quién?, si me han contao
que de atrás, lo que olfatiaste,
ahí no más te acomodaste,
y estabas... rompo, o no rompo;
y que al flete, como un trompo,
diste vuelta, y te agachaste.

XI
Los que sentías gritar
eran unos alarifes,
que iban atrás de tus chifles
por hacértelos largar.
¡Ah, Cristo!, ¡qué no topar,
entre toda esa gauchada,
uno que en la disparada
te prendiera bien las bolas,
y te hiciera hacer cabriolas
con la casaca bordada!

XII
Ya sé que en la dispersión
salieron de las cocinas
los muchachos y las chinas,
ofreciéndote jabón;
pero, ve si es juguetón
Núñez que te ha traginao;
porque me han asigurao
que las chinas te soltó,
y con ellas te corrió
sin precisar ni un soldao.

XIII
¡Qué me importa de Servando

Librodot

ni de naides de los otros,
cuando aquí estamos nosotros
con el julepe mosquiando!
Yo el primero me ando, me ando,
y a pesar que soy arisco,
me hago el duro como risco;
pero Batata es tan flojo,
que de balde yo me enojo:
no sale de San Francisco.

XIV
Yo supe luego que Urquiza
aunque anduvo balaquiando,
al Uruguay disparando
vino a lavar la camisa.
Ese sí anduvo de prisa
sin hacer tanta pirueta...
Ya se ve, es otro trompeta
como su gobernador,
que de la yunta el mejor
no sirve para corneta.

XV
Calmaría mis pensiones,
si te pudiera atrapar
para hacerte resbalar
con Usebio los calzones;
yo mismo diez ocasiones
te inflaría por morao:
y después de estar soplao
te haría echar una ayuda,
con una vela morruda
para dejarte foguiao.

XVI
Mirá, che, que no me gusta
el que me hablen de Lavalle;
y ójala te descangalle
si presumes que me asusta.
Aquí yo le tengo justa
su cuentita; sin embargo,
ya que se ofrece, te encargo
me lo atajés por allá,
porque si endereza acá...
¡Ay, Pascual!, hacete cargo...

XVII
Te puedes ir al infierno
y ponerte en invernada,

que es tierra muy abrigada
para pasar el invierno;
que yo también ando tierno
por largarme a los ingleses,
y ya más de cuatro veces
he querido atropellar;
pero vuelvo a recular
de miedo de los franceses.

XVIII
Adiós, general badana,
por fin has vuelto a tu tierra,
y has venido de la guerra
más pelado que una rana.
Asigurá la picana,
porque yo, más que me aflija,
voy a largarle manija
a LAVALLE, y esta vez
tu refrán sale al revés:
«ÉSE VA A OLER A LA FIJA».

Cielito gaucho, compuesto en la ciudad de Montevideo en febrero 1843, a la salud del coronel don Melchor Pacheco y Obes, por el soldado José Crudo, de la división Medina

Vaya un cielito rabioso,
cosa linda en ciertos casos
en que anda un hombre ganoso
de divertirse a balazos.

¡Ay, cielo, cielo y más cielo!,
este año por las cuchillas,
a costa de la invasión
hemos de comer morcillas.

Cierto es que los mashorqueros
se nos vienen al pescuezo
con asierra y alfajor,
y ¿qué han de sacar con eso?

Digo, cielo, que el serrucho,
no se usa en nuestra campaña;
pero ya que lo hacen moda
también nos daremos maña.

Llegado el caso, a la juerza
hemos de andar muy contentos
con lanza, latón y bolas,

Librodot

y a más, serrucho a los tientos.

Allá va cielo y más cielo,
siendo pareja la guerra,
lo mismo es tierno que blando,
lo mesmo sierra que asierra.

Acá no somos muy pocos,
allá diz que son más muchos;
quiere decir, que nosotros
menearemos más serrucho.

Cielito, cielo, eso sí:
estamos en nuestra cancha,
y hemos de desempeñarnos
mucho mejor que en Cagancha.

Aunque en el Arroyo Grande
perdimos una jugada,
no ha sido cosa: la erramos
de lleva en esa parada.

Digo, mi cielo, cielito,
cielo de Martín Sorondo,
acá verán si don Frutos
les ha de cubrir el fondo.

¡Ea, rosines!, ¡a ver
ese valor federal,
si sujeta como quiera
a la gauchada oriental!

Allá va, cielo y más cielo,
¡qué Cristo han de sujetar!,
si somos tan presumidos
para esto de no aflojar.

Son de balde esas balacas,
que han de tomar la ciudad:
¿no ven que coger un zorro
tiene su dificultad?

Cielito, cielo, bien saben,
mientras viva don Frutuoso,
llegar a Santa Lucía
les ha de ser trabajoso.

Con una yegua bellaca
y un cuero viejo a la cola,

los hemos de entretener,
y de ahí, que corra la bola.

Cielito, cielo y más cielo,
cielito de las tres cruces,
con esta sola maniobra
han de montar avestruces.

En teniendo redomones
y bolas como tenemos,
y que nos mande don Frutos,
ya ni chiripá queremos.

Digo, mi cielo, y si piensan
que andamos muy desaviaos,
ya verán cuando les llueva
bala y corvo a todos laos.

¿Presumen que a infantería,
nos han de medio pasar?,
¡poquita es la morenada
que les hemos de soltar!

¡Cielito, cielo y más cielo,
cielito de la ciudá,
que ha hecho cuatro mil infantes
LA LEY DE LA LIBERTÁ!

¡Ah, cosa!, es verlos morenos
bramando como novillos,
preguntando a cada rato:
«ondé e que etá esem branquillos».

Allá va, cielo y más cielo,
cielito de Canelones,
atiendan como se explican
en todos los batallones:

«¡Líjalo no ma vinise
a ese rosine tlompeta,
que cuando le tlopellamo
lon diablo que no sujeta!».

¡Ay, cielo, cielo y más cielo,
cielito digo, eso sí;
no hay duda, están los morenos
más bravos que cumbarí!

¡Viva pues la infantería

Librodot

y los Guardias Nacionales,
marinos y artillería,
y todos los orientales!

Cielito, cielo, y más cielo,
cielito de la despedida,
muera Rosas y seremos
libres por toda la vida!

Noticias mashorqueras y de moquillo, que circularon en el campamento de Oribe el 11 de junio de 1843

Montevideo, junio 13 de 1843.

Ayer se vino un pasao
soldao de caballería,
que dice que allá servía
con Montoro el Renegao
y diz que le oyó decir
que el general entrerriano,
para fines del verano
dejuro debe venir.

Y que si no ha caído ya,
es porque fue a Maldonao,
a pastoriar el ganao
que trai con temeridá.

Que podemos aprontarnos,
porque se dan mucha prisa
Alderete con Urquiza
para venir a tragarnos.

Ansí es que se han asustao
toditos en la trinchera,
con las noticias de ajuera
dadas por el Renegao.

Y otros dicen que a don Justo
se le fue la caballada,
y que en esa disparada
no ha tenido chico susto.

Y otros dicen de que no;
pues RIVERA en San José,
le salió, y no sé por qué
los caballos le cobró.

Y otros ya cuentan primores,
de una tendida que le hizo
Urquiza, el ESPANTADIZO,
viendo a don Venancio Flores.

Y otros dicen que Medina,
Estibao y Centurión,
lo echaron de un rempujón
al arroyo de la China.

Y otros dicen de que Luna
y Báez lo arrean de atrás,
para que no vuelva más
a su tierra... ¡qué fortuna!

Pero dice el Briste Pake,
que Urquiza está en el Cerrito,
según carta que le ha escrito
a Juan Manuel Estoraque.

Y otros dicen que Alderete
fue a buscarlo y no lo halló;
y caliente se volvió
con la burra al Miguelete.

Y en tanto dime y direte,
¿saben lo que digo yo?,
es, que FLORES lo atrasó
a Urquiza y le rompió...

el siete de agosto la cabeza, contra un pedegral, pues lo echó por sobre las orejas del pingo de un chuzazo, que lo hizo pericantar.

Saludo al valeroso coronel don Marcelino Sosa

Montevideo. Julio 8 de 1843.

Mi coronel Marcelino,
valeroso guerrillero,
oriental pecho de acero
y corazón diamantino:
todo invasor asesino,
todo traidor detestable,
y el rosín más indomable
rinde su vida ominosa,
donde se presenta SOSA,
¡y a los filos de su sable!

UN SOLDADO DE SU ESCUADRÓN.

Indirecta, encaminada a cierto agente norteamericano que dijo en Montevideo, que, teniendo dudas sobre si Oribe tenía o no derecho para habilitar puertos y embargar en el Estado oriental todos los frutos del país, no podía resolverse a contestar de acuerdo con una circular que le pasó el gobierno de Montevideo a ese respecto, y concluyó (el agente) por entregarse a los consejos de un abogado oribista y rosista, quien (por supuesto) le aconsejó que contestara al Gobierno, de que Oribe tenía completo derecho como beligerante para establecer bloqueos, habilitar puertos, y robar a troche y moche.

¡Nunca falta un Güey Corneta!

Pues, sí, señor: de Alderete,
presume el de los nutriales,
que puede juntar sus riales
robando en el Miguelete
hasta cueros de bagüales.

Porque UNO en letra menuda
dijo: «sí puede, ¡pues no!»,
cuando el nutrial dijo: «Yo
tengo en el derecho duda.
Usté por mí espliqueló».

De suerte que en el Cerrito,
está Oribe pataliando;
y acá está UNO aconsejando
que se le haga compadrito
el nutrial, que está boyando.

Ansí mesmo, me confundo,
y dudo que en la ocasión
hombres que dicen que son
los liberales del mundo,
se recuesten a un ladrón.

Aunque cierto gaucho dijo,
y acertó como profeta:
«que no hay boyada perfeta»,
porque mesmamente, fijo:
¡nunca falta un Güey Corneta!

Al triunfo de los patriotas en el Cerro de Montevideo, sobre los soldados de Rosas en 1843.

Media caña gaucha, para que la bailen los italianos armados en defensa de la libertad oriental y argentina

¡Oiganle a los rosines
balaquiadores!
¿Cómo dicen que son
aguantadores?,
y redepente
en el cerro aflojaron
tan fieramente.
¡Ciriaco!, ¡triste Ciriaco!,
Rivera te tiene flaco.
Por delante y por detrás,
¡qué suspiros pegarás!
Ahora que la cosa
se va enderezando,
y que tus soldaos
la van olfatiando...
a desgranarse
empieza tu mazorca
hasta pelarse.

En el Cerro esa tarde,
de una coplada,
¡cincuenta se vinieron!
Y eso no es nada,
que a la trinchera
se pasan todo el día
como chorrera.
Van trescientos y cuarenta:
en fin, no llevamos cuenta:
diariamente de tu gente
del Cerrito, Ciriaquito...
Se van escurriendo,
y acá se nos vienen,
y en esto demuestran
la fe que le tienen...
al Restaurador
y Ciriaco Alderete,
el degollador.

De PACHECO, Bausá,
y su división,
¡qué de quejas tendrá
Barcena el ladrón!,

Librodot

que en la ladera
del CERRO le soplaron
la vela entera.
¡A Barcena, pobre tuerto!,
¿si del susto se habrá muerto?
¡Qué escapada, qué mamada
tomaría ese día!
¡Qué jabón llevó
hasta el Miguelete,
y si no dispara
le rompen el siete!
¿Si será verdad
que iba jediendo fiero?
¡Qué temeridá!

Ya se van los puebleros
medio amansando;
vuélvanse mashorqueros,
que fue chanciando
la rebenquiada
que en el Cerro les dieron
por humorada.
Y el juego tiene reveses,
albur y gallo, y entreses,
y se echa culo, y se echa suerte,
y se reniega, y se divierte.
A veces se pierde,
a veces se gana,
y también sucede
que uno va por lana,
y trasquilao
sale de la jugada
por desdichao.

Vieran a los pasaos
del otro día
cómo andan de platudos,
¡Virgen María!
y voracean;
a la cuenta hacen gala
de que los vean.
Se vinieron como alambres,
comieron buenos matambres;
ya están gordos y fortachos
y salvajes, ¡ah, muchachos!,
y ninguno quiere
dejar de servir,
hasta que al tirano
lo hagan sucumbir;

Librodot

y están prendaos
de nuestros oficiales
y sus soldaos.

Tenemos acá un jefe
sombrero gacho,
se llama GARRIBALDE,
y los tiene ¡a macho!,
y es mozo anfibio
que en la tierra y el agua
no les da alivio.
¡Mansito es el italiano!
¡Pu... cha!, ¡si pilla a Mariano!
Sin tin tin, ni violín,
redepente con su gente,
se les cuela allá
en el vericuete,
y la refalosa
le toca a Alderete.
¡Abran el ojo,
que el hombre no se quiere
morir de antojo!
Con que, vuelvan al Cerro
con siguridá,
que no les hacen nada
los de la ciudá;
y en cuatro viajes
apuesto a que se vuelven
todos salvajes.
Se vienen como a la miel,
crealó, amigo Manuel:
y si no, sueltelós,
y al ratito busquelós.
Verá si le escupen
por la Figurita
con bala, y que son
de la gentecita;
que lo han dejao,
porque dicen que está
agusanao.

Carta de un jefe asustado del Restaurador Rosas, dándole cuenta de cierto funesto encuentro que tuvo con las fuerzas del general Rivera, en el Departamento de Maldonado en la Banda oriental

Cerrito de Montevideo a 23 de julio de 1843.

Juan Manuel, a estos parajes,

después de aventuras tiernas,
con el rabo entre las piernas
me han arriado los salvajes;
es preciso que trabajes
por auxiliarme lueguito,
pronto, por Dios, hermanito,
que estamos muy apuraos
y todos apeñuscaos
en la falda del Cerrito.

Confieso que disparé
completamente asustao,
y aunque todo desollao,
por fin el bulto salvé:
en otra vez trataré
de comportarme mejor;
pero en ésta, por favor,
sacame de esta apretura
donde el hambre nos apura,
y los tapes, que es lo pior.

El diablo me hizo topar
con Rivera el otro día,
y por pocas ¡Virgen mía!,
cuasi me hace desnucar:
que si no echo a disparar
más ligero que un venao
ya me hubiera basuriao,
pues cada tape es un moro,
y son más bravos que toro
cuando está recién capao.

Bien podías arrejar,
vos que sos tan balaquero,
verás si sois el primero
que al infierno vas a dar:
¡y que te ibas a escapar,
sin sacarte un mamador!
Animate por favor,
y en la primera topada,
¡a que te dejan hinchada
la panza como un tambor!

¡Ah, salvajes!, figurate
que juimos más de mil hombres,
y ellos con cien ¡no te asombres!,
cuasi nos rompen el mate.
¡Ah, diablos!, imaginate,
¡qué gauchos son los que tiene

Rivera, que se nos viene
haciéndonos corralito!
para limpiarnos el pito,
si el diablo no lo entretiene.

Luego, PAZ y la gringada,
y el ejército pueblero,
que nos tiene al retortero
como un lobo a una majada.
Después toda la inglesada,
y en la punta el comodoro
don Purvis que es otro toro,
que nos quiere atropellar,
y por vernos pataliar
daría mil onzas de oro.

¡Ay!, si vieras qué cosquillas
le hace este inglés a Ciriaco;
¡infeliz!, que ya de flaco
le relumbran las canillas;
así es que hasta las costillas
se le están por desgranar,
y a todos nos va a pasar
otro tanto en este invierno,
porque está el pasto muy tierno
y no hay cómo adelantar.

Y el ejército se va
de una vez adelgazando,
y de yapa resertando
con mucha temeridá.

En fin, no sé qué será
de todos los mashorqueros,
tus cañones y morteros;
pues no hay cómo disparar,
y están por atropellar
los de ajuera y los puebleros.

Si Mandevil se empeñara
con el comodoro inglés,
presumo yo que, tal vez,
el hombre nos aliviara;
o al menos si se embarcara
el Briste Pake y viniera,
puede ser que consiguiera
pillarlo de buen humor;
porque si no, el comodoro
le hace pelar la cadera.

Librodot

Por último te prevengo,
como amigo de confianza,
que no me queda esperanza
sino en los barcos del Rengo;
a Brun tan sólo me atengo,
aunque el viejo desconfía
que lo atrasen, ¡Virgen mía!
Me cuelgo de una cumbrera,
y concluye su carrera
Tu amigo:
¡JESÚS MARÍA!

Felicitación al cumpleaños del Presidente Legal don Ciriaco Alderete

Agosto 8 de 1843.

SAN CIRIACO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Vean no más si esto es leche,
cuento, mentira o cabriola;
porque, ni parece bola
de don Ciriaco Escabeche.

Allá van noticias ciertas,
en puertas;
que andan sonando por ahí:
velay.
No sé si será moquillo
blanquillo,
pero se dice que Urquiza,
¡qué risa!,
ya viene por San José
¡che, che!,
arriando mucho ganao
salao;
y una inmensa caballada
pintada:
pues se ha guasquiao señó Justo
por gusto,
sólo a darle un convite
muy currutaco,
hoy viernes que es el día
de don CIRIACO.
¿Será verdad? Digamé
quién sea más entendido;
porque yo estoy persuadido
que es moquillo: pero ¡qué!

Si no tiene la noticia
malicia,
ni parece contra fuego,
tan luego,
ahora que está el COMODOR
de humor
de ir a pasiar al Cerrito
prontito,
y darle con sus ingleses
entreses;
pues el hombre anda en la güena,
y suena,
que no les cuenta ni dos,
¡por Dios!,
¡que en la primera
ya le atraca a Ciriaco
la Lujanera!

Con que ansí, siga la historia
de Urquiza, porque han sabido
que al COMODOR le ha escrebido
primores doña VITORIA.

Retruco a Rosas por una infame calumnia que publicó en Buenos Aires respecto al señor general don José María Paz

Gaucho embustero, mentís
brutalmente en cuanto hablás
contra del general PAZ,
y en lo demás que decís.
Pues de balde te aflijís,
ya tu carta es conocida,
y en todas partes sabida
la aflición en que te hallás;
y para apurarte más
yo te buscaré la vida.

Juan de Dios Oliva y otros dos gauchos orientales platicando el día 11 de junio de 1843 en el campamento del general don Frutos Rivera

JUAN DE DIOS: Conque, mi amigo Vicente,
¿de adónde sale?, apiesé;
venga al fuego, arrimesé:
¿cómo le va?

Librodot

VICENTE: Lindamente,
ño Juan de Dios: ¿cómo está?

JUAN DE DIOS: Alentao, sin novedá,
amigo, hasta la presente.

VICENTE ¡Mire el diablo!, y se corrieron
de su salú malas mentas,
pues, en resumidas cuentas,
ha de saber que dijieron:
«a ño Juan de Dios lo han muerto»,
y yo creí que fuera cierto,
porque como usté es mansito
para las balas, lueguito
se lo asiguré a Ludueña.

JUAN DE DIOS: ¡La gran p... ulida y risueña!,
eso ya es mucho decir:
¿si me andaré por morir?

Escuche, amigo Zamora,
las mentas; porque una mora
fría me sacó una achura
me creen en la sepultura
o en la cuchilla estirao,
cuando estoy tan alentao
y me siento tan güenazo.

¡Pero qué!, ¡quién hace caso!
Yo nunca creo en visiones,
ni excuso las ocasiones;
porque nada me hace estorbo
tratando de meniar corvo.

¡Qué Cristo!, he de forcejiar
y me he de hacer aujeriar
una y diez veces, primero
que ver mi Patria, aparcero,
esclava de un asesino,
como ese vil argentino
que nos quiere suyugar.
¿No es esto muy rigular?

VICENTE: Sí, amigo, ¡pues no ha de ser!,
y así los hemos de hacer
c... ejar a esos saltiadores
asesinos, forzadores,
y muy pronto...

JUAN DE DIOS: Deje estar
que luego hemos de acabar
con toda esa sabandija,
de siguro, y a la fija:
y a ellos se les hace broma,
pero si medio se asoma
Pacheco por la cuchilla,
frutos Rivera ni ensilla...
y en pelos me lo desloma.
De balde anda matreriando;
aquí lo andamos ronciando
día y noche, ya lo ve.

Además, andan a pie:
y así el viejo los apura;
luego después la flacura,
que ya los tiene a gatitas,
y si no montan mulitas,
montarán en osamentas
o en rocines a la cuenta.

VICENTE: Así ha de ser: pero, ¿ha visto
al tal Oribe? ¡Por Cristo!,
amigo, ¿quién pensaría,
que don Manuel nos traería
tal guerra y calamidá?
¡Un oriental!... ¡qué ruindá!,
costiarse de la otra banda,
porque ese Rosas lo manda
a trairnos la guerra a muerte;
¡ha visto cosa más fuerte!

JUAN DE DIOS: Mesmamente: ¡es cosa cruel!,
pero el paisano Manuel,
hace una máquina de años
que nos preparó estos daños
y desgracias que recién
en nuestra tierra se ven.

Doce años hacen cabales,
a que nos armó estos males;
y él solo por sinrazones
que en tiempo de los barbones
tuvo allá con don Frutoso,
ahora se viene furioso
contra inocentes paisanos:
que todos somos hermanos
y no lo hemos ofendido.
¿Qué causa, pues, ha tenido

Librodot

para que venga tan cruel
unido a ese Juan Manuel,
a matarnos sin piedá?,
¿ha visto barbaridá
de esta laya? Velay mate:
y si quiere que relate
la causa sin que me entibie,
es menester que me alivie
con un cigarro, si tiene.

VICENTE Amigo, al pelo le viene:
tengo aquí, pero no es naco ,
sino una hostia de tabaco
que me dio un francés que masca;
tome... pite, y dele guasca.
Lárgueme a mí la caldera,
yo cebaré mientras quiera
cimarroniar; siga, amigo.
Gracias a Dios que consigo
el oírlo moralizar,
y que me quiera explicar
la causa de esta custión:
a pesar que la razón,
¿quién la tiene?...

JUAN DE DIOS: Le diré
ciertamente, creamé:

En el año treinta y dos...
¿por julio?, sí, Juan de Dios;
estaba Frutos Rivera
de presidente, y afuera
por el Durazno se hallaba,
y Oribe entonces estaba
de comendante del puerto.
¡Como hay Dios!, esto lo es cierto.

Vivíamos felizmente;
¿se acuerda, amigo Vicente?,
cuando por fatalidá
armaron en la ciudá
la primer revolución,
origen de esta custión.

Fue en julio..., sí; el día tres:
pues me acuerdo que esa vez
se solevó un batallón
con el coronel Garzón
gritando: ¡muera Rivera!

No hay duda que Oribe era
figurón en el motín:
pues todo se sabe al fin;
y aunque no se puso al frente,
he oído generalmente
una porción de ocasiones,
que los dos jefes Garzones,
como los dos Lavallejas,
de Oribe tenían quejas;
porque en aquella ocasión,
diz que les hizo traición
y que los abandonó
cuando él los comprometió
y los metió hasta el cuadril.
¡Mire si es partida vil
en don Manuel! -Adelante.

Pues, señor, desde el istante
en que se alzó la pueblada,
luego le hicieron la armada,
y a don Frutos se la echaron,
y por fortuna le erraron.

Rivera estaba inorante
que le iban a echar el guante
con miras de asesinarlo;
y derechito a matarlo
fueron, ¿qué duda nos queda?,
pues el capitán Ojeda
lo atropelló con Santana;
pero por una ventana
el Viejo fue tan feliz,
que se les hiso perdiz,
y en cuanto saltó de allí
cogió y se azotó en el Yi .

Yo no sé cómo está vivo
porque con un gomitivo
de Larruá se echó en el río:
si no es eso, ¡Cristo mío!,
ahí lo atrasan fieramente,
pero al fin llegó a su gente
que estaba del otro lao,
donde se puso alentao
y formó su reunión.

Entre tanto, de mirón
Oribe se dejó andar,
y en cuanto vido flaquiar

Librodot

a sus amigos, salió
y vino, y se recostó
a don Frutos, por si acaso.

El Viejo que es tan güenazo,
no se dio por entendido,
y habiéndolo recebido
con la mejor voluntá,
le brindó con su amistá,
que Oribe se la almitió
y también se la juró.

Siguió la revolución
flaquiando cada vez más,
hasta que don Frutos... ¡tras!,
le dio un golpe y la aplastó;
y a todos los aventó
a los quintos apuraos,
pues salieron a dos laos
en cuanto nos divisaron,
y ahí no más se terminaron
la guerra y las disensiones
como en otras ocasiones.

Don Manuel a la ciudá
cayó luego con Rivera
que en cuanto llegó de afuera,
en prueba de su amistá,
con gusto y sinceridá
lo hizo ministro de guerra,
que es un cargo en esta tierra
más grande que general;
y naides lo tuvo a mal.

Lejos de eso, lo aplaudimos,
y los paisanos dijimos:
ya no habrá más anarquía,
pues marchan en armonía
Oribe y Frutos Rivera;
¡ah, tiempo!, ¡ojalá volviera!

En fin subió don Manuel
a ministro, como he dicho;
y como santo en un nicho
don Frutos se veía en él.
Siguió fingiéndose fiel
don Manuel, en la aparencia,
porque ya la presidencia
de Rivera iba a cesar,

que era todo su anhelar;
desde que don JUAN ANTONIO
salió llamando al demonio
y renegando de Oribe.

En esto bien se percibe,
que don Manuel, al dejarlo
solo, trató de obligarlo
a disparar al infierno,
para subir al gobierno;
porque sólo Lavalleja
podría sacar la oreja
a todo el que pretendiera
mandar después de Rivera.

Y mesmo, así sucedió:
Lavalleja disparó
abriéndole la tranquera
para que Oribe pudiera
conseguir sus pretensiones.

Llegaron las eleciones,
que es lo mesmo que apartar
aquel que ha de gobernar:
y se nombran capataces,
o mozos todos capaces
de elegir el más mejor,
y Rivera por favor
lo señaló a don Manuel,
diciendo: que «sólo él
debia montar el potro,
y que después ningún otro
sería buen presidente».
Alvierta, amigo Vicente,
no faltó en esa ocasión
quién cruzara el mancarrón
y le dijiera a don Frutos:
«¡Mire que muchos disgustos
le va a causar don Manuel!
No se empeñe usté por él».

Entonces Frutos Rivera
les contestó, que: «cualquiera
hiciera la oposición;
que era libre la opinión
en ese particular;
(y dijo): me he de empeñar
para que Oribe gobierne,
aunque a mí no me concierne

Librodot

meterme en el nombramiento»;
y otro le dijo al momento:
«pues yo me voy a oponer».

«Amigo, lo puede hacer,
(contestó). No meta bulla;
y si sale con la suya
crea que lo sentiré».

Pues cabalmente así fue,
que el hombre fiero se opuso;
pero Rivera que es buzo
y no se ahuga en los arroyos,
le largó todos los rollos
al lazo de su esperanza,
y lo soltó en la confianza
que al dar el Viejo un tirón,
la más fuerte oposición
él la haría sujetar,
y el suelo vendría a dar
ganando al fin la eleción.

VICENTE Tome, amigo, un cimarrón,
no se le seque el garguero.
¡Ah, cosa linda, aparcero!,
¡eh, pucha, que está ilustrao
en todo lo que ha pasao!

JUAN DE DIOS Pues, señor, que lo nombraron,
y viera con qué alegría;
salvas y musiquería,
y también le repicaron:
por las calles lo aclamaron
las gentes de la ciudá,
y fue con temeridá
lo mucho que se alegraron.

Así lo engolosinaron
en cuanto subió al poder,
cosa que no es bueno hacer
jamás entre los paisanos.

Ese día, él dio las manos
a todos al despedirse:
y yo me acuerdo que al irse
del Fuerte, allí en un salón,
le dijo a la reunión
con una voz muy contrita:
«¡Compatriotas! Dios permita

que esta pública alegría
dure hasta el último día
que yo descienda del mando»;
y ya salió trompezando.

De esta manera legal
largó el mando don Frutoso;
y Oribe lo hizo gustoso
comendante general.

Salió Rivera a campaña;
y el diablo, amigo, quizás,
cuando todo estaba en paz,
vino a meter la zizaña
aunque no fue cosa extraña
la vuelta que Oribe dio,
pues luego se le cambió
al mirarse poderoso,
faltándole a don Frutoso
en todo a la buena fe.

Lo primero que hizo fue
llamar a los emigraos
que él mismo dejó ensartaos:
y al momento de llegar,
a todos los hizo armar.

Eso sólo fue un capricho
de don Manuel; pues me han dicho,
que don Frutos al salir
no le dejó de pedir,
y le rogó por su madre,
que «en caso que a su compadre
Lavalleja lo llamara,
tan de pronto no lo armara,
porque es viejito fogoso,
y pudiera rencoroso
guardarle un resentimiento
y darle algún sentimiento.

«Que le avisara al llamarlo
para venir a amansarlo,
y Rivera respondía:
Que el compadre volvería
a su rango y su valer,
como al mismo tiempo a ser
como de antes su aparcero
y su viejo compañero».

Librodot

Pues, vea: Oribe solito
lo hizo venir calladito,
y le dio una división
con su segunda intención,
y los demás emigraos
toditos fueron armaos,
sin que don Frutos dijiera
ni una palabra siquiera,
porque no quiso hacer caso
y le sufrió el chaguarazo.

Dígame, aparcero, ahora:
¿si acá el amigo Zamora
ve que usté y yo nos tiramos,
y de firme nos pegamos
hasta ojalarnos el cuero,
reparando el compañero
que usté al fin de la disputa
dispara hasta la gran p...
renegando contra mía,
y conmigo en armonía
queda Zamora en mi rancho,
y me hace después un gancho
metiéndolo en mi cocina
a usté con su garabina,
sin avisarme «esto pasa»,
viviendo en mi mesma casa;
si de Zamora me quejo,
será una ofensa?...

VICENTE: ¡C... anejo!,
eso sería chanchada.

JUAN DE DIOS: Pues así fue la jugada
que a don Frutos le hizo Oribe.

En seguida, va y escribe
unas cartas muy rabiosas,
que Rivera entre otras cosas
le asiguró por afuera,
y en todas decía que «era
don Frutos un salteador»;
y para hacerla mejor,
por órdenes terminantes
le quitó los comendantes
de cada departamento:
cosa que la hizo de intento,

y el mandar matar a Osorio
como es público y notorio
por agraviar a Rivera,
que andaba por la frontera
sirviéndole a don Manuel,
después que se vio con él
y don Llambí en Cerro Largo,
que tuvo su rato amargo
por no mostrarse ofendido,
que de no, ¿qué hubiera sido
de Oribe en esa ocasión?,
pues ya tenia razón
don Frutos para amolarlo,
y no hizo sino palmiarlo
mostrándole buen agrado,
para no verse obligado
a dar lugar a otros males,
ni armar guerra entre orientales;
hasta que al fin reventó,
porque Oribe lo hostigó;
y al llegar del Cerro Largo,
le mandó quitar el cargo,
y que bajara lueguito
para agarrarlo mansito.

Pero Rivera no es lerdo;
pues todavía me acuerdo
que allá le armó una ensilgada,
y le largó esta empalmada.

Pues, señor, lo llamó a Luna
que estaba allí por fortuna,
y le dijo que ensillase
y a la ciudá se largase,
fingiendo que con don Frutos
tenía grandes disgustos.

Para esto mandó quitarle
una estancia, a fin de darle
todo el valor al moquillo,
y el viejo Luna que es pillo
se le agachó y del tirón
vino a dar hasta el Cordón,
y anduvo por ahí renguiando,
y en voz alta renegando
de Rivera, y qué sé yo.

Oribe se la tragó;
porque lo mandó llamar,

Librodot

y, al empezarlo a tantiar,
le ofreció que le daría
el Fuerte y la Polecía.

Luna se mostró blandito,
y entonces don Manuelito
le hizo dar una partida,
para que fuese en seguida
y a don Frutos le prendiera
de atrás, aunque más no fuera.

Salió Luna y del camino
al Viejo se lo previno;
y éste los hizo aguardar
con su escolta, y al llegar
les menió lata y estaño,
y con este desengaño
Rivera se resolvió
en cuanto Luna volvió,
porque no es zonzo ninguno
tratando del número uno;
y porque entonces no vino
y se puso en el camino
a dejarse trajinar,
entró Oribe a alborotar:
«¡El indio Frutos se ha alzao!
¡Es un malevo!, ¡un malvao!,
¡que está haciendo reuniones!».

Velay tiene las razones
porque al Viejo nos juntamos,
y en seguida nos topamos
allá en la Carpintería.

Yo no sé qué más quería
don Manuel esa ocasión.
Él era primer mandón;
toditos le obedecían;
las muchachas lo querían;
y ÉL ¡que es tan aficionao!,
que eso lo tiene atrasao.

En fin, ese es cuento aparte:
sí, señor: por otra parte,
don Frutos no le faltaba,
al contrario, lo halagaba;
cuando en esto redepente,
de incapaz y de imprudente
con Rivera se trenzó,

y el Viejo lo castigó
en Yucutujá, en el Yi,
y en Palmar, ¿no es así?
Entonces, dígame, amigo
(fijese en lo que le digo)
¿por qué venció don Frutoso?,
¿será por ser más buen mozo?
Claro es que no: luego ha sido
porque Rivera ha tenido
siempre más linda opinión,
y mejor disposición
que don Manuel, siete veces;
pues no precisa intereses,
porque todos lo hemos visto
que don Frutos sin un cristo
anduvo por Portugal
como una águila imperial.
Cuando la traición de Raña;
que bien la pagó, el lagaña,
mientras que Oribe tenía
todito cuanto quería:
armas, moneda, soldaos
y barcos por todos laos.
Con todos estos avíos
y los negros de Entre Ríos,
tristemente lo vencimos
cuatro gauchos que vinimos,
y él dice que con porteños,
con los cuales hizo empeños
Rivera por desbancarlo.
A ninguno fue a buscarlo
don Frutos; y si vinieron,
tan solamente lo hicieron
muy pocos esa ocasión,
y ¿sabe por qué razón?,
por muchísimas diabluras
que Oribe en sus calenturas
mandó hacer en la ciudá,
quitando la libertá
para escrebir en la imprenta,
y agarrando por su cuenta
a una porción de argentinos,
porque eran hombres ladinos
y hablaban fiero de Rosas,
a quien ante todas cosas
Oribe empezó a adular,
queriendóselo ganar
por si acaso disparaba,
para ir a donde él mandaba

Librodot

a someterse a ese güaso
degollador, ladronazo,
como lo hizo sin rubor.
¡Eso, sí, es buscar favor
de un porteño infame y ruin!
¿No es así, amigo Martín?

MARTÍN: Cabal, amigo: pues no;
y si Rivera almitió
argentinos a su lao,
fue uno que otro desgraciao,
y cada uno conocido,
pues todos habían sido
compañeros en la guerra
del Brasil, cuando esta tierra
llegó a ser independiente;
y no era como esa gente
que viene con don Manuel,
degolladores sin hiel,
mashorqueros corrompidos
y diablos desconocidos,
coroneles, generales,
de allá de los federales,
y nada más que de allá.

JUAN DE DIOS: Eso es la pura verdá;
Oribe se ha envilecido,
desde que se ha reunido
a esos viles saltiadores;
y él es uno de los piores...

VICENTE Amigo, no se caliente,
y lo pille el presidente
Rosín -mashorqui- legal.
Mire que es hombre formal,
y dicen...

JUAN DE DIOS: Calle, no diga;
que da dolor de barriga
oírlo llamar presidente.

¿Se acuerda, amigo Vicente,
cuando después del Palmar
los hicimos encerrar
dentro de la ciudadela?,

¿que esa vez casi se cuela
don Frutos en la ciudá,
y hace una barbaridá
si lo pilla a don Manuel,
que estaba con el cordel
(como quien dice) al pescuezo?

VICENTE: ¿Y qué tenemos con eso?

JUAN DE DIOS: ¡Qué hemos de tener!, aguarde:
pues, señor, en una tarde
que yo caí del Peñarol
antes de ponerse el sol,
vi un coche en el campamento;
ya andaba sonando el cuento,
y eran ciertos los rumores,
pues vinieron tratadores
a hacer la paz con el Viejo,
y estuvieron en consejo
cuatro o cinco diputaos,
que vinieron bien delgaos
porque la carne escaseaba,
con todo, le dieron taba
al general, y por fin
largaron un boletín
en el que Oribe firmaba,
«que hasta hoy no más aguantaba,
pues como era inconveniente
el que fuera él presidente
para que la paz se hiciera,
se hacía José de afuera,
muy contento y muy ufano,
escribiendo él de su mano
aquella renunciación
ante toda la nación»,
y no sé qué más decía.

Pues, amigo, al otro día
alzó moño a la otra Banda,
y desde entonces ha que anda
nombrándose Presidente
a todo vicho viviente.
Y como el Restaurador
es gaucho de buen humor,
en cuanto fue, le dio cuerda,
y después lo echó a la... mi... licia;
y en esa mesma ocasión

Librodot

mandó con la otra invasión
al pobre Pascual Badana;
y le reculó macana,
al Presidente corrido,
cuando éste debió haber sido
el general esa vez.

Pero Rosas, al revés,
lo mandó por los rincones,
de Entre Ríos y Misiones,
donde anduvo de ordenanza
de López: esto no es chanza.

Se me hace que lo estoy viendo
a don Manuel; que leyendo
esta mi conversación,
dice así: «tiene razón
Juan de Dios: ¡si será el diablo!».
También dirá don Juan Pablo
el general: «es verdad»;
porque ésta es la rialidá:
créalo, amigo Martín,
anduvo así, hasta que al fin
Rosas lo mandó a esas tierras
de para arriba, a las guerras,
en donde le hizo servicios
y mandó hacer sacrificios,
piores que Poncio Pilatos,
de incendios y asesinatos,
robos y degolladuras,
reyunadas y forzaduras,
y agenció esos compañeros
que ahora trae, los mashorqueros,
con los que hizo esas hazañas;
y todavía, ¡qué entrañas!,
quiere su patria entregar,
¡a Rosas!, por gobernar
cuatro días a lo sumo,
porque luego, como el humo,
le quita el mando VIOLÓN,
o cualquier otro ladrón
de esos que vienen con él,
y al presidente Manuel
me le sacan el pellejo
en cuanto chiste; eso es viejo.

¿O estará Oribe en la creencia
que hoy juega Rosas el resto,
para después de todo esto

Librodot

largarle la presidencia?,
y que para el Vuecelencia
nos llena nuestra campaña
de mazorca, media caña,
refalosa, moño, cinta,
y sobre todo, la quinta
esencia del ladronicio?
Un hombre con tanto vicio,
tan cruel y tan ambicioso,
tan vil y tan revoltoso
como ese Restaurador,
que ha llenado de terror,
¡trece años, como un rabioso!
¡A propósito es el mozo!

VICENTE: No, amigo, ya don Manuel
quisiera zafarse de él,
sacándose la manea.
Créalo, que tal desea:
pero está muy apretao,
abatido y ultrajao;
porque ya sin disimulo
le dicen, que es hombre nulo,
entre esos mesmos rosines,
tal son de bajos y ruines;
y ¿qué ha de hacer?, se sostiene,
pues más remedio no tiene.

ZAMORA ¿Por qué de ellos no se aleja,
como lo hizo Lavalleja,
y como lo ha hecho Garzón?
También esos hombres son
enemigos de don Frutos:
y por eso, ¿como brutos
han de venir contra nuestra?
En esto bien se demuestra
que sólo Oribe es malvao:
así se ve abandonao
aun de sus mesmos amigos,
que hoy están siendo testigos
de la triste situación,
miseria y desolación
en que su tierra ha sumido,
y ahí lo contemplan metido
entre taperas quemadas
y de cabezas cortadas,
lleno de peste y flacura,

Librodot

enfermo de calentura
y rodeado de asesinos,
que los pueblos argentinos
y que la Banda oriental
han cercenado a puñal
por orden de don Ciriaco,
que así se llama ahora el Flaco.
Y el apellido también
se lo ha puesto, ¡ah, cosa fiera!
Alderete... ¡Si supiera
de a dónde lo fue a campiar!
Oiga, le voy a contar,
como Curro me ha contao,
que no es andaluz negao.

Cuando las primeras guerras,
que apenas por estas tierras
indios había y chimangos,
cayeron los maturrangos,
al mando de un tal Cortés,
que el rey de España esa vez
a Méjico lo mandó
y fue quien lo conquistó.

Ahí vino de habilitao
un Alderete mentao
y más ladrón que Turpín
porque a un tal Guatimocín
que era el Rey de aquellos pagos,
cuentan de que le hizo estragos
porque Alderete era moro,
y, por soliviarle el oro
al indio, lo atormentó
fiero y lo descoyuntó,
y cuando lo hizo cecina,
hasta le robó la china.

Mire que bien ha elegido
de Alderete el apellido.
Con que así, amigo Vicente,
vea si estará caliente.

VICENTE: Debe estar, porque sin duda
se le ha puesto peliaguda
la custión en esta vez,
y es preciso ver lo que es
ese ejército pueblero.
¡Qué soldados, aparcero,

esos Guardias Nacionales!,
¡qué gefes, y qué oficiales!,
¡y esos siete batallones
de morenos que son liones!
¡Ese Marcelino Sosa !,
¡que canta la pegajosa
con su escuadrón todo el día!,
y lo que es pior todavía,
todita esa francesada
que al sentir la rosinada
se juntan como aguaciles,
atraviesan los fusiles
y a bayoneta calada
atropellan de coplada
cuando gritan: ¡Al avante!,
llevándose por delante
cercos, zanjas y palenque,
y los sacan a rebenque
a los rosines... ¡barajo!,
¡gente que les da trabajo!

Luego de ahí, la italianada,
también gente desalmada:
¡eh, pucha, pero si viera!,
se topan con los de afuera;
y al grito de... ¡Sacramento!,
les atajan el aliento
a fuerza de bala y tiza;
y siempre muertos de risa.
Vea pues lo que ha ganao
Oribe cuando ha dejao
de ser paisano oriental
por ser rosín federal.

JUAN DE DIOS: Como ya lo es, y se explica
desde que a todo le aplica:
¡Viva la Federación!,
que es decir en conclusión
Viva la Mashorca y Rosas.
¿A qué vienen esas cosas?,
si acá somos orientales,
gauchos todos liberales,
¿por qué nos pretende uñir
y que nos haga morir
en el yugo ese tirano?

No, amigo Ciriaco, en vano
son sus viles pretensiones:

Librodot

arruine las poblaciones,
degüelle, saque maneas,
de su cuero las correas
han de salir algún día.
Ya ve que la gauchería
del viejo Frutos Rivera
le viene haciendo manguera.

Ande vivo, le aconsejo,
que ya para zonzo es viejo.

Mire si está la estribera
sigura, porque pudiera
que se le corte un estribo,
y yo no he de andar esquivo
si lo pillo medio a pie,
pues la refalosa...

ZAMORA: ¡Che!
Esa será la infinita
que le toquemos... ¡Ah, hijita!
En fin, vamos a ensillar,
que ya empiezan a tocar
los clarines.

JUAN DE DIOS: ¡Ah, rosines!
Siquiera fuese a la carga;
porque esa ha de ser amarga
y prontito... ¿No se le hace?

ZAMORA: Amigo, quizás no pase
de quince días lo más.
Ya lo ve, como Aguarás
anda don Frutos vichando.
Mírelo; ahí viene bajando
por la cuchilla...

VICENTE: ¡Qué pingo!
¡Como de día domingo!

JUAN DE DIOS: Amigo, así están toditos
delgados... y parejitos,
como para una pregunta
y agachársele en la punta,

Librodot

mañana si Dios quisiera,
gritando, ¡viva Rivera
y el Gobierno Nacional!

ZAMORA: ¡Viva!, ¡y nuestro general
Aguiar, y viva Medina,
que es amargo como quina!

VICENTE: Y ¡vivan los coroneles
siempre patriotas y fieles,
Silva, Blanco y Estivao;
Viñas, Flores, y el mentao
Luna, y Báez, Cuadra, Camacho,
y Olavarría!...

JUAN DE DIOS: ¡Qué cacho
es, amigo, ese oficial!,
es buen mozo y ternejal
de lo lindo lo mejor.
¡Que viva el Rubio-valor!,
así lo hemos de llamar.

VICENTE: ¿Y a PAZ?

JUAN DE DIOS: El manco de amar
de todos los orientales;
y a Pacheco, el Rubio..., males
de Rosas y los Ciriacos,
porque a todos los trai flacos.

VICENTE: Y ¿a ese coronel mentao
del sombrero arremangao
que le llaman GARIBALDE?

JUAN DE DIOS: Ese, amigo, ni de balde
se puede chanciar con él.
Es más bravo que un infiel,
y patriota el italiano:
ahí le tengo un rabicano
para dárselo cuando entre,
donde quiera que lo encuentre.

Librodot

VICENTE: Pues yo, amigo, al comodoro
inglés le guardo mi moro,
que es lo más que puedo hacer,
porque como a mi mujer
lo apreceo, esto es verdá,
pero es de mi voluntá
que él lo muente, si le agrada.
Siendo así... no he dicho nada.

JUAN DE DIOS: Con que, será hasta la vista,
que ya me voy a la lista.

Esto dijo Juan de Dios
del modo más agradable;
y luego se prendió el sable
montó a caballo y trotó.
Martín también se largó
para su escuadrón lueguito,
y Vicente al galopito
campo ajuera enderezó.

El gaucho Jacinto Cielo

Con este título apareció un periódico en Montevideo, y en su primer número publicado el 14 de julio de 1843 les dirigió las salutaciones siguientes al público y a todos los periódicos que en aquellos días se publicaban en la plaza sitiada

AL PÚBLICO

Pueblo de todo mi afeto,
allá va Jacinto Cielo
echándose por el suelo
en prueba de su respeto:
que aunque rudo y gaucho neto,
venera a la sociedá;
de suerte y conformidá,
que si comete un error
al largarse de escritor,
no será de voluntá.

AL NACIONAL

Un gaucho sin más caudal
que las bolas y el apero,
hoy sale de gacetero
paisano del Nacional:
como a viejo ternejal

y amigo de los paisanos,
le besa el gaucho las manos,
y le promete ayudar
a escrebir y proclamar
la ley contra los tiranos.

AL CUSTITUCIONAL

Amigazo y compañero,
si me permite llamarlo:
dispense que al saludarlo
lo haiga dejao el tercero.
Un cariño verdadero
lo ofrezco con amistá,
pues me gusta su lealtá,
y respeto su saber
para hablar y defender
la Patria y la Libertá.

AL PATRIOTA FRANCÉS

Aunque usté no es oriental,
señor patriota francés,
los gauchos sabemos que es
un patriota liberal,
y como es acidental
ser francés o americano,
lo estimo como a paisano,
porque dice quien lo entiende,
que usté muy lindo defiende
la causa contra el Tirano.

AL BRITANIA

Señor Britania: un tesoro
es su modo de escrebir,
pues lo he oído trasducir,
y me ha parecido de oro
su pico; así es que lo adoro
por ser el primer inglés
que, clarito y sin doblez,
le ha dicho a don Mendevil
que fieramente servil
se ha mostrado de esta vez.

A principios de julio de 1843 se hallaba el ejército sitiador de Montevideo tan hostilizado a retaguardia por las fuerzas orientales del GENERAL RIVERA, que el titulado Presidente

Librodot

Legal don Manuel Oribe tuvo que despachar con una fuerte división de caballería al general Núñez, encargándole muy especialmente, que del Departamento de la Colonia le remitiera tropas de ganado para abastecer al ejército, y también algunas yeguadas y potros para amansar, pero como el general Núñez anduvo muy lerdo para tales remesas, en un día apuradísimo, el Presidente legal le escribió la súplica siguiente, a la cual Núñez contestó con el parte de su derrota, que va a continuación.

Al señor general don Ángel Núñez

Cerrito de la Victoria a 16 de julio de 1843.

Núñez: ¡por Dios, Angelito!
¡Mandame ganao!, ¡ganao!,
porque estoy esperanzao
tan sólo en vos, hermanito.
Mandá ganao, te repito:
toros, novillos o vacas;
aunque se caigan de flacas
lo que yo quiero es ganao;
pues sino, desesperao,
me comeré las petacas.

MANUEL ORIBE.

Lastimosísimo parte oficial, que desde la Colonia del Sacramento, le dirige el traidor general Núñez a su Presidente legal don Manuel Oribe, dándole cuenta de haber sido derrotado por el valiente coronel oriental don Venancio Flores en la Horqueta del Rosario el 18 de julio de 1843, día del aniversario de la Constitución de aquella República

Al excelentísimo señor Presidente legal de la República oriental del Uruguay, Brigadier General don Manuel Oribe y «Alderete».

¡Viva la Federación!
¡Muera el salvaje unitario
manco Paz!, ¡y el incendario
anarquista Pardejón!

En la Horqueta del Rosario;
día del Universario
de nuestra Costitución,
¡nos han tocado el violón!

Mi estimado Presidente;
participo a Vuecelencia,
que el día de nuestra ausiencia
se me acabó el aguardiente,
pues se largó mi asistente

aonde se hallaba Estibao
y lo impuso de contao
de toda mi expedición,
resultando en conclusión
que el diablo se la ha llevao.

Yo empecé a juntar potrada,
y toros, y algunas yeguas,
pero no me daban treguas
para remitirle nada;
pues toda la Salvajada
se alborotó a mi salida,
y me han tenido en seguida
tan sumamente apretao,
que nunca, nunca he pasao
susto más grande en la vida.

Hasta que hoy de trasnochada
FLORES se me apareció,
y a Estibao se reunió
para darme una sabliada.
Yo aguardé la atropellada;
pero como no soy ñato,
en cuanto tomé el olfato
a pura gente resuelta,
ahí no más me les di güelta
haciendo ¡fus! como el gato.

Crea, señor, que disparo
no por cobarde, sino
porque claramente yo
veo los bueyes con que aro:
pues entre su gente es raro
el hombre que medio aguante;
así fue que en el istante
que los salvajes cargaron,
mis rosines me llevaron
como a bagual por delante.

Después de eso, disparamos
todos tan en confusión,
que soltamos el montón
de hacienda que rejuntamos;
pero por fin escapamos
yo y cuatro hombres, a lo sumo,
los demás se hicieron humo,
y me queda el sentimiento
que han ido a llevar el cuento...
¡a los infiernos!, presumo.

Librodot

Con que ansí, tenga paciencia,
mi querido general,
y si me he portado mal
dispénseme Vuecelencia.
Siento no hacer diligencia
ahora mesmo por ganao,
pero allá con bacalao
medio se puede aguantar,
porque yo de disparar
me siento muy escaldao.

ÁNGEL NÚÑEZ el guasquiao.

¡No se rían! Atención y ensebarse que hoy es el último plazo

Trincheras, a 25 de agosto de 1843.

Sabrán, paisanos, al fin,
que hoy veinticinco sin falta,
Alderete nos asalta,
y nos mete el espadín.
Ahí vendrá Maza violín,
y esto no queda en amago,
¡luego verán el estrago
que nos hace don Ciriaco!
¡Ah, general currutaco!,
no lo pean, que es del pago.

Ésta es la última amenaza,
hoy mesmo se colarán.
cola alzada, los verán
sin mosquiar hasta la plaza.
Todos vienen de coraza,
y don Turpín con serrucho:
¡cuidao!, que ese barbarucho
es militar muy foguiao;
¡ya verán mozo alentao!
No lo pean, que es matucho .

Por supuesto, en el Cerrito
hoy naides come porotos,
para evitar alborotos
y hasta el más leve ruidito.
Ansí ordenó don Panchito,
y ese es como la Isidora
de bravo, y si se acalora,

Librodot

¡el diablo que le resuelle!,
siendo ansí lo que atropelle...
no lo pean, que es manflora.

Luego, desde la Estanzuela,
mandará veinte escuadrones
a enlazarnos los cañones
el general don Pajuela,
que no hay duda, se nos cuela
sin falta, esta tardecita:
¿o piensan que es mariquita?,
ya lo verán, si atropella
lo mesmo que una centella.
No lo pean a Vidita.

Falta lo más peliagudo
y lastimoso del lance,
que se ha de ver cuando avance
¡don Violón el corajudo!
A ese lo espero, y no dudo
que sin falta, a la oración,
nos pega el atropellón.
con más gente que langosta:
ya verán si es poca bosta...
no lo pean a Violón.

JACINTO CIELO.

La Refalosa
Amenaza de un mashorquero y degollador de los sitiadores de Montevideo dirigida al gaucho JACINTO CIELO, gacetero y soldao de la Legión argentina, defensora de aquella plaza

Mirá, gaucho salvajón,
que no pierdo la esperanza,
y no es chanza,
de hacerte probar qué cosa
es Tin tin y Refalosa.
Ahora te diré cómo es:
escuchá y no te asustés;
que para ustedes es canto
más triste que un Viernes Santo.

Unitario que agarramos
lo estiramos;
o paradito no más,
por atrás,
lo amarran los compañeros

por supuesto, mashorqueros,
y ligao
con un maniador doblao,
ya queda codo con codo
y desnudito ante todo.
¡Salvajón!
Aquí empieza su aflición.

Luego después, a los pieses
un sobeo en tres dobleces
se le atraca,
y queda como una estaca
lindamente asigurao,
y parao
lo tenemos clamoriando;
y como medio chanciando
lo pinchamos,
y lo que grita, cantamos
la refalosa y tin tin,
sin violín.

Pero seguimos el son
en la vaina del latón,
que asentamos.
el cuchillo, y le tantiamos
con las uñas el cogote.
¡Brinca el salvaje vilote
que da risa!
Cuando algunos en camisa
se empiezan a revolcar,
y a llorar,
que es lo que más nos divierte;
de igual suerte
que al Presidente le agrada,
y larga la carcajada
de alegría,
al oír la musiquería
y la broma que le damos
al salvaje que amarramos.

Finalmente,
cuando creemos conveniente,
después que nos divertimos
grandemente, decidimos
que al salvaje
el resuello se le ataje;
y a derechas
lo agarra uno de las mechas,
mientras otro

Librodot

lo sujeta como a potro
de las patas,
que si se mueve es a gatas.

Entre tanto,
nos clama por cuanto santo
tiene el cielo;
pero hay no más por consuelo
a su queja:
abajito de la oreja,
con un puñal bien templao
y afilao,
que se llama el quita penas,
le atravesamos las venas
del pescuezo.
¿Y qué se le hace con eso?,
larga sangre que es un gusto,
y del susto
entra a revolver los ojos.

¡Ah, hombres flojos!,
hemos visto algunos de estos
que se muerden y hacen gestos,
y visajes
que se pelan los salvajes,
largando tamaña lengua;
y entre nosotros no es mengua
el besarlo,
para medio contentarlo.

¡Qué jarana!,
nos reímos de buena gana
y muy mucho,
de ver que hasta les da chucho;
y entonces lo desatamos
y soltamos;
¡y lo sabemos parar
para verlo REFALAR
en la sangre!,
hasta que le da un calambre
y se cai a patalear,
y a temblar
muy fiero, hasta que se estira
el salvaje: y, lo que espira,
le sacamos
una lonja que apreciamos
el sobarla,
y de manea gastarla.

Librodot

De ahí se le cortan orejas,
barba, patilla y cejas;
y pelao
lo dejamos arrumbao,
para que engorde algún chancho,
O carancho.

Con que ya ves, Salvajón;
nadita te ha de pasar
después de hacerte gritar:
¡Viva la Federación!

ADVERTENCIA

La composición siguiente me fue exigida en Montevideo por mi respetable amigo el doctor don Florencio Varela, quien a su costa la mandó imprimir con profusión para mandarla como un obsequio al Ejército argentino libertador que en esos días invadió al Entre Ríos a las órdenes del valeroso general Juan Lavalle.

También con esta composición celebré la espléndida victoria obtenida por las tropas orientales al mando del señor general don Fructuoso Rivera, sobre el ejército de don Juan Manuel Rosas, que invadió a la República oriental a las órdenes del general don Pascual Echagüe, el cual fue completamente vencido en la batalla de Cagancha el 29 de diciembre de 1839.

Media Caña del campo para los libres

Al potro que en diez años
naides lo ensilló,
don Frutos en Cagancha
se le acomodó,
y en el repaso
le ha pegado un rigor
superiorazo.
Querelos mi vida -a los orientales,
que son domadores -sin dificultades.
¡Que viva Rivera!, ¡que viva Lavalle!
Tenemeló a Rosas... que no se desmaye.
Media caña,
a campaña.
Caña entera,
como quiera.
Vamos a Entre Ríos, que allá está Badana,
a ver si bailamos esta Media Caña:
que allá está Lavalle tocando el violín,
y don Frutos quiere seguirla hasta el fin.

Los de Cagancha
se le afirman al diablo
en cualquier cancha.

A ese Rosas mentao
tenemos gana
de ver si lo sobamos
como a Badana;
porque es la gala
de un oriental tirarse
con gente mala.
Desde el Entre Ríos vamos a toriarlo;
pues Lavalle sólo quiere basuriarlo.
Dejénselo al Rubio, que es de su ensillar,
y aunque muerda el freno, lo ha de sujetar.
Caña entera,
no lo espera
media caña,
es su maña.
Y ahora que a Macana, que fue haciendo bulla,
la jaca lancera le metió la pulla,
y ahora que a Badana y al morao Urquiza
la Correntinada les saca la frisa...
¡que viva Ferré,
que ha jurao a la Patria
morir o vencer!

Frente de la Bajada
está Lavalle,
con toda la mozada
de Güenos Aires.
Y Mascarilla,
dicen que está muy flaco
para morcilla.
Ea, mascarita, veremos a ver
si sos cualquier cosa, o has de endurecer:
allá va Badana, juntate con él,
que es de los más crudos de don Juan Manuel.
Caña aguada,
¡qué mamada!
Caña pura,
es más dura.
Dale china, dale al Restaurador,
que chupe y se ponga de más buen humor.
Mirá que ya el hombre entra a desconfiar,
que los propios suyos lo han de traginar.
Vuelta redonda...
Allá van con Lavalle
los de Coronda.

Librodot

Dejen no más que griten
los mashorqueros;
que quizás faciliten
de los primeros.
No los apuren;
que puede que al ilustre,
me lo asiguren.
Esa es buena gente -para una voltiada,
y en habiendo mosca -no se para en nada.
Vaya pues, ingratos -no anden reculando,
al Restaurador -váyanlo amarrando.
Media caña,
¡qué lagaña!
Como gusten,
no se asusten.
Aten a ese gaucho -los convidaremos;
que por lo demás -nos arreglaremos.
Ya ven que la cosa -está muy ñublada,
ya ven que Lavalle -se va a la charquiada;
y de esta suerte
les haremos sin duda
pitar del juerte.

Tucumán y la Rioja
y Catamarca,
se han puesto la divisa
celeste y blanca.

Miren qué dolor,
que La-Madrid ha voliao
al Restaurador.
¡Ay, Felipe, Felipe Batata!
Mirá que la cosa se pone muy ñata:
subite a la torre, mirá al horizonte,
verás que se arriman los de guardamonte.
Caña larga,
que descarga.
Caña corta,
qué te importa.
Tocá tu cencerro y a los tucumanos,
llamales devotos, deciles hermanos;
hermanos, vení, vení con piedá,
que yo soy batata de vuestra hermandá.
También los bravos
salteños ya no quieren
ser más esclavos.

Las muchachas porteñas
en la Campaña,

Librodot

bailarán este invierno
la media caña...
con la mozada
que les lleva Lavalle
de la Bajada.
Que vengan, que vengan los de barba larga,
los que a los esclavos se van a la carga;
dicen las porteñas hasta en la ciudad:
«¡Qué lindo es un gaucho de la libertá!».

No se tarden,
vida mía,
¡qué contento,
qué alegría!
¡Que viva Lavalle y los correntinos;
y los orientales y los argentinos!
¡Jesús, cómo tardan!, ¡cuándo los veremos
con esas divisas que tanto queremos!
Vuelta postrera.
¡Viva la libertá!
¡Rosas... que muera!

Carta del sargento Miranda al gaucho Jacinto Cielo, que le contestó con las décimas que se leerán después de éstas

Acampamento en el medio de la Línea, a 3 de agosto.

SEÑOR DIRETOR DEL GAUCHO

I
Amigo Jacinto Cielo,
empriésteme su gaceta,
que yo también soy pueta
y en coplear tengo consuelo;
soy su amigazo Marcelo,
Miranda por apellido,
en San Salvador nacido,
domador de profesión,
y patriota de opinión
todita la vida he sido.

II
Cuando vide su papel,
me alegré como era justo,
¡y si viera con qué gusto
lo lemos en el cuartel!
Basta que platique en él

Librodot

de nuestra guerra presente
y en nuestra lengua, que hay gente
que ya no nos tiene en menos,
porque ve que semos güenos
pa escrebir tan lindamente.

III
De esos otros gacetones
que salen tuitos los días,
hablando de extranjerías,
no entendemos dos renglones:
los hacen los señorones
tan sólo pa la ciudá,
y nadita se les da
que nosotros no sepamos
por qué a veces nos matamos,
que es una barbaridá.

IV
Ansina es, amigo Cielo,
que el gauchage se ha alegrao,
porque ve que le han hablao
clarito, que es un consuelo:
todo vicho en este suelo
entiende lo que usté dice,
pues es claro que maldice
a Juan Manuel el tirano,
y usté puede estar ufano
que el gauchage lo bendice.

V
Platique, amigo, clarito,
del modo que va diciendo:
yo también voy escrebiendo
un trabacuí y un cielito,
para que lo entienda al grito
la gente de chiripá
y calzonzillos, que está
contenta con sus gacetas,
y Alderetes y Alderetas
rabean en la ciudá.

VI
Con que, si me da licencia,
en un lao de su papel,
echaré coplas en él,
y excuse la impertinencia;
usté es mozo de experencia,
y sabe que hacer favor

Librodot

nunca ha sido deshonor;
y ya que aparceros semos
si está de humor, payaremos
sobre guerra o sobre amor.

[Fin de la Carta del sargento Miranda Jacinto Cielo]

EL SARGENTO MARCELO MIRANDA.

Contestación del gaucho a su amigazo y compañero el sargento Marcelo Miranda, ternejal y payador del pago de San Salvador

[Contestación del gaucho Jacinto a Miranda]

I
Recebí, amigo Marcelo,
su carta tan apreciada,
que empieza con la versada:
«Amigo Jacinto Cielo».
Al fin no es chico consuelo
que usté me haya saludao,
como el que yo haiga prendao
a un patriota y payador,
gaucho de San Salvador
dejuramente alentao.

II
Me dice más atrasito
de que han leído mi papel
muy a gusto en el cuartel,
porque se explica clarito:
¡Qué quiere, compañerito,
si ansí se usa entre el gauchage!,
deje que allá el dotorage
se pronuncie en lo profundo,
que los gauchos en el mundo
tenemos nuestro lenguaje.

III
Mesmamente en la ciudá,
esas gacetas a macho
largan cada terminacho,
que ya es con temeridá;
pero, aplíquese y verá,
si no las lé de tropel,
que tiran por nuestro aquel
siempre con güenas razones;

Librodot

y le hablan en ocasiones
muy al alma a Juan Manuel.

IV
Yo siempre soy muy clarito:
y ¿a qué he de andar con rodeo
para esplicar mi deseo?
¿No es ansí, compañerito?
Mi papel es peticito,
pero es gaucho, y han de ver
que al Diablo le ha de correr
en cuanto a decir verdades;
porque no hay dificultades
que me puedan encoger.

V
Siendo ansí, yo he de rumbiar
por la senda que empecé,
sin ladiarme, pues ya sé
aonde debo enderezar.
Si llego a desagradar
no ha de ser a la gauchada,
por lo demás ¡no sé nada!,
deje que rabien no más,
que redepente de atrás
les arrimo una guasquiada.

VI
Ahí tiene, pues, mi papel
disponga, compañerazo,
porque me dará un gustazo
al soltar coplas en él.
Allá iré por su cuartel
un día y platicaremos,
y entonces lamentaremos
las desdichas de esta tierra,
y bien de amor o de guerra...
como guste, payaremos.

Su amigo, JACINTO CIELO.

Carta clamorosa del mashorquero Salomón, a su aparcero Mariano Maza; la cual me la ha mandado su asistente a Montevideo por dos yuntas de chorizos. ¡Qué hambre!

Buenos Aires. Agosto 8 de 1846.

Querido Maza Violón:

Extrañando tu silencio,
te escribo con Juan Asensio,
y es la tercera ocasión.
Sabrás que está como león
don Juan Manuel de enojao,
pues ya se ha desengañao
de que tu amigo Alderete,
ni sale del Miguelete,
ni vuelve más a este lao.

¡Qué diablos hacen, por Cristo!
¿Oliendo a Montevideo,
y del Cerrito al Buseo,
y del Buseo al Cerrito?,
¡pues, sabés que está bonito,
que en lugar de atropellar,
se alisten para emplumar,
los ternes, los valaqueros,
y esos bravos mashorqueros
que se han metido a cuerear!

Mirá que el Restaurador
está de una vez cortao,
porque ya no le ha quedao
ni carne en el asador:
pues la parada mejor
que ha jugao en esta vida,
la considera perdida
allá por el Miguelete,
aonde dejará Alderete
a la Mashorca fundida.

Sobre todo, a Mistre Yon
lo vemos muy agachao;
no sé si tiene entripao,
o porque anda tan tristón;
pero él muestra su jabón,
pues con el Restaurador
se ponen de mal humor,
porque han sabido que el cojo
ya le anda clavando el ojo
don PURVIS el Comodor.

Ansí es que la mashorcada
medio-medio malicea;
y por supuesto, orejea,
y anda medio atribulada.
En ancas, la salvajada
se ha alborotao en la Rioja;

Librodot

tan luego ahora se le antoja
alzar el poncho al gauchaje:
¡ah, gente es esta salvaje,
ni por los diablos afloja!

Ya de Núñez ¡volavero!,
otra vez lo han trajinao,
y solito se ha escapao
lo mismo que terutero.
Urquiza, aunque es tan matrero,
también se encuentra apurao,
pues suena que lo ha apretao
Rivera en una voltiada,
de suerte que en la jugada
queda Alderete pelao

Últimamente, Mariano,
¡cuidao que algún oriental,
no te eche MEDIO BOZAL
y que te asiente la mano!,
porque siendo lomo sano
muchos te han de cudicear;
y por sacarte el hijar,
o bien por redomonearte,
se han de empeñar en voliarte;
¡no te vas a descuidar!

Recebirás expresiones
de tu compadre Juan Bolas,
que ahí te manda esas pistolas,
cada una de ocho cañones.
Dice, «que a los salvajones
no les reculés cañita»,
lo mesmo que Manuelita
dice, que no la olvidés,
mandándole de un francés
una lonja sobadita.
Tu aparcero, SALOMÓN.

Publicación alegrona hecha en el sitio grande de Montevideo por el gaucho Jacinto, el 24 de agosto de 1843, víspera del día para el cual Oribe anunció desde el Cerrito que asaltaría a la ciudad indispensablemente; amenazando a los sitiados con ofrecerles, que para el día del ataque desplegaría al frente de las trincheras de la plaza ¡diez y ocho mil soldados y cuarenta piezas de artillería!

Con tan terrible amenaza se asustaron todos los sitiados; y el gaucho más asustado que ninguno, apenas atinó a cantar los versos siguientes que le dedicó al presidente legal, antes del ataque. ¡Y qué atacaba!

Cuatro coplas a la salú del generalazo don Manuel Ciriaco Oribe y Alderete el proclamador, amenazador y atacador. Sí, señor

Línea de Montevideo a 24 de agosto de 1843.

AL MESMÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE ROSÍN

Pero, amigo don Ciriaco,
usté solo se ha guasquiao,
pues naides le ha preguntao
si está en carnes o está flaco.
Con diez y ocho mil y el naco
de los cuarenta cañones
nos sacan a pescozones:
¡qué diablos se anda empacando!,
¿o sigue siempre esperando
el verano y los melones?

Con seis mil de gente infante,
toda tropa violinista ,
¡el demonio que resista,
y la burra que lo aguante!
Atropelle y al istante
verá aónde vamos a dar:
¿a qué nos quiere asustar?,
¿no es mejor de que mansitos,
nos agarre a todititos,
y nos mande aserruchar?

Luego, doce mil caballos
sin contar la bagualada;
¡no fue tan grande la Armada
del tiempo de don Ceballos!
Cuentelos como zapallos,
no se vaya a equivocar,
porque ha de necesitar,
aunque acá somos poquitos,
largarnos medio muchitos
si nos piensa traginar.

Aunque, usté, amigo Alderete,
siempre juega a punto errao;
y siendo ansí, es excusao
que nos cante treinta y siete.
No nos venga con falsete,

Librodot

queriéndonos retrucar,
si al fin ha de recular
al grito de ¡CUATRO VALE!
O veremos cómo sale,
si piensa medio aguantar.

Cielito del Curandero

A la salú del señor comodoro Purvis.

Voy a cantar un Cielito
a salú del COMODOR,
que tiene noticias lindas
y está de muy güen humor.

Cielito, porque ya ve,
que no sube a la cucaña
el ministro Mandevil
que engañó a la Gran Bretaña.

Al fin el Gobierno inglés
ha descubierto la embrolla;
y a Rosas, y al Pastelero,
les manda sumir la boya.

Cielito, cielo, mi cielo,
cielito en el Miguelete,
¿qué dirá de estas noticias
nuestro paisano Alderete?

Ahora que el tal Mandevil
le dice por fuerza a Brun ,
que se largue y desensille,
porque ya suena el rum-rum...

Cielito, que don Purvis
nos regaló su Morcillo;
y que a Rosas por soberbio
piensa atracarle el lomillo.

Pues tiene a un rocín inglés
enfermo de la vejiga,
y piensa ir a Buenos Aires
a pegarle en la barriga.

Digo, cielito, y ansí

lo hará orinar a la fija,
en cuanto le dé un galope
y le golpié la verija.

Yo le aconsejo, señor,
que si lo pilla alunao,
le queme las carretillas
con un fierro bien caldiao.

Cielito, cielo, velay,
cómo curan los paisanos
a los rocines con luna,
que lueguito quedan sanos.

Cierto es que de la vejiga,
hay animales muy viles;
pero con cualquier paisano
le hará orinar los cuadriles.

¡Ay, cielo!, y más abajito
mande que le hagan cosquillas,
y que le corten lueguito
el pelo de las ranillas.

Luego que lo cure ansí,
y le haga apretar la cincha,
móntelo, dele un rigor,
lo verá cómo relincha.

Cielito, cielo, y después
puede echarlo a Ingalaterra,
que animales de esa laya
no sirven en nuestra tierra.

Con que, señor comodor,
yo soy suyo, mandemé,
que en servirlo al pensamiento
feliz me contemplaré.

¡Ay, cielo!, y por despedida,
tan sólo le pediré
que a Oribe le arrime bochas,
¡si acaso TIENE CON QUÉ!

Los payadores

Sentados en rueda a la orilla de un fogón y al pie de las trincheras de Montevideo, cantando las trovas siguientes, se lamentaban tres mozos argentinos y payadores, en el mismo día en

que, abandonando las filas del ejército rosín y sitiador a las órdenes del general Oribe (alias Alderete), se pasaron a las de los Defensores de la Plaza

ENTRERRIANO: ¡Ay!, ¡en el nombre del Señor!...
a cantar va un entrerriano,
ea, lengua no te turbes,
en lance tan soberano-
-en lance tan soberano;
al tirano abandoné,
ya estoy con los orientales,
ya gaucho libre seré.

PORTEÑO: ¡Virgen mía de Luján!...,
ayudá mi entendimiento
y que el corazón se explique
en este puro momento-
-en este puro momento,
y en esta conformidá
ya vuelve un gaucho porteño
a gozar la libertá-

CORRENTINO: A gozar la libertá...
también vuelve un correntino.
Atención pido, señores,
al relatar mi destino-
-al relatar mi destino
en la Provincia oriental
se acabaron mis desdichas,
volvió mi felicidá.

ENTRERRIANO: ¡Ay!, con el general Rivera...
nos vemos en la ocasión
libres de la tiranía;
y de la infausta opresión
-y de la infausta opresión
nuestra patria libraremos,
y hasta acabar los tiranos
no lo desampararemos-

PORTEÑO: No lo desampararemos:
me cautiva la afición,
y al compás de un instrumento
se lo digo en la ocasión-
-se lo digo en la ocasión,

Librodot

soy gaucho fiel y porteño,
y hasta ver la patria libre
no he de salir del empeño-

CORRENTINO: No he de salir del empeño...
hasta que no llegue el día
de vengar mis padeceres;
si Dios me presta la vida-
-si Dios me presta la vida,
y el arcángel San Miguel,
voy a buscar a Lavalle
para juntarme con él-

ENTRERRIANO: Ay!, para juntarme con él...
Me aprisionó don Pascual
trayéndome riguroso
para esta Banda oriental-
para esta Banda oriental
nos ha traído ese mandón,
de la suerte en que nos vemos
en la presente ocasión-

PORTEÑO: ¡Ay!, en la presente ocasión...
suelto al viento mis pesares,
yo también vengo infeliz
dende allá de Güenos Aires-
-dende allá de Güenos Aires;
yo era mozo acomodao,
pero ahora por el tirano
me miro tan desgraciao-

ENTRERRIANO: ¡Ay!, me miro tan desgraciao...
Canta un triste correntino
arrastrado de su tierra
para seguir un destino-
-para seguir un destino
en contra de la opinión,
para ponernos al fin
en la triste situación-

ENTRERRIANO: ¡Ay!, en la triste situación...
Entrando a considerar
las desdichas de mi tierra,
no me quisiera acordar-

Librodot

-no me quisiera acordar,
pero es una sinrazón
porque ya mi patria es libre
y feliz en la ocasión-

PORTEÑO: Y feliz en la ocasión...
La libertá de Corrientes
muy clara se deja ver
y lo publican las gentes-
-y lo publican las gentes.
¡Ea, lengua, no desmayes!,
para cantar las vitorias
del libertador LAVALLE-

CORRENTINO: ¡Ay!, del libertador LAVALLE
suena el clarín de su fama;
ansí al pronunciar su nombre
el pecho se me hace llama-
-el pecho se me hace llama;
perdón pido al auditorio
soy súdito de Lavalle,
soy argentino notorio-

ENTRERRIANO: ¡Ay!, soy argentino notorio...
Aquí entran los gustos míos;
yo soy José Santos Vera,
payador del Entre Ríos-
-payador del Entre Ríos,
que presumo en la ocasión
presentármele a Lavalle
general de la nación-

PORTEÑO: General de la nación...
¡Viva don Frutos Rivera!,
muera Rosas el tirano,
Echagüe y Urquiza mueran-
-Echagüe y Urquiza mueran,
lo dice Pancho Morales
porteño de los pasaos;
y en las filas orientales-

CORRENTINO: Y en las filas orientales,
¡vivan todos los franceses!,
compañeros en la causa,

Librodot

liberales sin dobleces-
-liberales sin dobleces,
y sin más aspiración
que hacer sucumbir a Rosas
tirano, injusto y ladrón.

Carta gauchi-refalosa escribida a ¡las últimas! por el mashorquero invernao, a su compadre y paisano el coronel mordedor Mariano Maza Violón

¡Viva la Federación!
¡Mueran los salvajes
gringos!
Buenos Aires, julio a
20,
del año cuarenta y
cinco.

Al coronel mordedor Mariano Maza Violón.

Querido compadre amao;
me alegraré que al recibo
de la presente, ande vivo
y no lo pillen turbao;
yo no ando muy alentao,
ni su comadre tampoco;
y así mesmo entro de poco
tendremos que rebenquiar,
y al quinto infierno iré a dar
si acaso no me equivoco.

Digo al quinto, la verdá,
porque los cuatro anteriores,
que son sin duda los piores,
están en esta ciudá:
¡ni qué otro infierno tendrá
más diablos que los que aquí
tenemos con DOFODÍ,
ULEY y un tal BORBOLÓN,
y en ancas la INTERVICIÓN!
¡Vea, pues, qué camuatí!

¡Ay, compadre!, ¡en qué pantano
han caído hasta la encimera
la Mashorca, la LEONERA,
y el Sistema Americano!
Ya pataliamos en vano:
por un palo enjabonao

se viene despatarrao,
contra el suelo, Juan Manuel,
como ha de caer atrás de él
la mashorca, de contao.

¡Ya sabrá de la morcilla
tan tremenda y horrorosa
de violín y refalosa
que nos ha hecho Mascarilla!,
y cuasi, cuasi lo pilla
en ella al pobre BADANA:
por fortuna en la jarana
diz que Pascual se asustó,
y al Paraná se azotó
de un salto como una rana.

Allá en Entre Ríos, Paz,
diz que lo topó a Garzón,
y al primer arrempujón
que lo redotó ahí no más:
a Lagos también de atrás
le salió la salvajada,
y le han hecho una voltiada
tan sumamente completa
que allí ha estirado la geta
todita la rosinada.

Todo es porque Juan Manuel,
ser la América ha querido
él solo, y se ha presumido
que no hay más patriota que él.
Veremos quién es aquel
que al ilustre defensor
lo cuartea por favor:
o si al Gran Americano
le pasa el manco la mano,
y le atraca... ¡de mi flor!

Justamente el CORDOVÉS
diz que anda bravo y alzao,
y que a rebenque doblao
se nos viene de esta vez:
y ¿sabe, amigo, quién es
quien va a toparlo?... Mansilla.
Adónde irá esa polilla,
y hágase cargo ¿qué hará?,
¡cuando día y noche va
con el ojo a la tropilla!

Librodot

Mientras que la montonera
de Santa Fe y de Corrientes
viene crujiendo los dientes
por tirarse a la LEONERA,
vea si se ha puesto fiera
la custión en la presente:
quiera Dios que no reviente
con este tirón el lazo,
y le hagan dar un culazo
al héroe del Continente.

Pues si la carcamanada
no afloja en la Intervición,
y le dan un manotón
al cojo viejo y su armada,
o si la correntinada
no se ahuga en el Paraná,
y si ustedes los de allá
no entran en Montevideo,
Juan Manuel rueda, y no creo
que lo alce la Caridá.

¿No ve a los cipotenciaros
de Francia y de Ingalaterra,
echándola en esta tierra
de salvajes unitarios?
Vea no más lo contrarios
que nos son los UROPEOS,
y al fin con sus lengüeteos
como nos han traginao,
por no haberlos desangrao
asigún nuestros deseos...

Velay el inglés ULEY
si es lerdo; y cuando se apió
a muchos les pareció
que era lo mesmo que güey:
y ¿qué dice de la ley
del francés MUSIOFODÍ?
¡Ahijuna!, si es como ají,
y tocante a Juan Manuel
y a sungarlo en un cordel...
a todo responde: güí.

Anda el infeliz Batatas
atrás de esos ministriles,
que se le caen los cuadriles
y se le dueblan las patas:
ansí mesmo, él sigue a gatas,

Librodot

pero es afanarse al ñudo,
porque, amigo, ni el PELUDO
tiene más concha y dureza
que mala sangre y firmeza
MUSIOFODÍ: ¡ah, hombre crudo!

Y en ancas musió LANÉS
dende allá lo picanea,
¡ah, diablo!... Maldito sea,
ese salvaje francés:
y ese otro almirante inglés
que se llama don Inglifés.
¡Ah, Cristo!... ¡qué par de chifles
de dos cabezas hiciera,
si entre mis uñas cogiera
las dos de esos ALARIFES!

¡Oh!, quién pudiera enlazarlos
siquiera por el cogote,
y por un barrial al trote
a la cincha revolcarlos,
desnudos, y al aujerearlos,
pisarles el costillar,
y hacerles relampaguiar
los ojos, como un novillo,
cuando le atracan cuchillo
que comienza a tiritar.

¿Y esa Legión italiana?
¡Ah, hijos de una gran!... Amigo,
créame que los maldigo
de la noche a la mañana;
daría de buena gana
todo cuanto he manotiao
por pillarlos de este lao,
y a uno por uno lonjiarlos
vivos, y después echarlos
de cabeza en el Salao.

¿Y a esos gauchos orientales
y toda esa morenada?,
¡quién la viese degollada
como quien mira costales!
¿Y a esos guardias nacionales?,
¡quién los pudiera atrapar
para hacerlos talariar
en rueda la REFALOSA!,
y luego atrás, ¡qué cosa!,
¡entrarlos a desnucar!

Con los franceses, no sé
lo que haría, mesmamente:
porque, compadre, esa gente
merece, quién sabe qué,
pero, ¡por Dios!, creamé
que un san Luis que había en casa,
lo zampé en la olla de grasa,
lo freí a mi gusto, y luego
lo colgué y le pegué fuego
delante de Nicolasa.

En fin, yo estoy aturdido,
yo no sé lo que he de hacer
desde que hasta mi mujer
asustada ha mal parido.
No hay mashorquero estreñido,
no sé si es por la calor
de Santa Fe y del VAPOR,
porque al mesmo Juan Manuel
los que platican con él
le toman muy fiero olor.

Con que, será hasta otra vez,
si Dios nos saca con vida
de esta fatal embestida
de LÓPEZ y el CORDOVÉS,
a Bruno y a Juan Andrés
y a su aparcero el pelao,
réceles, que han espichao
al rigor de los salvajes,
y ordene en estos parajes
a su cumpa-

EL INVERNAO.

PODATA.
¿Sabe el refrán que anda aquí
traído por la INTERVINCIÓN?,
lo diré, con su perdón:
«¡Vas a morder TONGORÍ!».

Los misterios del Paraná o la descripción del combate de Obligado

Bajada del Paraná. Dicembre 25 de 1545.

Mi querida Estanislada:

he llevao un gran sustazo,
pero, a Dios gracia, buenazo
hoy me encuentro en la Bajada;
aonde veo muy ñublada
la causa de nuestro aquel,
pues ya viene de tropel
toda la correntinada
y atrás la paraguayada
a tragarse a Juan Manuel.

Ya ves, lo van apurando
muy fiero al Restaurador,
y sin duda a lo mejor
lo han de sacar apagando:
ve quien le viene apuntando,
¡PAZ!, que con el Paraguay
ha hecho una vaca, y la trai
tan sumamente preñada,
que a la hora menos pensada
nos largan el vacaray.

¿Quién será ese paraguayo
que la echa de Presidente,
y al héroe del Continente
le ha atravesao el caballo?
¡Ah, hijito!... ¡si será gallo!,
Mesmo, ha de ser algún crudo
que no echa panes al ñudo,
y ha de traer un camuatí
de más gauchos que maní:
por eso es tan corajudo.

En ancas la extranjerada
de estos malditos naciones,
también tiene sus razones
para andar endemoniada:
y al lao de la salvajada
se han recostao, de manera
que nos tienen la tranquera
tapada con barquería,
y hasta Rosas desconfía
de caer en la tapadera.
¡Infeliz!, y nos decía:
«si dentran al Paraná
»van a morder: ¡Ja, ja, ja!,
¡tramojos de batería!».
¡Ah, gaucho!, ¡qué fantasía!,
y tan morao, que de flojo
no ha ido a ver, ni por antojo,

sus castillos de Obligao,
que los barcos le han dejao
polviando como rastrojo.

El día que aparecieron,
en cuanto los descubrimos
de balde les sacudimos,
mansitos se nos vinieron:
y aguas arriba embistieron
con la velería inflada,
ocultando la güevada,
redepente... ¡Virgen mía!,
abrieron la aujurería
y mostraron la nidada.

Traen en cada costillar,
del pecho al cuarto trasero,
de trecho en trecho un ahujero
que parece palomar:
¿Quién diablos iba a pensar
que allí traiban los cañones?,
y ahí mesmito en dos tirones
los cargan y ¡bra... ca... tán!,
¡Virgen mía de Luján!
¡Que aguanten los cimarrones!

¡Ah, día amargo y fatal
tuvimos en Obligao!
Los gauchos, por de contao,
peleamos a lo animal;
y al fin hasta al general
Mansilla lo machucaron,
porque hasta nos atracaron
con metralla embotijada;
ansí de la paisanada
la mitá nos dijuntiaron.

¡Ahijuna, gringos de ley,
y diestros en los cañones,
para largar botijones
como cabezas de güey!,
al primer bulto yo creí,
¡como hay Dios!, que era un zapallo,
pero bochó en un caballo...
¡la pujanza... y reventó,
y hecho tiras lo aventó
a las pu... ntas de Ramayo!

¡Y qué barcazos! ¡Che! ¡Che!,

Librodot

tan morrudos nunca he visto;
si había algunos, por Cristo,
como de aquí a Santa Fe.
¡Y tan muchos!, ya se ve,
como en Uropa hay manadas,
no andan con habas contadas,
sino en puntas a la guerra
de Francia y de Ingalaterra
los echan como yeguadas.

Tres barcos ñatos venían,
muy cosa extraña su laya,
con ruedas y con hornalla,
¡barajo!... ¡y qué estrago hacían!,
no sé que diablos tenían
arriba del espinazo,
que hasta nos dieron humazo,
y de yapa ¡Cristo mío!,
chapaliando por el río
nos largaban el bochazo.

Hubo hombre tan acosao
de esos brutos, de manera
que ganó una vizcachera
por crerse más resguardao.
¡Pero qué!, si era excusao
andarse haciendo chiquito;
ansí es que ahí mesmo, lueguito,
vino un triunfo y reventó;
y hasta el pelo lo tapó,
después de limpiarle el pito...

Últimamente emplumamos,
porque era cosa insufrible
la desventaja terrible
con que ese día peleamos.
Ni yo sé como aguantamos
que Rosas ansí nos meta,
y al botón se comprometa
a pelear con los naciones,
que de cuatro manotones
lo han de aplastar por trompeta.

Si él hiciera un arrejón
algún día, fuera bueno,
pero siempre al cuero ageno
se atiene ese baladrón,
y ya ves en el montón
de guerras que se ha empeñao,

Librodot

y que al cuhete ha desafiao,
al Brasil, al Uruguay,
a Bolivia, al Paraguay
y a Uropa por decontao.

Presume de ternejal,
y no es más que presumido,
que en siete años no ha podido
ni con la Banda oriental;
y eso, que de Portugal
(dicen), y muy bien pudiera,
que de miedo ¡ah, cosa fiera!,
lo palanquean, y tal...
porque puede cada cual
tener el miedo que quiera.

Y como se ha titulao
el héroe del Continente,
¿quién sabe, allá cierta gente
si de esto no se ha asustao?,
y a la cuenta han opinao
que al continente de allá
la mashorca le entrará,
y ésta al diablo lo acobarda,
aunque ande con espingarda
y con faca. ¿No es verdad?

Con todo eso, Estanislada,
y como te iba diciendo,
la custión se va poniendo
para Rosas muy ñublada.
Y mirá que destapada
acá mesmo me ha hecho el Cura,
que no es lerdo, y me asigura
que antes de entrar el otoño,
si el Ilustre no alza moño
le dan en la matadura...

¡Vieras al cura caliente
rascuñando la sotana,
hablar fiero esa mañana
de Rosas únicamente!
Me dijo a gritos: -«Vicente,
demasiados desengaños
hemos sufrido en quince años
que ese diablo ha gobernao,
y a su antojo ha degollao
los suyos y los extraños.

Librodot

»Ya es preciso abandonar
la causa inicua de Rosas,
y estas guerras desastrosas
con él deben terminar:
¡hasta cuándo hemos de andar
matándonos entre hermanos,
por caprichos inhumanos
de ese tigre carnicero,
que odea a todo extranjero
y extermina a los paisanos!

»Por esto la Intervinción
lo quiere, y lo ha de apretar:
no vos viene a conquistar...
miente ese loco ladrón,
sólo enfrenar su ambición
es la razón que la trai;
viendo que hasta al Paraguay
quiere manotiarlo ya
cerrándole el Paraná
que le han abierto... ¡Velay!

»¿Ni por qué a un barco extranjero,
le han de privar dende allá
que ande por el Paraná?
¿O es el río su potrero?
Se engaña el gaucho muy fiero:
las aguas del Paraná
son también de propiedá
de los pueblos costaneros,
de balde los mashorqueros
niegan esta realidá.

»Y estos pueblos, a la vez,
por más que Rosas se aflija,
se le han de alzar a la fija
colijiendo su interés.
Luego, a estos puertos verés,
que de Uropa en derechura
se vienen con su fatura
las gentes y barquería,
y correrá pesería
como haberá baratura.

»Pues cada ciudá a su duana
sus reglamientos le hará,
y sus derechos pondrá
como le dé gusto y gana:
y si hoy no vendemos lana

Librodot

ni a doce riales quintal,
es cosa muy natural
que habiendo mucho tragín
se venda tanta, que al fin
nos den por la libra un rial.

»De consiguiente vendrán
a levantar poblaciones
gentes de todas naciones,
que sus familias trairán,
y se desparramarán
por los campos y ciudades;
y hasta en las inmensidades
de costas del Paraná
dentro de poco no habrá
desiertos ni soledades.

»¡Verás miles de artesanos,
cuántas fábricas pondrán!,
y en ellas enseñarán
a nuestros hijos o hermanos:
y en lugar de ejercitarnos
en destruirnos cual lo hacemos,
a trabajar nos pondremos
para curar tantas ruinas;
y sables y garabinas,
¡al infierno arrojaremos!

»Y los gauchos en su hogar
vivirán como unos reyes,
al abrigo de otras leyes
que entonces se han de formar:
leyes que han de terminar
la anarquía en que nos vemos,
y a las cuales juraremos
obedecer ciegamente.
Entonces, todos, Vicente,
¡qué felices viviremos!

»Vos mismo, pongo por caso,
topando en algún camino
a un emigrao argentino,
le has de soltar un abrazo,
y has de decirle: ¡amigazo!,
vámonos a divertir;
y a la par han de salir
a las yerras y carreras,
aonde semanas enteras
podrán los gauchos lucir.

Librodot

»Pues los barcos de vapor
y multitú de otras clases,
traerán a estos Paranases
prendas lindas de mi flor,
y lo más fino y mejor
en paño, lienzo y zaraza,
que en cambio por sebo y grasa,
nos darán más que de prisa:
¡y hoy comprar una camisa
mirá cuánto nos atrasa!

»Además, un barco de esos,
para un flete o para un viage,
por lejos que esté el paraje
te lleva por cuatro pesos:
porque no tiene trompiezos
río arriba o río abajo;
y sin tener más trabajo
que echar humo y chapaliar,
empezando a disparar,
¡ni el diablo les pone atajo!».

¡Bien haiga el padre ladino
y profundo en su razón!,
atendé por conclusión
con qué prosa se me vino:
pues ponderando el camino
de esos barcos, y la historia
de la ventaja notoria
que nos trai la intervinción,
me largó esta relación
que conservo en la memoria.

«Estos barcos concluirán
(dijo) la obra de Cornejo
subiendo por el Bermejo
desde el Paraguay a Orán;
de allí a Salta anunciarán
por los ecos del cañón,
que por primera ocasión
saludan a esas riberas
las naves y las banderas
de la... ci... vi... liza... ción!».

¡Voto al diablo!, ¡ahí me enredé
en un terminacho al fin!,
porque tiene un retintín

que me cuesta ¡ya se ve!,
pero te lo explicaré
sigún yo lo he comprendido.
El cura sólo ha querido
decirme en esa expresión
que va a llegar la ocasión
en que no haiga hombre tupido.

De manera, Estanislada,
que como al cura le creo,
hoy mesmito me guasqueo
a campiar la salvajada.
Ya no quiero saber nada
de Rosas ni de esa gente;
pues deseo solamente
vicharle a PAZ una oreja,
verás qué cuento le deja
a Juan Manuel..
.
TU VICENTE.

Cuentecito dirigido al regimiento de tiradores de nueva creación

Mi coronel Gomenzor:
el domingo muy contento
lo vide a su regimiento
que ha salido... ¡de mi flor!
Maniobraron con primor,
y se portó la mozada.
¡Ah, cosa! ¿Y la oficialada?,
esa es como ñandubay,
y ya los verán por ahí
si se ofrece una sabliada.

Con todo, se descuidó
ese día una mitá;
y en cierta dificultá
medio-medio... qué sé yo.
En fin, eso ya pasó:
no hay que trabarse, ¡cuidao!,
ni mirar de medio lao
por reparar a las mozas;
¡miren que por esas cosas
muchos hombres se han turbao!

¿O se hacen en la ocasión

Librodot

los que no saben marchar,
como queriendo extrañar
la garabina y latón?...
Cuando hay en cada escuadrón
de ustedes más veteranos
que terneros orejanos
hay desde acá hasta Corrientes;
y se hacen los inocentes...
¡No echen pelos, pues, paisanos!

Larguen no más el valor,
porque saliendo a campaña,
si la vista no me engaña
tienen que entrar en calor:
pues dice don Gomenzor,
que pronto van a marchar,
y entonces los va a mandar
el coronel don Savedra;
¿si dará fuego esa piedra?...
¡Cuándo se ha de entreverar!

Media Caña salvaje del Río Negro

Vámonos arrimando
al Miguelete,
que anda una bagualada
con Alderete.
Y aunque es rosina,
como está muy hambrienta
es muy dañina.
Allá va don FRUTOS, con güena pionada,
toda ¡de mi flor! para una voltiada.
Tin tin por la Aguada,
tin tin o el Cordón,
señora Santa Ana,
abuela de Dios.
Ponémelo a tiro... a Maza Violón,
que lo pongo a parto al primer tirón.
No me lo aflijas,
que se le irá la cincha
a las verijas.
Hasta el viejo Frutoso
viene resuelto
a echarle un pial al Flaco
de codo vuelto...
Que lo quiere hacer
en cuanto se le afirme

revolcar y... per-
...mita Cristo que no me le afloje;
verán si lo quiebra aonde se le antoje.
Tin tin de la Aguada,
tin tin del Cordón,
señor, no lo apure,
que está delgadón.
Prendale a la burra que es lo mesmo que a él
y es como sacarle la panza y la hiel:
pues se ha hecho mamón
con tanta calentura
en esta invasión.
Golpiando las caronas
viene Medina,
recostando a los Blancos
de garabina:
Y sin compasión
se los trai a rebenque
desde San Ramón.
Ahí viene Servando y el terne Melgar
que a gatas de susto consiguió enfrenar.
Tin tin de la Aguada,
tin tin del Cordón:
dicen que Melgar
en esa ocasión,
a pesar de ser tan degollador,
se asustó tan fiero que daba temor...
Y sin saliva,
de susto, metió el freno
patas arriba.

Cuando de acá de ajuera
los apuremos,
repúntenlos de adentro
y nos reiremos.
Que luego en montón
nos voltiamos a toda
la Federación.
¡Ay, rubio del alma, Mariano Violón,
a quien le tenemos tamaña afición!
Tin tin de la Aguada,
tin tin del Cerrito,
que no se te frunza,
por Dios, Marianito.
De balde presumes de tan yesquerudo,
puede que te vuelvas medio tartamudo,
llegado el día
que te suelte los perros
OLAVARRÍA.

Librodot

Encima del Cerrito
que hicistes salva,
ahí te quiere don Frutos
pelar la nalga.
Ya nos veremos,
de aquí a unos pocos días
platicaremos.
¡Ánima bendita del dijunto Raña,
háceme topar con ese lagaña!
Tin tin de la Aguada,
tin tin del Cordón,
no importa que sea
rosín ariscón.
Con los tres-marías lo he de sujetar
y ahí no más lueguito... lo hago pataliar:
eso a la fija,
cuanto suelte las bolas
de la manija.

¡Aguiar, Silva, Estibao,
Flores y Luna;
Olavarría, y Blanco
el sin fortuna!...
Vienen ganosos
de ver si son los blancos
tan rigorosos.
A la refalosa de los federales
traen la pegajosa estos orientales.
Tin tin del Cerrito,
tin tin al Cordón,
hay unos pantanos
que da compasión;
y al fin del invierno se han de componer
con tanta osamenta que tiene que haber
de los rosines,
que vamos a cueriar
flacos y ruines.

Cuando Badana vino
la vez pasada,
y en Cagancha le dimos
una guasquiada,
creo que apenas
le quedó a Juan Manuel
sangre en las venas.
Pero de esta vez sucumbe Ciriaco,
y le va a fundir todo su tabaco.
Tin tin del Cerrito,
tin tin de la Aguada,

Oribe es la sota
en esta jugada:
y el Restaurador jugando, esta sota,
juega contra el dos y queda en pelota,
porque don Frutos
se lo ha de echar en puertas
fijo y sin sustos.

Hay cosas desgraciadas
como esta invasión,
que hasta la extranjerada
le tiene aprensión...
Pues en la ciudá
se han armado naciones
con temeridá:
y ésta es buena gente-
...porque como copla
donde el uno apunta-
...el resto se sopla.
Tin tin de la Aguada
tin tin del Cordón,
los puebleros andan
con mala intención:
y si los morenos y los nacionales
me los atropellan a los federales,
¡Jesús te valga!,
cuando Paz y la güeba
del pueblo salga.

El rosín que se aparte
de la manada,
ese sale siguro
a la carniada:
Que en la presente
nos vamos al pescuezo,
muy suavemente.
Peregil y chauchas-rábanos y choclos,
zapallo, batatas-habas y porotos.
Tin tin de la Aguada
tin tin del Cordón,
ya no hay más alivio
que toro flacón.
Con que así rosines-
...pónganse a sembrar,
mientras los de afuera-
...les damos lugar.
Que ya las vacas
las espantó Alderete
con sus balacas.

Librodot

Vaya la despedida,
que está lloviendo
y se va la invasión
humedeciendo.
Y en este invierno
ha caído en un barrial
hasta el infierno,
sable, tercerola, lanza y alfajor:
y dele memorias al Restaurador.
Tin tin que en la Aguada,
tin tin y el Cordón,
tiene empantanada
la Federación.
Amigo Alderete, la cosa está fiera,
mire que lo pilla don Frutos Rivera;
y en esta zurra,
dicen que lo ha de hacer
montar su burra.

Solicitud de Lucero a los señores que formaban en Montevideo la Comisión de Equipo, con la cual el gaucho debía entenderse para que le pagaran cierta cantidad que le adeudaba el Gobierno, quien recomendaba a Paulino para que fuera atendido por dicha Comisión

A LOS SEÑORES COMISIONEROS.

Caballeros los nombraos,
Portal, Bustamante y Costa,
de la Comisión angosta
principales titulaos:
ya que andan de aficionaos
voraceando al parecer,
¡qué Cristo!, vamos a ver
si auxilian a un guacho flaco;
pobre, infeliz, sin tabaco,
ni cangallas que vender.

Yo sé que en la situación
los que pueden aliviarme
como también traginarme,
solamente ustedes son:
pues ya la gobernación
está bien enternecida,
y a servirme decidida
con la mejor voluntá,
pero al mesmo tiempo está
enteramente fundida.

Librodot

También sé de que en la hacienda
el Ministro hoy los rejunta,
y yo me largo en la punta
a esperar en la trastienda:
allí aguardo la tremenda,
mesmito, y si salgo mal,
de allí atropello al corral
del Juerte, y sin alboroto
voy de cabeza y me azoto
en el pozo de Vidal.

P. LUCERO.

La primer montada a caballo que hizo Jacinto Cielo saliendo del Hospital

HOY YA ME LE ACOMODÉ

Sabrán que el viejo FRUTOSO,
que nunca se muestra ingrato,
le dio para mí este flete
al coronel Fortunato.

Por supuesto, es prenda mía,
¡cuando el viejo me lo cobra!,
y para boliar rosines
tengo caballo de sobra.

¡Eh p... ucha, el pingo que está
soberbio con la soltura!,
pues como recién lo muento,
un rayo se me afigura.
Aflojarle es una gloria:
ya ven, lo voy recogiendo,
pues presumo que a Violón
cerquita le voy midiendo.

¡Dos pares le he de prender,
a un tiempo a ese baladrón!,
y he de llevar a los tientos
para Barcena otros dos.

Déjenlo que me aventaje
ese mashorquero viejo;
que ¿aónde diablos se me va
si le aflojo al azulejo?

Librodot

¡Y que se me iba con bolas!,
¡y que aguantaba el sogazo!,
¡y que al primer chaguarazo
no sale haciendo cabriolas!

En fin, ya tengo salú
y un pingo ¡superiorazo!
¡Ya verán esas dos liendres
si han de morir a este brazo!

Aprobación de Jacinto al nombramiento de sargento primero de una reunión de caballeros tertulianos del Revesino, en la cual el referido sargento era el jugador más aventajado en saber, como el más precaucional para llevar el caballo; mientras que el dueño de casa lo jugaba regularmente mal puesto, y así lo perdía, y luego se desagradaba en los términos que dicen los versos siguientes

SEÑORES REVEINSEROS.

Aprobando el nombramiento
de que es tan merecedor
por diablo y por mosquiador
el titulado sargento,
afirmo con sentimiento
que es ¡un gran camandulero!,
y un jugador picotero,
porque se araña y se muerde
¡la gran pucha!, y cuando pierde
grita más que un terutero.
Sin embargo, lo aventaja
alegando a lo cotorra
otro que hace mazamorra
revolviendo la baraja.
Veremos si ahora se ataja
y dice que no es verdá:
pero, no lo negará,
pues sabe la reunión
que en comenzando el patrón
rezonga a lo mangagá.

La extremaunción

Patrón don
Palemón,
como es tiempo

Librodot

de fusión,
creo que la
repetición
de esa
antigualla composición
vendrá muy al
pelo en la situación.

La Extremaunción.

Montevideo. Agosto 6 de 1846.

Querido primo Ramón;
no te cause admiración
el tremendo notición
que te doy de sopetón;
y aunque su confirmación
todavía está en embrión,
no es cuento, ni es ilusión
que, como una exhalación
ha venido de Londón
un vapor como el Gorgón,
llamado Desvastación
«dicen» que con la misión
de concluir esta cuestión
mediante una transación;
y que es fijo y de cajón
que se acaba del tirón
la guerra y la desunión.
de hombres de toda opinión
celeste, blanca o punzón.
Yo, primo del corazón,
siento tal satisfación,
que nunca tuve alegrón
como éste, y por precisión
creo que de esta ocasión
concluirá la destrución,
la miseria y la aflición
de toda la población:
y también la aspiración
de cualquier bando o fación;
si hacemos la reflexión,
que nuestra infeliz Nación
al concluir el pericón
se halla sin ponderación
más pelada que un pelón,
sin un solo patacón,
por la sencilla razón
que en esta revolución

Librodot

le han dado sin compasión
¡tantísimo manotón!...
los que tienen afición
al suelo y al borbollón,
y hoy echan tragos de ron
a costa de una porción
de hombres de mi condición,
que soy paisano lerdón;
y que en esta confusión,
de pelearnos con tesón
he tenido un apretón,
y he vendido hasta el facón
por yerba, pan o jabón:
y que al fin en un rincón,
con el suelo por colchón
estoy sin medio y flacón,
rotoso, sucio y barbón,
contemplando un familión
macilento y delgadón,
y lamentando tristón
¡tanta vaca y mancarrón
que me han hecho humo al botón!
Pero... pase el nubarrón.
Vena la paz y la unión.
Y, por San Pascual Bailón,
y la Pura Concepción
santos de mi devoción,
que echo al infierno el latón
y me afirmo a un azadón,
gritando de corazón:
¡viva, viva la fusión,
y viva la constitución,
y viva la intervención,
y viva la Devastación!,
que es ¡la última!, che Ramón,
pues solo a su aparición
y piadosa intercesión
vamos a deber el don
de la tranquilización...
Aunque, ando con aprensión
que antes de la conclusión,
de balde estoy ariscón,
después de tanto arrejón,
que algún chumbo o perdigón
me estire en un albardón,
y patitieso y panzón
de ahí me tiren a un zanjón,
como han tirado a un montón
de criollos, que siempre son

Librodot

los pavos de la función,
y espichan como un ratón
sin paternóster ni Kirieleisón.
Tu primo-José Hilarión.

Prevención del periodista Jacinto, para recoger la suscripción de las primeras diez gacetas que publicó en Montevideo; advirtiéndose que debía cobrar al repartir el n.º 10, y que en el n.º 9 dijo al público, que desensillaría su caballo y no haría más gacetas, si no le pagaban corrientemente la primer suscripción.

Proclama de Paulino Lucero a sus suscritores

Montevideo, a 25 de agosto de 1843.

Caballeros: -¿El decir
diez y tarja, es afirmar
que yo iba a desensillar?
¡Valiente no colegir
que tarjé para juntar!

Pero, los que no colijan,
dirán: -¿Rejuntar el qué?,
pues, señor, se lo diré:
Aflojen, y no se aflijan,
¡diez realitos!... ¡Oiganlé!

No aguanto más suscrición
cinco pares de gacetas
les he de largar completas,
y en tocando a reunión
lárguenme cinco pesetas.

Con que ansí, guarden la paja,
y vénganse con el trigo,
porque, clarito les digo,
que me les voy a baraja
si andan con güeltas conmigo.

Por lo demás, no hay cuidao,
tengo más que escribaniar,
que hay rosines que boliar
dende aquí hasta el Otro lao,
si los dejamos llegar.

Pues estando arremangao
cualquier gaucho decidido,

Librodot

en la vida ha sucedido
que eche al suelo su recao
sin montar lo que ha querido.

Súplica gaucha dirijida al ilustrado redactor del Comercio del Plata doctor don Florencio Varela, pidiéndole anunciara la publicación que se iba a efectuar del poema Paulino Lucero

SEÑOR RELATOR DEL COMERCIO DEL PLATA.

Montevideo. Noviembre 14-1846.

Muy señor mío:
Velay le mando, señor,
a que lea mi argumento,
que en este puro momento
ha soltao el imprentor.
Hágame pues el favor,
usté que es hombre maestrazo,
de pegármele un vistazo,
y verá un pial de volcao,
en que a Rosas le he largao
la armada de todo el lazo.

Y si por felicidá
le agradase mi versada,
en su gaceta mentada
avísele a la ciudá
del modo y conformidá
que el gaucho saldrá lueguito;
ya que usté es el primerito
a quien le largo este envite,
a fin de que me acredite,
si es su gusto, patroncito.

PAULINO LUCERO.

ADVERTENCIA

En la siguiente composición Paulino Lucero es un gaucho correntino enemigo acérrimo de la tiranía de Rosas, que acompañó constantemente al general Lavalle, en clase de soldado, y fue uno de los bravos que salvaron el cadáver de su general de las impías manos del feroz don Manuel Oribe que, cual chacal hambriento y rabioso, escarvaba los sepulcros buscando la cabeza descarnada de aquel valiente infortunado. Después que sus fieles y esforzados compañeros pudieron, en tierra extranjera, darle la cristiana sepultura que le negaron los tiranos de su patria, aquel puñado de héroes escapados del puñal de los verdugos de Rosas, se

dispersó buscando su salvación en los países limítrofes. Lucero se refugió al fin en los campos del Cuaró, donde vivía a monte, siempre con la esperanza de que amaneciese un día de libertad para su patria. Así que supo que el general Urquiza había levantado su espada contra los tiranos, voló a la Provincia de Entre Ríos a ofrecerle sus servicios. En estas circunstancias es cuando se encuentra con su antiguo amigo Martín Sayago. La primera edición de este diálogo se hizo en Montevideo el año de 1846. En la segunda, publicada en 1851, salió enteramente refundido y aumentado; y ahora se reproduce así corregido.

Martín Sayago recibiendo en el palenque de su casa a su amigo Paulino Lucero

MARTÍN: ¡AMIGO! De aquella loma
que atrás del monte se ve,
apenas lo devisé,
dije: aquel mozo que asoma
se me hace por la presencia
ser el paisano Lucero;
felizmente, aparcero,
me ha salido...

LUCERO: A la evidencia:
porque como nunca juyo
de esta causa en el afán;
y como dice un refrán,
en un pie a tu tierra, grullo,
cuanto el general Urquiza
(a quien lo conserve Dios)
pegó el grito: «vamonós
contra Rosas», a la prisa,
como es justa la contienda,
por lo justo, al grito yo,
decidido, del Cuaró
me vine a tirar la rienda
frente de Gualeguaychú,
y al Uruguay me azoté
y lueguito me largué,
a saber de su salú.
¿Y mi aparcera?

MARTÍN: Buenaza.
siempre mentándolo a usté.
Vaya, aparcero, apiesé;
ya sabe que está en su casa,
y no precisa...

Librodot

LUCERO: Al momento
velay refalo el recao
y me pongo a su mandao.

MARTÍN: Adelante: tome asiento.

LUCERO: Pues, mire, amigo Sayago,
yo al venir me presumía
que no me conocería
al volver por este pago.
Pero si usté a la fortuna
es igual en la memoria,
ya puede hacer vanagloria
de conocedor: ¡ahijuna!

MARTÍN: Lo que yo estoy conociendo
es que usté viene templao
y como siempre alentao.
Con que, váyame diciendo:
¿diadónde sale?

LUCERO: ¡Chancita!
De lejas tierras, cuñao,
después de haberme troteao
media América enterita:
de suerte que de mulita
ya nada tengo, ¡qué Cristo!,
pues con las cosas que he visto
en tanto como he andao,
de todo estoy enterao
y para todo estoy listo.

Pero, paisano Martín,
yo creiba que su amistá
con mi larga ausiencia ya
hubiese aflojao al fin.
Ya ve que ¡siete años largos
sin vernos hemos pasao!,
¡y cómo estoy de arrugao
por tantos ratos amargos!...
Así, yo hubiera apostao
a que me desconocía,
y que ni mentas haría
de mí.

Librodot

MARTÍN: Se había equivocao:
y lejos de eso, aparcero,
tan presente lo he tenido
que lo hubiera distinguido
en el mayor entrevero.

Digo esto, en la persuasión
que usté en la otra tremolina
habrá andao de garabina,
por supuesto, y de latón;
sobre el pingo noche y día
peliando al divino ñudo,
medio en pelota o desnudo
y con la panza vacía.

Pero ya por estos pagos,
lo mesmo que por su tierra,
se anda por concluir la guerra
y las matanzas y estragos:
bajo la suposición
de que no corcoviará
Rosas, y se allanará
a organizar la nación
por el ORDEN FEDERAL,
que Entre Ríos y Corrientes
han proclamado valientes,
y han de sostener... ¿qué tal?

LUCERO: ¡Muy lindo!... pero... veremos;
porque ese Rosas, amigo,
¡es tan diablo... pucha, digo!,
¡cuántos males le debemos!
Y aunque usté haiga forcejeao
en otro tiempo por él,
éste no es el tiempo aquel,
y se habrá desengañao...

MARTÍN: ¿Forcejeao, dijo? Se engaña:
por un deber he seguido,
siempre medio persuadido
que Rosas es un lagaña.

LUCERO: ¿Medio no más, aparcero?,
¿o se le hace rana el sapo?,
¿a que si se lo destapo,

Librodot

se persuade por entero?

¡Es un tigre hasta morir,
con unas garras que asusta!,
y a ese respeuto, si gusta,
le explicaré mi sentir.

MARTÍN: ¡Pues no!, amigo: desde luego
prosiga, y dele por ahí:
y arme un cigarro, velahí,
también voy a darle fuego.

LUCERO: No... deje estar... ¡Voto a bríos!
¡Maldito sea el rocín!
¡Por Cristo!, amigo Martín,
he perdido los avíos.
¡Ah, bruto!, ¡si ha corcoviao
hasta cortarme la cincha,
y todavía relincha;
y mire, se ha revolcao!

MARTÍN: Tiene laya de buenazo
y bellaco...

LUCERO: Sin piedá,
pero de conformidá,
que luego es ¡superiorazo!

Hoy cuasi me descompuso,
porque en pelos me dejó,
y ya también se volió,
pero salí ¡como un huso!

MARTÍN: ¡Ah, gaucho!... Vení, Ramón;
velay, agarrá ese overo,
y acolláralo ligero
al zaino viejo rabón.
¿No será algún pescuecero
su redomón, ño Paulino,
que saque por el camino
a la rastra a mi aguatero ?
No le hace: andá y del tirón
traite el mate y la caldera;
vaya, hijito, y de carrera

Librodot

cébanos un cimarrón.

LUCERO: Pues, yo creí que usté viviera
siempre en la otra población,
y hoy al darle el madrugón
me encontré con la tapera.
Luego me pude informar
de su salú y paradero,
y en la cruzada al overo
se le antojó retozar.

MARTÍN: ¡Voto-alante!, en fin ya ve,
después de tanto rodar,
me he conseguido afirmar
siempre en la costa del Clé,
donde en otro tiempo, amigo,
cuanto rancho he levantao,
lueguito me lo han quemao,
como si fuera castigo:
hasta hoy que como la rosa
vivo y puedo trabajar
con miras de adelantar,
si Dios no manda otra cosa.
Pues acá de varios modos,
siendo los hombres honraos,
todos viven sosegaos
y ganan su vida todos,
mediante la proteción
que el gobernador Urquiza
al pobre que la precisa
le presta de corazón.

Así, el hombre es bendecido,
como bajado del cielo,
después de tanto desvelo
y atraso que hemos sufrido.

LUCERO: Que dure es lo menester,
y pronto, amigo, verá
que esta provincia será
feliz como debe ser:
porque la naturaleza
y Dios mesmo se ha esmerao
en darle como le ha dao
en el suelo su riqueza,
corriendo la agua a raudales

Librodot

por sus ríos caudalosos,
y de ahí sus montes frondosos,
sus campos y pastizales.

Luego sus puertos y haciendas
su trajín y produciones...
¿No valen más estos dones,
que ejércitos y contiendas
sin término?, ¿y para qué?,
para que al fin el tirano
llegue a ser el soberano
de estos pagos.

MARTÍN: Riasé
del Supremo y de su antojo,
pues para tal pretender,
Rosas no debía ser
tan ruin, tan malo, y tan flojo;
ni debía ese asesino
apoyarse en el terror,
ni ser tan manotiador
como tacaño y mezquino.
Así condición ninguna
tiene, sino fantasía;
pero, ya se allega el día
de que se le acabe, ¡ahijuna!...

¡Qué distinto proceder
tiene acá el gobernador,
a quien el restaurador
le debe todo su ser!

Usté lo verá, paisano;
por supuesto, lo verá,
y si ha visto (me dirá)
hombre más liso y más llano.

Y verá con el empeño
que proteje al hombre honrao,
sin fijarse en lo pasao,
ni en si es de Uropa o porteño.

Porque su único sistema
es perseguir los ladrones,
pero que por opiniones
ya ningún hombre le tema.

También verá el adelanto

Librodot

de nuestra provincia entera,
y al cruzar por aonde quiera
le parecerá un encanto:

Ver la porción de edificios
que se alzan en todas partes
para protejer las artes
y diferentes oficios.

Luego en los campos verá
las escuelas que sostiene
la Patria, en las cuales tiene
a hombres de capacidá:

Enseñando satisfechos
y con esmeros prolijos
a que aprendran nuestros hijos
a defender sus derechos.

Y últimamente, paisano,
si hay gobiernos bienhechores,
quizá uno de los mejores
es el Gobierno entrerriano.

LUCERO: ¡Qué primor! Así debía
proceder todo gobierno
veríamos que al infierno
iba a parar la anarquía.
Pero, desgraciadamente
Rosas es tan envidioso,
y tan diablo y revoltoso,
que ya pretende al presente
largarnos un buscapié
para hacernos chamuscar,
porque no le ha de agradar
esta quietú; creamé.
Pues la Libertá y la paz
son dos cosas que aborrece,
a punto que se estremece
de oírlas nombrar nada más.
A bien que le he prometido
destapárselo enterito,
y voy a hacerlo lueguito;
¿quiere atender?...

MARTÍN: Decidido
le prometo mi atención:

Librodot

que un hombre de su razón
merece ser atendido.

LUCERO: Pues bien, amigo Sayago,
debajo de una amistá
oirá con la claridá
y la franqueza que lo hago.

No hablo como lastimao;
menos como correntino:
hablaré como argentino,
patriota y acreditao,
que nunca ha diferenciao
a porteños de entrerrianos,
ni a vallistas de puntanos,
porque todos para mí,
desde este pago a Jujuí,
son mis queridos paisanos.

Y en el rancho de Paulino
puede con toda franqueza
disponer de la pobreza
cualquier paisano argentino;
pues nunca ha sido mezquino,
y a gala tiene Lucero,
el que cualquier forastero
llegue a golpiarle la puerta,
siguro de hallarla abierta
con agrado verdadero.

Sólo aborrezco a un audaz
que piensa que la nación
es él solo en conclusión,
y su familia, a lo más:
y ese malevo tenaz,
matador, morao y ruin,
que ha promovido un sin fin
de guerras calamitosas,
no es una rana... ¡ése es Rosas!
mesmito, amigo Martín,

que grita ¡federación!
y degüello a la unidá,
mientras que a su voluntá
manotea a la nación;
y en veinte años de tesón
que mata y grita audazmente
¡federación!, que nos cuente,

Librodot

¿qué provincia ha prosperao
o al menos se ha gobernao
de por sí federalmente?

Ninguna, amigo: al contrario,
hoy miran su destrución
y que en la Federación
Rosas se ha alzao unitario,
porque, a lo rey albitrario,
desde San José de Flores
fusila gobernadores,
niñas preñadas y curas,
y comete en sus locuras
otra máquina de horrores.

¡Vea qué Federación
tan gaucha!, y yo le respondo
que aunque soy medio redondo
conozco su explicación,
que consiste en mi opinión,
en que los pueblos unidos
vivan, y no sometidos
a tal provincia o caudillo
que les atraque cuchillo
y los tenga envilecidos...

MARTÍN: ¡Ahijuna!...

LUCERO: No se caliente:
deje estar que le relate.

MARTÍN: Siga, amigo: velay mate;
velay también aguardiente.
¡Barajo!... ¡qué relación!
¡Ah, Rosas, si en este istante
te topara por delante!,
si hasta me da comezón...

LUCERO: ¡Viera, aparcero Sayago,
por esos pueblos de arriba,
como he visto yo cuando iba,
redotao por esos pagos!,
¡qué mortandades, qué estragos!,
¡cuánta familia inocente
hasta hoy llora amargamente

Librodot

la miseria y viudedá
que deben a la crueldá
de Rosas únicamente!

Luego, el encarnizamiento
con que a los hombres persigue,
y los rastrea, y los sigue
lo mesmo que tigre hambriento.
Así es que he visto un sin cuento
de infelices desterraos,
y hombres que han sido hacendaos
rodando en tierras agenas
y viviendo a duras penas
pobres y desesperaos.

¡Y así pretende el tirano
que el país esté sosegao,
habiéndolo desangrao
de un modo tan inhumano?
Ahora, dígame, paisano:
si a usté también lo saquiara,
lo persiguiese y rastriara
así con un odio eterno,
usté desde el quinto infierno
¿con Rosas no se estrellara?

MARTÍN: Siguro, hasta el fin del mundo
como a pleito lo seguía,
y hasta lo perseguiría
de la mar en lo profundo.

Y a la prueba me remito
en la presente patriada,
yendo a darle una sableada
allá en Palermo mesmito.

Y siendo tan revoltoso
el paisano Juan Manuel,
preciso es librarnos de él
lo mesmo que de un rabioso;
y entre todos sin reposo
dejándonos de pelear,
lo debemos corretear,
que dispare a lo ñandú
y se vaya a la gran-pu
y nos deje sosegar.

Librodot

LUCERO: Y que deje de amolarnos
con tanta guerra al botón
que arma allá ese baladrón
con miras de esterminarnos.
Que acá para gobernarnos
federal y lindamente,
sin hacer matar la gente,
pero haciendo prosperar
la patria, no han de faltar
gobiernos como el presente.

MARTÍN: ¡Ah, gaucho sabio y ladino!,
si es la cencia consumada,
y patriota más que nada;
eche un trago, ño Paulino.

LUCERO: Vaya, amigo, ¡a la salú
de sus pagos y los míos,
y el GOBIERNO DE ENTRE RÍOS
que nos ha de dar quietú!,
¡y por la FEDERACIÓN!

MARTÍN¿La gaucha?...

LUCERO: No: ¡la entrerriana!,
la linda, la veterana,
que hará feliz la nación,
hoy que su proclamación
alza el general URQUIZA,
diciendo: «¡Aquí finaliza
todo el poder de un tirano,
que el ejército entrerriano,
va a reducir a ceniza!».

MARTÍN: Amigo, ahí tengo un changango
que pasa de rigular,
y ahora mesmo hemos de armar
para esta noche un fandango.

Aunque ya no me acordaba
que ayer, cuando iba al arroyo,
mi Juana Rosa en un hoyo
medio se sacó una taba.

Librodot

Y hoy de mañana salió
con la Nicasia en las ancas,
y en aquellas casas blancas
debe estar, presumo yo,
haciéndose acomodar
la pata que se le ha hinchao:
pero así mesmo, cuñao,
esta noche ha de bailar.

¡Y usté templando el changango
saquémele hasta la frisa,
a salú de don Urquiza
federal lindo y de rango!

LUCERO: Lo haré por él, lo prometo;
pues, si antes fui su enemigo,
ahora de veras le digo,
me ha cautivao el afeto,
viendo el empeño completo
con que llama a los paisanos
para que se den las manos
y se dejen de matar:
así es que lo han de apreciar
todos los americanos.

Y así, yo de corazón
rendiré la vida a gusto
en las filas de don Justo,
sosteniendo su opinión
de organizar la nación,
hoy que el caso se presenta,
para ajustarle la cuenta
a ese tirano ambicioso,
causal de tanto destrozo
que nuestra patria lamenta.

Y a quien el mesmo Entre Ríos
le debe tantos atrasos,
por las trabas y embarazos
que antes le puso a estos ríos;
creyendo en sus desvaríos
Juan Manuel, que el Paraná
era de su propiedá:
y cuando le daba gana
no entraba ni una chalana.
¡Mire qué barbaridá!

Y a todo barco atajaba,

sin más razón ni derecho
que sacarle hasta el afrecho
en tributos que cobraba:
de otro modo no largaba
a ningún barco jamás,
y sólo a San Nicolás
cuando más podían dir,
pues si querían subir
los hacía echar atrás.

¡Qué diferencia hoy en día
es recostarse a estos puertos,
y verlos siempre cubiertos
de purita barquería!,
con tanta banderería
y tanta gente platuda,
que al criollo que Dios lo ayuda
se arma rico redepente;
lo que antes cuasi la gente
andaba medio desnuda.
Luego, en ganar amistades,
¿acaso se pierde nada?...
¿y con gente bien portada
que nos trae comodidades,
cayendo de esas ciudades
de Uropa tantos naciones,
a levantar poblaciones
en nuestros campos disiertos,
que antes estaban cubiertos
de tigres y cimarrones ?

¿O debemos ahuyentar
la gente que habla en la lengua?
No, amigo, porque no hay mengua
en que vengan a poblar;
pues nos pueden enseñar
muchas cosas que inoramos
de toda laya: ¿a qué andamos
con que naides necesita,
si hay tanto y tanto mulita
entre los que más pintamos?

Dicen que «la extranjerada
(algunos no dicen todos)
nos ha de comer los codos».
¿Qué nos han de comer? -¡Nada!,
podrán comer carne asada,
cuando apriendan a enlazar;
y no se puede negar

Librodot

que son muy aficionaos
a echar un pial, y alentaos
si se ofrece trabajar.

Allá en mi pago tenemos
un nacioncito bozal,
muchacho muy liberal
con quien nos entretenemos;
y al lazo le conocemos
mucha afición de una vez.
Y, ni sé qué nación es;
pero cuando entre otras cosas
le grito: «piálame a Rosas»,
se alegra y responde: ¡yes!

MARTÍN: Será el diablo! Pues aquí
anda otro carcamancito
que contesta a lo chanchito,
y a todo dice: «güi, güi»,
y ayer peló un bisturí
de dos cuartas, afilao,
y yo que estaba a su lao
le dije: «¿para qué es eso?»,
y él señalando el pescuezo
nombró a Rosas, retobao.

LUCERO: ¡Pero, si es temeridá
lo que el hombre es malquerido
y putiao y maldecido
en todo pago y ciudá!

Ya le dije, yo he corrido
muchas tierras, y embarcao
desde la mar del Callao
hasta la Esquina he venido;
y en Bolivia he conocido
a hombres que no morirán
de antojo, y le pegarán
al Supremo una sumida,
si Dios le presta la vida
al general Ballivián.

Éste anda por Chuquisaca,
y allá en Lima anda un Castilla,
general, que si lo pilla
a Rosas le arrima estaca;
porque es liberal de a placa

Librodot

ese general limeño;
y a todo gaucho abajeño
que anda infeliz por allá
en cualquier necesidá
lo proteje con empeño.

Así, yo vine prendao
de otro general Torrijo.
¡Ah, mozo!, un día me dijo,
viéndome medio atrasao.
«¿Muchacho, sos emigrao?».
Sí, señor, le respondí.
«Pues tomá», y le recebí;
y como quien no da nada
ahí me largó una gatiada
que luego la redetí.

Después en Chile, paisano,
también me puse las botas,
con muchos mozos patriotas
que detestan al tirano;
y el gobierno es tan humano,
que a todos nos compadece,
y dice que no merece
Buenos Aires esa suerte,
en que hoy se mira, y de muerte
a Juan Manuel lo aborrece.

¿Y el general Virasoro?,
¿y el ejército que manda?,
¡por Dios!, le asiguro que anda
contra Rosas, como un toro;
y antes en manos de un moro
caiga ese bruto asesino,
que no en las de un correntino.
Así, que ande Rosas listo,
pues si lo pillan, ¡ah, Cristo!,
¡infeliz de su destino!

Luego, en colmo de sus males,
al Presidente su aliao
ya lo tienen apretao
veintidós mil imperiales,
todos mozos ternejales
que lo han de sacar muriendo,
y todos, estoy creyendo
como una cosa sigura
que por sacarle una achura
a Rosas se andan lambiendo.

Librodot

Y en todo el género humano,
no crea, ni le parezca
que hay hombre que no aborrezca
a Juan Manuel por tirano.
¿Y en el Paraguay, paisano?,
¡viera a los paraguayitos
todavía mamoncitos
que apenas andan gatiando,
y ya se largan gritando:
«¡que muera Rosas!»...

MARTÍN: ¡Ah, hijitos!
Ya además el Presidente
es un quiebra, sigún veo,
pues le ha pedido rodeo
al héroe del Continente.

LUCERO: Sí, amigo, muy suavemente
al principio lo ha palmeao,
y ya lo ha redomoneao,
hasta el verano que viene,
que puede ser que lo enfrene
y lo haga de su recao.

MARTÍN: ¡Ah, cosa! Dios lo bendiga,
y le dé su santa gracia.
¡Che!, mire: ahí viene Nicasia
con mi china. Pero, diga:
¿se acuerda de Sandoval
el payador?

LUCERO: ¡Cómo no!

MARTÍN: Un chumbo lo desnucó.

LUCERO: ¿Dónde?...

MARTÍN: En la Banda oriental:
donde también por mi mal
andando por esa tierra,
cuando la maldita guerra
en que Rosas nos metió,

Librodot

cuasi, cuasi, quedé yo
estirao en una sierra.

LUCERO: Velay otra guerra, amigo,
que hace Rosas al botón,
de cuya desolación
usté habrá sido testigo:
y ¿qué oriental enemigo
tiene Entre Ríos?, pregunto.
¿A qué cargas, a qué asunto
mandó allá a la paisanada?
¿Sabe a qué, aparcero? A nada;
a peliar por él, por junto.

Cierto es que Frutos Rivero
vino acá la vez pasada,
porque allá la entrerrianada
a él lo atropelló primero
con don Pascual, que altanero
se guasquió a Santa Lucía,
pues de terne presumía,
hasta que en una mañana
le zurraron la badana:
y que vuelva, ¡y qué volvía!

Y de ahí, Rosas se ha propuesto
destruir la Banda oriental,
que no le ha hecho ningún mal,
¡mire si es hombre funesto!,
y no alega otro pretexto
que mudarle presidente:
¿qué le importa que Vicente,
o Pedro, o Juan o Tadeo
gobierne en Montevideo?,
¿no digo bien?

MARTÍN: Mesmamente.

LUCERO: Pues ya ve a los orientales
matándose con horror,
lo que es, amigo, un dolor,
¡porque son tan liberales!,
y hay mozos tan racionales
entre uno y otro partido,
que si ya no se han unido
no es por rencor, creamé,

Librodot

es solamente porqué
ahí anda Rosas metido.

Lo que antes, los orientales
se daban cuatro sabliadas,
y al tiro de camaradas
quedaban todos iguales:
mas hoy, con los federales
quo Rosas les ha ingertao
tan fiero los ha trenzao,
que algunos ya lo coligen,
y Dios permita y la Virgen
que le hagan el cuerpo a un lao.

Dios lo permita, repito,
que se abracen como hermanos;
porque, sin ser mis paisanos
los apreceo infinito;
pues ya sabe, aparcerito,
que yo me crié por allá,
y así es con temeridá
lo que esa gente me agrada,
y esas hembras más que nada,
porque son una deidá.

MARTÍN: ¡Oiganlé al cantor Lucero
cómo se explica y se amaña!
Pues bien, una media caña
conciérteme, compañero.

Toda de amor enterita,
que se alborote el hembraje
con las coplas, y le faje
hasta la madrugadita.

LUCERO: Media caña y cielo junto,
será más lindo, aparcero,
y que yo duerma primero,
porque... ya me siento en punto...

MARTÍN Echesé, aunque Juana Rosa
venía y se ha entretenido,
y si lo pilla dormido
quizá se muestre quejosa.

Pero ya que está templao,

Librodot

no hay que hacer caso, echesé,
que yo lo dispertaré
con un buen cordero asao...

Aunque, amigo, la patrona
lo ha de querer agradar:
déjeme, voy a carniar
con cuero una vaquillona.

Y ya enderezó Martín
rumbiando para el rodeo;
y Paulino a su deseo,
hizo estas coplas por fin.

Coplas de Cielito y Pericón que concertó Lucero para el fandango que armó esa noche Sayago

A LA SALÚ DEL EJÉRCITO ENTRERRIANO Y CORRENTINO.

Vaya para Rosas solo
este cielo y pericón,
pues a los demás rosines
les toca de refilón.
¡Ay, cielo de la Victoria!,
cielito del Paraná...
¡Oído! que ya la corneta
tocó un punto alto en Cala.
¡Atención!... En el campo
tocan a montar.
¡A caballo, soldados
de la libertad!
¡Guerra al tirano!
Garabina a la espalda,
sable a la mano.
Ya brillan los corvos y las tercerolas:
y lucen las lanzas... lindas banderolas
de los valientes
patriotas entrerrianos
y de Corrientes.

Vamos a ver en Palermo
si es garbosa la persona
de ese general Vejiga,
Juan Manuel Rosas Corona.

¡Cielito de la tristura!...
con que se dice al remate
que ese bruto es general

Librodot

por las campañas de uñate.

Cuando va al tranco esa maula,
la panza le hace: ¡cla!, ¡cla!
de aguachado, de bichoco
y de barrigón que está.

¡Cielito!... y de precisión
tenemos que adelgazarlo,
para lo que vamos todos
dispuestos a galopiarlo.

Él piensa de Tucumán,
Salta, Córdoba y la Rioja,
San Juan, Mendoza y San Luis,
seguir con la cincha floja.

¡Cielito!... y por desengaño,
pronto, tirano, has de ver,
que entre todos, de un tirón,
dos barrigas te han de hacer.

Y si nos facilita
un tal Badana
para cruzar el río
cualquier chalana:

No hay necesidá
de hacernos capiguaras
en el Paraná.

Ya verás, ingrato, cuando la embestida,
dónde aparecemos de una zambullida.

Y después de eso,
¿no te da comezón
en el pescuezo?

También quiero prevenirte
de que el general Garzón
va de un galope al Cerrito
a echarle un ¡truco! a Violón.

¡Ay, cielo mío!... y después,
si no te parece mal,
le piensa pasar la mano
al titulado Legal.

De balde te vas poniendo

tan cumplido y tan blandón,
tratando de hacer compadres
a los de la Entreinvención

¡Cielito de la sordera!
Salí, Supremo lagaña,
¿no ves que los Uropeos
ya te conocen la maña?

Pues si el general Urquiza
no te hubiese abandonao,
atenido a él estarías
mordedor y endemoniao.

¡Cielito!... porque en lo guapo
sos enteramente igual
a un perro bayo que tiene
en la estancia el general.

Dicen que en Buenos Aires,
en la situación,
se ha puesto redepente
muy caro el jabón.

¡Qué calamidá!,
¡cuando el Jefe Supremo
tan jediondo está!

Dormite, morrongo, dormite, mi amor;
dormítele Urquiza al Restaurador,
y la pichona
que pretende su parte
en la corona.

Si Rosas mata al botón,
le juega mi general
a cuál de los dos resulta
con más charque en el tendal.

¡Ay, cielo, y de la mashorca,
si endurece la pandilla,
lo que ha de tener de sobra
Juan Manuel... será morcilla!

Y si Corona presume
de un ejército infinito,
el que de acá le larguemos
no ha de ser muy peticito.

Librodot

¡Cielito!... y ya los rosines
deben saber que no es broma,
que el ejército entrerriano
como se las dan las toma.

También saben que no usamos
echar de lejos balacas,
ni peliar con los matreros,
ni robar pingos y vacas.

¡Ay, cielo!... pero si alguno
medio a forcejear nos sale
por sostener al tirano,
¡a qué te cuento, más vale!

El diablo es que anda sonando...
¡Cristo!, ¿si será verdá?,
que el ejército rosín
lo debe mandar Biguá.

¡Ay, cielo!... de la barriga
cómo vendrá el pobrecito,
después que lo largue Rosas
soplao hasta lo infinito.

¡Jesús nos favorezca,
si viene Biguá!,
y nos larga la inflada,
¡qué barbaridá!

¡Cuando atropelle
y que nos desenvaine
tamaño fuelle!

Y traiga a los tientos las armas de Rosas
fuelles y jeringas, vergas y otras cosas,
con que en Palermo
se divierte el Ilustre
cuando está enfermo.

Velay, el sol aparece,
y al escurecer la luna,
¡miren cómo resplandece
de los libres la coluna!

¡Ay, cielo!... digan conmigo:
¡viva la Federación!,
¡viva Urquiza y Virasoro!,
¡y también viva Garzón!

Librodot

Con que, ¡adiosito, paisanas!,
que aquí concluye el cielito;
y ya para mi escuadrón
también me largo lueguito.

Cielito, y por conclusión,
la más linda moza diga,
si no me hace algún encargue
para el general Vejiga.

Esta versada cantaron
en el baile de Sayago,
y al cantor de trago en trago
esa noche lo apedaron;
y, como lo calentaron,
a lo mejor del bureo
ahí les largó un bordoneo
para llamar la atención,
y las mozas con razón
le hicieron un palmoteo.

Luego, sacó a su aparcera
la Juana Rosa a bailar,
y entraron a menudiar
media caña y caña entera.
¡Ah, china!, ¡si la cadera
del cuerpo se le cortaba!,
pues tanto lo mezquinaba
en cada dengue que hacía,
que medio se le perdía
cuando Lucero le entraba.

En fin, allá al aclarar
se tocó la despedida,
porque la gente rendida
ya se comenzó a raliar.

¡Qué divertirse esa gente!,
¡qué beber y qué bailar!,
eso fue hasta rematar
en el patio últimamente.

Y fue un fandango de humor,
donde acudieron con ganas
lindas mozas entrerrianas,
que las hay ¡como una flor!

Luego Paulino y Sayago
a la cocina surquiaron,

Librodot

en donde cimarronearon
sin dejar de echar un trago,
y en ese mesmo momento
Martín le dijo a Lucero:

-No se vaya a ir, aparcero,
sin hacerme otro argumento
como ese de la ramada,
que fue cosa superior,
aun cuando el Restaurador
nos eche alguna putiada.

-¿Qué me importa que se enoje?,
contestó el gaucho Paulino,
si él sabe que correntino
no hay ninguno que le afloje;
con que así, monte, cuñao,
vaya no más a campiar,
que al volver me ha de encontrar
pronto y listo a su mandao.

Relación, que del embarque, del viaje, y del fin trágico de la Arroyera, le fue remitida desde el campamento de Oribe al gacetero Jacinto Cielo, por su amigo Anastasio el Chileno, el cual andaba de bombero de los patriotas entre los sitiadores de Montevideo.

Isidora la federala y mashorquera

1.ª PARTE

La Isidora regordeta
se va a embarcar al Buseo:
¡vieran con qué zarandeo
va arrastrando una chancleta!

Que lleva un pie desocao
de resultas de un fandango,
en que le rompió el changango
en la cabeza a un soldao.

Y en esa noche con Brun
bailando la refalosa,
anduvo poco mañosa
queriendo hacerle el betún.

Sabrán que esta moza al fin,
no es porteña, es arroyera,
pitadora y guitarrera

y cantora del Tin tin.

Que vino de la otra banda
junto con los invasores,
y que sabe hacer primores
por todas partes donde anda.

Y que hace mucho papel
como güena federala,
pues su refriega en su sala
con la hija de Juan Manuel.

En fin, dicen que esta dama
del Miguelete se aleja,
y a mis paisanas les deja
los recuerdos de su fama.

También dicen de que al borde
ha estado de perecer,
y se quiere reponer
porque ha perdido el engorde.

Pues no le asientan los pastos,
y luego con la escasez
que hay por ajuera, esta vez
se ha fundido en hacer gastos.

Así es que bien trasijada
se retira la infeliz,
echando por la nariz
como suero de cuajada.

Un ojo le lagrimea,
del aire, dice Garvizo
que para él es un hechizo
otro que le centellea.

El andaluz se hace almiba
por agradar a Isidora,
que es muchacha seguidora
y nunca se muestra esquiva.

Así es que a la despedida
la acompaña una patrulla,
marchando sin hacer bulla
como gente dolorida.

Pero la Isidora marcha
sin demostrar sentimiento,

con un semblante contento
y más fresca que la escarcha.

Lleva el rebozo terciao,
airoso, a lo mashorquera,
y en la frente de testera
luce un moño colorao.

Marcha con aire jitano,
y una mano en la cadera,
que sacude sandunguera
con un garbo soberano.

Para lucir los encajes,
viste a media pantorrilla
un vestido de lanilla
colorao y sin follages.

Ella no gasta bolsita
como gasta una pueblera;
pero carga una jueguera
y también su barajita.

Todo el cortejo se empeña
en complacerla al partir,
pero ella se quiere dir
y a todo vicho desdeña.

Casi se cai de barriga
el cirujano, en mala hora
se le cayó a la Isidora.
el cuchillo de la liga...

Que lo levanta el galán
trompezando, y cariñoso
se lo presenta gustoso
a la prenda de su afán.

La Isidora lo recibe,
y exclama: -¡Cristo me valga!,
antes perdiera una nalga
que no esta prenda de Oribe.

Con la cual he de volver
y a todas las unitaria,
de balde han de ser plegarias,
yo las he de componer.

¿Ha visto, dotor tuertero,

Librodot

estas zonzas de orientalas,
que a todas las federalas
nos tratan como a carnero?

Esas mesmas que ahí están
faroliando en el Cerrito,
y haciéndole asco al moñito,
no sé lo que pensarán.

Pues mire, ¡a fe de Isidora,
me voy con sangre en el ojo!,
y he de volver por antojo
con mi comadre Melchora.

Y a toda la que se piensa
que me ha de andar con diretes,
le he de cruzar los cachetes
y le he de cortar la trenza.

¡Moño grande! que se vea,
se han de poner a la juerza:
y a la que medio se tuerza
se lo he de pegar con brea.

¡Caray!, si me da una rabia
el ver que a mí, ¡a la Isidora!,
quieran ganarle a señora
porque tienen mejor labia.

¡Y porque gastan corsé,
y gorras a la francesa,
ni levantan la cabeza
a saludar! -Ya se ve...

Aún no están acostumbradas
a la mashorca y tin tin,
pero de todas, al fin,
me he de reír a carcajadas.

Deje no más que entre Oribe
y tome a Montevideo,
que hemos de tener bureo
como Rosas me lo escribe.

Con que ansina, dotorcito,
a todas digamelés,
que he de volver otra vez,
¡que me anden con cuidadito!

Librodot

En esta conversación
hasta la playa llegaron,
y en el momento mandaron
los rosines un lanchón.

Era preciso llevarla
cargada para embarcarse,
por no dejarla mojarse,
que eso podía resfriarla.

Entonces de la cadera
se la prendió el andaluz,
y ella le gritó: ¡Jesús!
¡No me ruempa la pollera!

Con todo, se la echó al hombro,
y hasta el lanchón la llevó;
y al dejarla suspiró
el tal Garvizo, ¡qué asombro!

Con que ansina desde ahora
es bueno que se prevengan,
y las orientalas tengan
¡cuidado con la Isidora!

2.ª PARTE

Por un duende que ha venido
y que estuvo en lo de Rosas,
esta y otras muchas cosas
diz que Anastasio ha sabido.

Porque me escribe el chileno,
con respeuto a la Isidora,
de que tuvo la señora
un viage pronto y muy güeno.

Pues la tarde del embarque
alzó moño la Palmar,
y a Güenos Aires fue a dar
con la Arroyera y su charque.

Y con viento rigular
amaneció la Boleta,
frente de la Recoleta
aonde empezó a sujetar.

Por supuesto, en la cruzada,
la muchacha se almareó,

Librodot

y cuasi, cuasi largó
la panza y la riñonada.

Pero le dieron giniebra,
que cura la indigestión;
y diz que sopló el porrón,
y se lo limpió de una hebra.

Luego lo ofrecieron té;
pero ella dijo: -No quiero
ningún remedio extranjero,
como no sea el culé...

¡O mate de manzanilla
junto con flor de mosqueta,
que cuando estoy indijesta
me asienta a la maravilla!

Quién sabe al fin si tomó
a bordo esa medicina;
pero luego en la cocina
de golpe se amejoró:

Comiéndose allí una tripa
que le brindó el cocinero,
con más de medio carnero
y de galleta una tipa.

Últimamente llegaron
hasta dentro con el barco,
y en lo más hondo del charco
a soga larga lo ataron.

Y al echar un bote al río
le dijeron a Isidora:
Venga a embarcarse, señora,
con su petaca y su avío.

Mesmamente la embarcaron
en la culata del bote,
y más ligero que al trote
hasta la orilla llegaron.

De allí la montó a babucha
un marinero fornido,
que llegó a tierra rendido
y soltó a la camilucha.

Cuando llegó un adecán

Librodot

flauchoncito y muy viejazo,
que al soltarle ella un abrazo,
le dijo: ¡Che, Corbalán!

¿Cómo estás?, ¿y Juan Manuel?,
¿siempre con salú? Contamé,
o más bien acompañamé,
voy a platicar con él.

¡Isidora de mi vida!,
díjole el viejo moquiando;
¡pues no!, vamos disparando
y que seas bien venida.

Y ya también la sacó
de bracete acollarada;
que salió medio trabada
desde el punto en que partió.

¡Qué de noticias traerás
(le dijo) de esos parajes!
Y ¿se aguantan los salvajes
Rivera y el manco Paz?

Nada te puedo contar
ahora, dijo la Arroyera,
pues se me anda la vedera
y ya me voy por echar.

Apurate por favor:
vamos ligero, viejito,
y lleguemos, hermanito,
a lo del Restaurador.

Llegó la yunta, y adentro,
en la puerta de la sala
ya tuvo la Federala
su primer feliz encuentro.

Pues salió la Manuelita,
y en cuanto la devisó,
luego vino y se abrazó
de firme con su amiguita.

Queriéndosela comer
con los besos que le dio,
hasta que le preguntó:
-¿De dónde salís, mujer?

¡Mirá que sos una ingrata!,
pues ni de mí te acordás
queriéndote mucho más
que lo que me quiere tata.

-Salí, porteña pintora,
federala zalamera;
que si yo no te quisiera,
velay, (dijo la Isidora)...

No te trujera esta lonja
que le he sacao a un francés,
para vos, ahí la tenés:
esto es querer, no lisonja.

Ansí es que me acuerdo yo,
tomá, y dejate de quejas;
júntala con las orejas
que Oribe te regaló.

-Ya no las tengo, hermanita,
le respondió la pichona,
pues como eran cosa mona
se las regalé a tatita.

Ahora mesmo las verás
en su cuarto, adonde tiene
todo lo que lo entretiene:
vení, mujer, te reirás.

Entonces se despidió
Corbalán de Isidorita:
que a un tirón de Manuelita
para el cuarto cabrestió.

Se colaron, ¡Virgen Santa!,
en ese cuarto que espanta
de pensar que vive en él
el tirano Juan Manuel,
restaurador de las leyes,
entre geringas y fuelles,
puñales, vergas, limetas;
armas, serruchos, gacetas,
bolas, lazos maniadores
y otra porción de primores;
pues lo primero que vio
Isidora en cuanto entró,
fue un cartel,
con grandes letras sobre él,

Librodot

y una manea colgada
de una lonja bien granada:
y el letrero
decía así: «¡Ésta es del cuero
del traidor BERÓN DE ASTRADA!,
¡lonja que le fue sacada
por unitario salvaje,
en el paraje
del Pago Largo afamado,
donde fue descuartizado!
-Con razón:
por malvao y salvajón,
dijo la recién venida.
Y en seguida,
miró encima de una mesa,
y entre un nicho, una cabeza
cortada,
y con la lengua apretada
mordida,
y la vista ennegrecida
y con rastros de llorosa.

Al pie tenía una losa
escrita, y decía así:
«¡Zelarrayán!
Los salvajes temblarán
cuando se acuerden de ti».
-¿Pues no?,
la Arroyera dijo, y vio
ahí no más, en seguidita,
colgada en una estaquita
una cola o cabellera,
y al preguntar de quién era
pudo ver sobre un papel
esta letra: «¡De Maciel!».
Ésta es la barba y bigote,
que con lonja del cogote
le manda al Restaurador:
Oribe, su servidor.
-¡Qué bonito,
dijo Isidora, el versito!

Y agarró
un puñal, que reparó
en diez o doce que había,
que sobre el cabo tenía
en la chapa este letrero:
«Yo soy el verdadero
recuerdo, en homenaje

Librodot

del infame salvaje
Manuel Vicente Maza.
Si salgo de esta casa,
¡tiemble algún presidente
que no sea obediente,
y altanero se oponga
cuando Rosas disponga!».
-Qué receta para Oribe,
dijo Isidora, que vive
sirviéndole a Juan Manuel,
y queriendo hacer papel
de Presidente legal,
cuando en la Banda oriental
tan sólo el Restaurador
debe ser amo y señor,
aunque el diablo se sacuda
las OREJAS... ¡Ah, mujer!,
haceme al momento ver
las de Borda: ¿dónde están?,
¿qué sequitas no estarán?
Entonces la Manuelita
las sacó de una cajita,
y cuando se las mostró,
la gaucha las escupió,
y pensó hacer otras cosas,
pero en esto dentró Rosas
en camisa y calzoncillos
golpiándose los tobillos,
con la cabeza amarrada,
una cara endemoniada,
y en la cintura una verga.
Tendió en el suelo una jerga,
puso al lado una botella,
y se acostó cerca de ella
sin soltar una expresión...
y cuál fue la confusión
de Isidora y Manuelita
al sentir que su tatita
redepente dio un bramido
como tigre enfurecido,
y echando espuma se alzó,
y estas palabras soltó:
¡En la Horqueta del Rosario!
¡Flores... salvaje unitario!
¡Núñez, salvaje traidor...!
Entonces le dio un temblor,
y rechinando los dientes,
y con gestos diferentes:
¡asesino!, le gritó

Librodot

a Isidora; y la mandó
degollar con sus soldaos,
que acudieron asustaos.
Cayó entonces desmayada
la Arroyera, y arrastrada
fue por dos indios; y al rato
degollada como un pato.
Cuando la iban a matar,
Manuela se echó a llorar
a los pies de Juan Manuel,
suplicándole; pero él
dijo: «¡Muera la ovejona!,
pues, si no, sale y pregona,
que ya tengo convulsiones,
de ver que los salvajones
se lo limpian a Alderete;
y después, que lo sujete
el demonio al Pardejón,
que viene, y en un cañón
de taco me hace meter,
y ahí no más lo hace prender;
cosa que en cuanto reviente
¡a los infiernos me avente,
donde con vergas y fuelles
vaya a restaurar las leyes!...».
Luego pidió una botella
de bebida, y se arrimó
a Isidora; la miró,
y de ahí se sentó sobre ella.
¡Fría estaba y desangrada!,
pero Rosas, con todo eso,
se agachó, le pegó un beso,
y largó una carcajada.
Luego acabó de beber
muy ufano, y se paró,
y a los indios les gritó:
«Saquen de aquí esta mujer;
llévenla a la sepultura;
vamos, prontito, al istante,
y que venga y la levante
el carro de la basura».
Ansí la triste Arroyera
un fin funesto ha tenido,
sin valerle el haber sido
FEDERALA Y MASHORQUERA.

Anastasio el Chileno.

Librodot

Agachada o cuchufleta satírica de un gaucho salvaje, dirigida a un almirante que les ofreció garantías de completa seguridad a los argentinos que se sometieran a Rosas

Estos versos a la paz,
los larga un gaucho voraz.

A decir cuatro verdades
va un miliciano oriental:
que cuando es pura y cabal,
no tiene dificultades
ningún gaucho liberal.

Es ruindá que en la contienda
de Rosas y el almirante,
pierda el francés el aguante,
pues sin tirarle la rienda
lo han sujetao al istante.

A la cuenta don Macó
será mozo asustadizo;
pues Batata como quiso
la mashorca le atracó
cuando lo vio espantadizo.

Pues mire... los orientales,
a pesar de sus trataos
no andamos muy asustaos;
aunque usté y los federales
se vengan acollaraos.

Ya verá que sin vapores,
el Viejo Frutos Rivera
no deja ni polvadera
de los dos Restauradores,
sin hacer tanta humadera.

¡Ah, hijo de... Dios!, ¡quién diría!
que el almirante Macó
de Uropa se nos apió
a poner carbonería,
y Rosas se la fundió.

Así es que la francesada
patriota y de calidá,
al ver tamaña ruindá,
está toda endemoniada,
y habla con temeridá.

Y dicen que si Macó

Librodot

tan fiero pudo ladiarse
y a Rosas arrecostarse,
los demás franceses no
son capaces de humillarse.

Bien puede un ruin capataz
hacer cuerear la manada,
será de él la cochinada;
sin que deba ser jamás
descrédito a la pionada.

En fin, el Restaurador
ahora andará más holgao,
pues dicen que ha retozao
a su gusto en un vapor
que el Barón le ha regalao.

¡Qué Cristo!, de aquí a unos días,
por diciembre, cuando más,
le hemos de salir de atrás
cobrando las galantías
que nos promete en la paz.

Pero el diablo es que LAVALLE
se ha de querer empacar:
a bien que lo va a buscar
Batata, y adonde lo halle;
diz que lo va a desarmar.

¡Valientes americanos,
paisanos de toda laya!,
antes que Macó se vaya,
le haremos ver que un tirano
a ningún libre avasalla.

¡Vencedores de Cagancha!,
¡valerosos del Yeruá!
Rosas nos aguarda allá,
pues presume que en su cancha
medio nos aguantará.

¡A las armas, argentinos!,
vamos juntos a peliar,
que hasta morir o cueriar
al salteador asesino,
¡naides debe recular!

Él piensa que en desunión
nos ha pillado la paz.

Librodot

¡Ah, bruto, ya lo verás!,
¡si al primer atropellón
no te boleamos de atrás!...

¡Degollador afamao!
ni tu compradre Macote
te ha de valer; del cogote
el día menos pensao
te hemos de sacar cerote.

JACINTO EL GAUCHO.

A la tramoya de la Intervención conjunta representada por los ministros europeos, mister Gore y monsieur Gros

SEÑOR EDITOR DE LA GACETA DEL CONSERVADOR.

Trincheras de Montevideo, a 25 de julio de 1848.

Ando ganoso, patrón,
y con la alma atravesada
por largar una ensilgada
amarga hasta el corazón:
y cuando formo intención,
nunca, en la vida me encojo;
así, con sangre en el ojo
voy a llenar mi deseo,
porque soy gaucho y no creo
jamás morirme de antojo.

Sólo espero, patroncito,
para ingertar mi versada,
que en su gaceta mentada
usté me haga un lugarcito:
y ya verá qué cielito
por prima alta y bordoneo
le canto a cada Uropeo
de Francia y de Ingalaterra,
de los que han caído a esta tierra
a embrollarnos, sigún veo.

Eso sí, los invernaos
no entrarán en la voltiada,
a pesar que en la manada
hay bastantes desalmaos;
que ya los tengo marcaos,
para algún día si acaso

Librodot

prenderles como de paso
a media espalda no más,
y cuando mucho de atrás
hacerles cimbrar el lazo.

Luego, patroncito, intento
escrebir a lo paisano,
y en estilo americano
decir todo lo que siento:
y formarle un argumento
a la Entrivención cojunta,
y agachármele en la punta
a la misión Gore-Gros,
y probar entre los dos
cuál es el pior de la yunta.

Con que así, voy a esperar
siempre ganoso, ya sabe;
y en cuanto usté me haga un cabe
le empezaré a menudiar,
hasta hacerle calentar
a la yunta las orejas,
y echando al aire mis quejas,
a esos maulas tratadores
les diré cuatro primores
y sabrán quién es...
¡CALLEJAS!

Presentación gaucha que a fuer de letrado la escribió el gacetero Jacinto Cielo para un compañero suyo, el cual habiéndose presentado antes al Gobierno, solicitando el pago de algunos pesos que le debían, en la primer solicitud le recayó el decreto de Ocurra oportunamente. Por consecuencia, ocurrió segunda vez en circunstancia que en Montevideo circulaba con mucha validez la noticia de que ya estaba en camino para el Río de la Plata una fuerte expedición de tropas francesas de desembarco, y una poderosa escuadra naval al mando del almirante Debourdieu, quien además venía trayendo dos millones de pesos fuertes para auxiliar al Gobierno de Montevideo; noticia de la que se burló el abogado gaucho como se verá más abajo: advirtiéndose que la siguiente representación fue escrita y presentada el Lunes Santo de 1818 cuando el ejército de la plaza sitiada se mantenía a porotos, fariña y bagres barrigones

Al excelentísimo señor Gobierno.

Montevideo. Marzo 26 de 1846.

Señor, me le hago presente
en un grandísimo aprieto,
atenido a su decreto

de: OCURRA OPORTUNAMENTE.
Siento serle impertinente,
pero más siento el andar
sin tener ni qué pitar,
y flaco y aniquilao,
porque ya no me ha quedao
ni a donde ir a churrasquiar.

En ancas, mi muchachada
ya sin alivio ninguno
de tanto comer de ayuno
se encuentra como soplada,
y del todo resabiada
porque se aventan y se hinchan,
a pesar de que los cinchan,
al comer porotos viejos:
así al verlos desde lejos
todos mis hijos relinchan.

¡Vea, pues, mi situación
en esta Semana Santa!,
cosa que ya me quebranta
el alma y el corazón.
Así me afligen, patrón,
ansias y penas ¡morrudas!,
a que se agregan las dudas
que hasta el domingo tendré;
por las que me encerraré
hasta que cuelguen los Judas.

Pues sería ¡la infinita!,
que me atrapasen, señor;
por lo que me hará el favor
de arreglarme mi cuentita:
pues todo lo facilita
una buena voluntá;
y en esta conformidá
espero que vuecelencia
se ablande por mi ocurrencia
tan en oportunidá.

Y en saliendo de mi apuro,
le haré unas coplas después
al almirante francés
ese tal don Sepeduro:
al mesmo que de siguro
lo aplastará otro Musiú
don no sé qué LAMORDIÚ
que para pascua vendrá,

Librodot

o para la Trinidá,
con la escuadra de Mambrú.

Con que, si me quiere armar,
lárgueme cualquier papel,
que, si yo puedo, con él
al diablo lo he de ensartar:
y al infierno irá a cobrar
si falla la Intervinción;
y si no falla, patrón,
los riales que ahora me dé
no le harán falta, porque
¡ahí le vendrá el BORBOLLÓN!

Excelentísimo señor.
PERUCHO EL ZURDO.

Carta particular que le dirigió el compañero de Jacinto al señor ministro de la guerra solicitando hablarle para recomendarle la presentación de la Semana Santa

SEÑOR MINISTRO Y PATRÓN

Sudo en vano y lo rastreo
deseando acercarmelé,
y al fin ya me encuentro a pie
sin conseguir mi deseo:
pues de vuecelencia creo
que al ver mi traza infeliz,
y que como una lumbriz
encojo el cuerpo o me estiro,
por no ponérseme a tiro
juye y se me hace perdiz.

Así, hay un refrán muy cierto,
y es cosa muy verdadera,
que en el Juerte y donde quiera
hombre pobre jiede a muerto:
por eso es que yo no acierto
a medio hablarle; y lo pior
es que, como hace calor,
el gaucho ni bien se allega
vuecelencia de una legua
juye al tomarle el olor.

PERUCHO EL ZURDO.

Librodot

Diálogo que tuvieron, en el campamento del general don Manuel Oribe, los soldados porteños Ramón Contreras y Salvador Antero, a los ocho meses después de puesto el sitio a Montevideo

Montevideo, 1849.

Contreras recibiendo a su amigo SALVADOR.

RAMÓN: ¡Por fin vuelve con salú
el paisano Salvador!
¿Ha visto, amigo, qué helada,
y frío que da temor?

SALVADOR: ¡La p... ujanza en el invierno
que nos trata con rigor!,
como a gente forastera;
¿qué dice, amigo Ramón?

RAMÓN: ¡Qué he de decir, voto al diablo!,
que como por cernidor
se cuela en el poncho el frío,
y este barrial que es lo pior.

SALVADOR: Pues, amigo, no hay remedio
en la presente ocasión,
sino sufrir sosteniendo
a nuestro Restaurador,
que algún día...

RAMÓN: ¡Voto-alante!
Que le sufra un redomón;
que ya es bastante trece años
que encima del mancarrón
andamos de arriba abajo
con la tal federación,
matándonos unos a otros;
mientras el Restaurador
se lo pasa en la ciudá,
en completa ostentación,
lleno de plata y deleites
y durmiendo en su colchón,
de donde si se levanta
un poco de mal humor,
comienza a largar sentencias
y a fusilar en montón

Librodot

a los paisanos. ¡Ahijuna,
hombre de mal corazón!
Mire, deseaba toparlo
para tener ocasión
de franquearme en amistá
y abrirle mi corazón.

SALVADOR: Diga, amigo, lo que siente
con toda sastifación;
pues sabe que lo apreceo
como a un hombre de razón,
y que siempre sus pensares
merecieron la opinión.

RAMÓN: Pues, bajo de ese entender,
le ruego que sin pasión
me atienda, y que me dispense
que le haga esta prevención;
porque los hombres a veces,
llevados de una ilusión,
sostienen una injusticia
y defienden un error...

Y como le iba diciendo:
van trece años de un tirón,
que servimos de istrumento
para que el Restaurador
nos gobierne como a esclavos,
notando la desunión
que existe entre los paisanos,
que es la desdicha mayor,
y en lo que Rosas apoya
su tiranía y rigor.

¿Y qué hemos adelantado?,
¿qué ventajas, cuáles son
los bienes que disfrutamos?,
degollarnos con furor,
y asolar las poblaciones,
cargando la maldición
de familias infelices
que en la triste proscrición
ni resollar les permite
Rosas el degollador.

Usté mesmo ¿no conoce
nuestra infeliz situación,

Librodot

y que Rosas es un hombre
con más garras que un león?

Solo esos Representantes
a tanta desolación
se muestran indiferentes;
y por codicia o temor
disfrazan con sus maquines
la más terrible ambición,
y aumentan nuestra desdicha
renovando la elección
de un hombre que ha exterminao
la mitá de la nación;
pues ya repetidas veces
que el tiempo se le cumplió,
¿ha visto como le ruegan
que se aguante por favor
otros seis meses no más?
Y el gaucho, que es socarrón,
les contesta que lo «dejen
llorar a su Encarnación
y reparar sus quebrantos,
porque los salvajes son
la causa de sus atrasos
y perjuicios...». ¡Ah, ladrón!
En fin, así los tornea;
resultando en conclusión,
que después de diez renuncias
vuelve a tomar el bastón
y decantar los peligros
de la confederación,
y la máquina infernal,
los gringos, y qué sé yo
todas las cosas que inventa
para hacer expedición
y mandarnos a matar.

Así con este tesón
van trece años, (como he dicho)
de guerra y desolación,
que yo, amigo, le confieso,
ya no tengo corazón
para ver tantas crueldades
que causan pena y terror.

Usté que anduvo conmigo
en la otra federación
cuando el finado Ramírez,
y en cuanta revolución

Librodot

hubo en los tiempos de atrás,
dígame ¿cuándo se vio
tan infeliz nuestra tierra,
ni Buenos Aires lloró
tantas lágrimas de sangre
como llora en la ocasión?

Nunca, jamás, confesemos,
en la vida se sintió
tal ruina y calamidá;
ni tampoco se atrasó
nuestra campaña al extremo
que da tristura y horror
ver reducida a taperas
tantísima población.

¡Qué soledá!, ¡qué disiertos!
Viera, amigo Salvador,
al apiarse en algún rancho
que por fortuna quedó;
estremecerse los viejos:
que causa veneración
ver que se hincan de rodillas
cuando sienten un latón,
mientras está la familia
sollozando en un rincón:
porque, ¿quién hay que no tenga
qué llorar en la ocasión?,
¿ni qué sitio en esos campos
de sepulcro no sirvió
a paisanos infelices,
que en esta revolución
Rosas y tan sólo Rosas
a la tumba los echó?,
reduciendo a cementerio
lo que era una bendición
de estancias llenas de hacienda,
que un mozo trabajador
en esos tiempos, amigo,
con el descanso mayor
en cuatro días pasaba
de jornalero a patrón.

¡Ah, tiempo dichoso aquel!,
de cierto, amigo Ramón,
era una gloria el juntarse
en cualquiera diversión
a voraciar los paisanos,
sin que se hiciera mención

Librodot

de federal ni unitario...

RAMÓN: ¿Ni qué sabe usté ni yo
lo que son esos dos nombres,
que sólo el Restaurador
se los aplica al que quiere
hacerle mal o favor?

Yo tan solamente sé,
que la desgracia mayor
de nuestros paisanos es
nuestra fatal desunión,
y que Rosas ha sabido
con meditada intención
enemistarnos de suerte,
que ni al amigo mayor
pueda usté abrirle su pecho,
sin que lo impida el temor
de que le atraque un puñal
a la menor expresión
o queja de ese tirano.
Y diga ¿por qué razón
sufrimos como animales
tanta infamia y opresión?
¡Es posible, compañero!

SALVADOR: Sí, amigo, tiene razón:
Rosas nos trata a lo pampa,
porque ve la humillación
con que ciegos le servimos.

RAMÓN: Pues, amigo Salvador,
juntémonos los porteños
de cualquiera condición
y salgamos del letargo
que nos tiene en desunión,
oponiéndonos de firme
a sujetar la ambición
y las miras de concluirnos
que tiene el Restaurador.

Es preciso sucumbirlo
pronto, aparcero, si no,
mientras nos gobiern Rosas,
ha de seguir con tesón
siempre buscando pretextos

Librodot

para peliar sin razón,
y mandarnos al infierno;
porque en esa confusión
nos adormece y arruina,
y él se pone barrigón
gobernando nuestra Patria
como moro sin señor,
y pensando suyugarnos
mientras nos alumbre el sol.

Luego es preciso alvertir
que el gaucho buen trenzador
no desperdicia tientito,
y que toda su atención
aplica a cortar derecho
la lonja que consiguió,
y sigue así despacito,
sin ladiarse en lo menor,
hasta que llega a su fin
sacando el fruto mayor;
y después trenza a su gusto
todo lo que aprovechó.

Así lo comparo a Rosas,
el cual por ese tenor
después que de nuestra Patria
con astucia y ambición
para trenzar su fortuna
hizo lonja y la estiró,
le empezó a meter cuchillo:
y vea si se ladió,
y cómo sigue cortando
derecho a su pretensión,
que es uno por uno a todos
desde el rico al pobretón,
al concluir emparejarnos
con su cuchillo y rigor,
sin que naides se le escape,
como hace el desvirador
que repasa los tientitos
de la lonja que acabó.

Esto hemos de ver por fin,
en lugar del galardón,
el descanso y los primores
que tanto nos prometió
dende su primer gobierno,
y lleva ya veintidós
degollando sin piedá,

y sin hacer distinción
de porteños ni orientales,
ni de ninguna nación:
y el infeliz de nosotros
que llegue a la conclusión
de esta guerra y mortandá,
y no quede de mojón
en una loma, ha de ser
mozo gaucho...

SALVADOR: Sí, señor;
ha de ser hombre muy gaucho,
aquel que en esta ocasión
que vamos tan cuesta abajo
no le apriete el mancarrón.

Yo mesmo ando tamañito,
y soy mozo parador;
pero de esta vez no sé
si saldré, amigo Ramón

Ya ve cómo nos apura
tan de cerca el Pardejón,
como Juan Manuel lo llama,
y este otro Flaco collón,
que le anda sacando el cuerpo,
después que le adelantó
medio juego en Entre Ríos,
y que lo menospreció.

RAMÓN Hace bien de recularle;
¿no ve que le ha visto el DOS,
y sabe de que Rivera
es gaucho asigurador,
y se le viene agachando
con un truco superior,
tanto a Oribe como a Rosas?,
porque le juega a los dos
con el manco PAZ que siempre
ha sido sujetador,
y ahora con el cuatro en cruz
se le está haciendo talón.
Y Oribe, ¿qué juego tiene?
que se meta a roncador;
verá si Rivera solo
con cuarenta y tres de flor
lo suspende a los infiernos

Librodot

en cuanto le alce la voz.

SALVADOR: A la cuenta así será:
porque, amigo, vealó
al tal Oribe; aquí está
como poste rascador,
plantado en la playa limpia
de un rodeo sin verdor,
después de tantas bravatas
que en Entre Ríos echó,
diciendo que a esta ciudá
se guasquiaba de un tirón,
sin tener quien le pusiera
la más leve oposición;
y ya hacen treinta semanas
que tomamos el olor
de la ciudá y nada más;
y para esto una porción
rigular de compañeros
ya el diablo se los llevó.

RAMÓN: Yo nunca creí las bravatas
que allá Oribe nos largó,
porque estaba en su interés
hablar con ponderación.
Pero también le asiguro,
que ni Oribe presumió
que Rivera tan al grito
le retrucara a la flor
que el seis de diciembre el Flaco
por fortuna le cuajó.

Pero la guerra y el juego
es igual comparación,
y aunque don Manuel Oribe
en esta tierra nació,
casi es como forastero,
y el tiro de un maniador
no conoce en su provincia:
y Rivera es como Urón,
vaquianazo en estos campos,
gaucho vivo y domador,
que sabe cuando se ofrece
dormírsele a un redomón,
y aflojarle si es preciso,
o tratarlo con rigor.

Librodot

¿No se acuerda cómo a Echagüe,
la primer vez que invadió,
para trairlo hasta Cagancha
la chaguara le aflojó,
y cuando se le hizo güeno
ahí no más se le agachó;
y que el general Badana
ni siquiera bellaquió?
¿Qué no hará con este Oribe
que es hombre tan novatón?,
aunque mezquine la oreja
lo ha de enfrenar, crealó:
todo está en que el viejo Frutos
forme una resolución,
y si llega a suceder
no es la primera ocasión;
porque es capaz de montar
al mesmo Restaurador.

Usté verá de esta vez,
si Rivera entra en calor,
que a las yeguas va a parar
la Santa Federación,
la Mashorca, Oribe, Rosas,
y toda esta reunión.

SALVADOR: ¡La p... unta de San Fernando!,
entonces será mejor
refalarse del corral
en la primer proporción;
porque, a la verdá, estos jefes
andan con mucho jabón,
particularmente Oribe.
¡Ya no puede de flacón!,
y es de miedo al parecer:
¿no será, amigo Ramón?
Eso no más ha de ser,
miedo viejo, y con razón
desde el día que en Solís
Rivera le basurió
toditita la vanguardia,
que ahí no más nos dijuntió
más de cuatrocientos hombres,
sin contar los que agarró
prisioneros ese día.
Pero, paisano Ramón,
¡si viera en los fletes que andan!,
parecen exhalación.

Librodot

¡Eh, p... ucha, y qué tapes bravos!,
mire lo que le pasó
a mi compadre Agapito,
¡que esté gozando de Dios!

Como era tan presumido,
ese día se cortó
solito, porque un soldao
de Rivera lo torió.
Viera, lo que se toparon,
el dijunto le largó
tres balas de un naranjero,
y el tape ni se encogió;
y... ¡Jesucristo le valga!,
cuanto me lo descuidó
al pobre Agapito, amigo,
el corte uno le afirmó
y le sacó media res
limpia, sin ponderación,
porque allá en la rabadilla
prendida se le quedó.
¡Qué hachazo!, ¡barbaridá!,
medio a medio lo partió,
y ahí no más como maletas
sobre el pingo lo dejó.

RAMÓN: ¡Pero qué!, ¿se piensa, amigo,
que esos alarifes son
de arriarlos con el rebenque?,
verá al fin de la función
en qué apuro se ha de ver
este Mariano Violón,
que anda ya con la quijada
caída como mancarrón.
Y vea si se descuida,
y el apuro y aflición
con que a cada istante le hace
chasques al Restaurador,
y oficios y más oficios,
y viajes que es un primor:
se va, se vuelve la escuadra
con más comunicación,
y cañones y morteros,
Cañutero o qué sé yo
lo que es un Mamboretá
que en figura de cañón
han traído para tirar
los cuhetes a la congró,

Librodot

como dice mi teniente
que es más redondo que la O.
Y esto ¿para qué nos sirve?,
para estorbo y confusión;
pues con los cuatro elementos,
ya ve, estamos a ración
de carne flaca y de oveja:
¡que de vaca, sabe Dios
si volveremos a oler!

SALVADOR: Sí, amigo, es una irrisión
el sitio y las mojigangas
que mandan esta invasión:
porque ya ve; los sitiaos
están comiendo mejor
que nosotros... carne gorda,
y cada uno en su galpón
meniándole a la guitarra;
y, si están de mal humor,
a la hora que les da gana
nos sacan en procesión
a balazos y a metralla
y nos echan del fogón:
y si fueran medio pocos;
¡pero qué!, ¡es un borbollón!,
porque han hecho aparcería
hombres de toda nación,
para atrasarnos de firme
en la presente ocasión.

RAMÓN Pues, velay tiene, aparcero,
una prueba la mayor,
de que es injusta la causa
que quiere el Restaurador
sostener con nuestra sangre:
y voy a mostrarseló.

Al principio de esta guerra
Rosas nos engatusó
a una porción de paisanos,
de los cuales pienso yo
que no viven la mitá,
porque él mismo los mató.
¡Cómo ha de ser, compañero!,
cometimos el error
de ayudarlo hasta subir
al mando como subió;

Librodot

porque toda la campaña
sus esperanzas fundó
en que Rosas nos daría
la dicha, la paz, la unión.
Así fue que del gobierno
la rienda se le entregó,
y lo que apretó la cincha,
al sentir que se encogió
Buenos Aires con el peso
de su poder, se afirmó
de piernas, ¡y las espuelas
hasta el diablo le sumió!

Entonces, amigo, en vano
nuestra patria corcovió
por ver si lo soliviaba:
el gaucho se le aguantó,
dándole por la cabeza
hasta que la atolondró;
y, sin alivio, tres años
seguidos la galopió.

Luego, el año treinta y tres,
después que la aniquiló,
rendida, y al consumirse
de flaca, se la soltó
al pobre viejo Balcarce,
que medio la pastorió
cuatro días, porque Rosas
otra vez se la enlazó,
y echándole las caronas
de nuevo, se la montó,
y otros diez años seguidos
pelo a pelo le arrimó,
y por fin la última gota
le ha sacado de sudor.

Y en trece años de este afán
de tiranía y rigor,
no ha podido rematar
(como él dice) la faición
de salvajes unitarios.
¡La pu... nta que lo lambió!,
entonces ¿cuándo se acaba?,
¿no ve, amigo Salvador,
que eso es querer gobernar
contra toda la opinión,
y acabarnos de matar
a todos sin distinción?

Librodot

Y si esto ha de suceder,
¿no será mucho mejor
que salga el río y nos trague,
o se alce algún ventarrón
que nos dé güelta la tierra
y nos apriete en montón,
si tantas calamidades
no han de tener conclusión?
Así es que los extranjeros
que le han tomado afición
a esta tierra, y los paisanos,
se resisten con razón
a que nos devore un tigre:
tal es la comparación
que se puede hacer de Rosas,
pues muerde sin compasión,
y mata a todo cristiano
que se opone a su ambición.

Hacen bien los extranjeros;
por lo demás, dejelós
que se hagan ricos, no le hace:
el hombre trabajador
merece ser aonde quiera
tratado de lo mejor;
sólo a Rosas no le gusta
ver un hombre que a rigor
de trabajar se hace gente,
pues todas sus miras son
proteger a esa pandilla
que tiene a su devoción,
y para eso no repara
en causar la destrución
de todo el mundo: sí, amigo.

Ahora, vea quiénes son
los hombres a quien distingue,
con expresa condición
de que han de ser mashorqueros,
que es decir, loco, ladrón,
asesino, desalmao,
embustero, forzador,
tramposo, borracho, vil,
y serviles, como son
González, Parra, Cuitiño,
ese bruto Salomón,
Maestre, Gaitán, Pablo Alegre,
Bárcena el tuerto, y Violón.

Librodot

Ahí tiene los personages
que en esta revolución
se han elevado a la altura
de aquellos jefes de honor,
que peliaron por la Patria
cuando la Revolución
del 25 de mayo:
como Casteli y Rondó,
Martín Rodríguez, Balcarce,
Savedra, Álvarez, Viamón,
Díaz-Vélez, Martínez, y otros
patriotas de corazón,
que no nombro uno por uno
porque me da compasión
acordarme de esos hombres
y su triste situación.

SALVADOR: Mesmamente: causa pena,
y también le digo yo,
que muchas veces, amigo,
se me quiebra el corazón,
cuando medito a mis solas
en la desesperación
que pone a los hombres Rosas:
cada vez con más rigor
ciego y tenaz persiguiendo,
como tigre rastriador,
a tanta infeliz familia
que en la desdicha mayor,
llenas de necesidad,
a mendigar el favor
salen a tierras extrañas
sólo al amparo de Dios...
y sin consuelo ni hogar
donde llorar su aflición,
al ver sus criaturitas
que gimen en un rincón
por el hambre y desnudez
en que Rosas las sumió,
después que a cada familia
la mitá le degolló.

RAMÓN: Pues bien: si usté se convence
y se arrima a la razón,
es preciso acreditarlo
formando resolución
de abandonar esta causa

Librodot

que nos llena de baldón;
pues estamos sosteniendo
a ese asesino ladrón
y azote de nuestra patria.

Sí, amigo: bastantes son
trece años (vuelvo a decirle)
de ruina y desolación,
sin ninguna otra esperanza
que morir en la custión
los pocos que hemos llegao
con vida hasta la ocasión.

Ésta es de Rosas, paisano,
la principal pretensión;
y escuche si en un istante
no se lo demuestro yo.

Cuando Rosas de los hombres
tiene mucha precisión,
los palmea, los halaga,
y les ofrece un montón
de premios y de riquezas
para el fin de la custión:
pero ¿ese fin cuándo llega?,
¿no estamos viendo usté y yo,
que cuasi todos aquellos
a quienes nos prometió,
hacen diez años, un premio,
ya el diablo se los llevó
y han dejado sus familias
en la miseria mayor?

Pues de eso Rosas se alegra,
porque al fin sus miras son
el que nos maten cuanto antes,
y ansí, amigo Salvador,
ajusta cuenta con todos
los que se comprometió.

Tal es de ruin ese gaucho,
que tiene por condición
que en su vida oferta alguna
a ninguno le cumplió;
ni en sus tratos de negocio
cuando el interés medió:
como les ha sucedido
a muchos que habilitó
con estancias y ganaos,

Librodot

y que al fin allá buscó
pretextos para matarlos,
y con esto chanceló.

De manera que ya ve,
aparcero Salvador,
la esperanza que le queda
si no hace lo que haré yo,
que es dejarle el cuento a Oribe,
y a Marianito Violón,
y largarme a la ciudá
mañana al primer albor
con otros diez compañeros.

SALVADOR: Pues, amigo, vamonós,
ya que Dios ha permitido
que ilumine mi razón
con evidentes verdades
que me sacan de un error.

Así lo siente mi pecho,
le juro, amigo Ramón,
y la luz del sol me falte
si lo engaño esta ocasión.

RAMÓN: No diga eso, amigo Antero,
porque duda la menor
nunca tuve de su fe
ni de su buen corazón;
y mientras Dios le dé vida
viva en esta persuasión.

Con que ansí no hay más que hablar,
manos a la obra y valor,
que la Virgen de Luján
nos ha de dar proporción,
para tener en el pueblo
la grande satisfaición
de abrazar tanto paisano
y amigo que tengo yo,
con los que pienso alegrarme
y gritar sin opresión:
¡Viva el general Rivera!,
¡y muera el Degollador!

SALVADOR:Y ¡viva el general Paz!,

Librodot

manquito sujetador,
que lo ha de dar contra el suelo
al gaucho Restaurador.
¡Y vivan los argentinos!,
que ese tigre desterró,
para que unidos volvamos
algún día, ¡quiera Dios!,
a reparar las desdichas
que nuestra patria sufrió;
y no andemos con quimeras,
ni luego frunciendonós
por crerme yo más que usté,
o crerse usté más que yo:
ni haciéndole asco a los gauchos
como despreciandolós,
tal cual Rosas nos decía
cuando nos engatusó,
y con suavidá y falsía
a todos nos amoló.

Con que ansí, no hay más que hablar,
disponga, amigo Ramón,
y en cuanto se le haga bueno
haremos punta los dos.

Ansí fue que al otro día
antes de salir el sol
se golpiaron en la boca
Contreras y Salvador,
y con otros diez paisanos
se vinieron del tirón
gritando: ¡Viva Rivera!,
y revoliando el latón.

Baldomero el gaucho o la intervención de los californarios en la Banda oriental

Conversación que tuvieron en el cuartel de extramuros de Montevideo, el 9 de abril del año de 1850, los paisanos Anselmo Morales y Rudesindo Olivera, que llegó del Río Grande con carta y noticias lindas para el primero.

MORALES:¡Paisano!, ¿qué es de su vida?
¡Por Cristo!, ¿cuándo ha llegao?
Después de haberle rezao
como a una cosa perdida,
y tanto, amigo Olivera,
que yo me hacía la cuenta,

Librodot

de que ya de su osamenta
¡ni caracuces hubiera!

OLIVERA: Llego, amigazo, ¿qué quiere?,
forcejiando por vivir;
y como suelen decir
«cosa mala nunca muere».

También por eso será
que vengo tan alentao
a ponerme a su mandao
y saber cómo le va.

MORALES: Aquí me tiene, ya ve,
de patriota y de pueblero,
atrás del pleito, aparcero;
sin recular. Sientesé:
pite un cigarro, velay;
le pagaré las albricias
porque me dé las noticias
que presumo que me trai
de esos laos del Continente,
si viene de por allá,
donde dicen que se va
alborotando la gente,
echándola entre otras cosas,
los nuevos CALIFORNARIOS,
de salvajes unitarios
por pisarle el poncho a Rosas.

OLIVERA: Cabal: y ahora que se ofrece
se lo han de pisar no más,
porque los creo capaz,
sí, amigo: y ¿qué le parece?

¿Hasta cuándo hemos de andar
brasileros y orientales
sufriendo como animales,
y dejándonos robar
de esa plaga de asesinos
que, dejándolos en cueros
a infinitos brasileros
de nuestros campos vecinos,
los persiguen y maltratan,
y después de mil ultrajes
como a enemigos salvajes

los azotan o los matan?

Velay, tiene la razón
porque hoy pelea esa gente,
de la cual se ha puesto al frente
un imperial de opinión:
el mesmo que, no lo dude,
sin balacadas ruidosas,
hoy que lo atropella Rosas,
no recula y le sacude.

MORALES: Pues, me parece, ¡barajo!,
muy peliagudo el empeño,
porque es diablo ese porteño,
y puede darles trabajo:
mucho más, cuando al presente
quiere atracarle el bozal
y el sistema federal
al Brasil y al Continente.
Así, no es broma, paisano,
meterse hoy día con él,
porque, dice Juan Manuel,
«que es el gran americano,
y el más terne de la sarta
de los Gobiernos legales...».

OLIVERA: No me jo... robe, Morales,
porque le empaco esta carta,
la mesma que recibí
de su hermano Baldomero
que allá de californiero
lo dejé cuando salí.

MORALES: ¡Amigo!, cuánto apreceo
tener carta tan a tiempo;
velay, que al punto le ruempo
el sobrescrito, y ya leo

Dice así... ¡Qué letra fiera!
Fortuna a que soy letor
de lo lindo lo mejor:
escuche, amigo Olivera.

A DON ANSELMO MORALES

Campamento en

Librodot

Arapey,
división de la
derecha,
a nueve del mes
de marzo,
mil ochocientos
cincuenta.

MI QUERIDO ANSELMO

Con la mejor voluntá
te escribo, hermano, esta vez,
y deseo que te hallés
con salú y felicidá:
que a Dios gracias por acá
yo quedo muy alentao,
y más que nunca enrestao,
como muchos orientales
que con los continentales
nos hemos acomodao.

También por estos contornos
andan, sea como sea,
en reunión de samblea
Santander, Calengo y Hornos:
que, a fin de evitar trastornos,
a Rosas le van a entrar
en discusión... ¡qué amolar!
¿Sabes lo que es discusión?,
es decir que a la invasión
la pensamos basuriar.

Esto, Anselmo, es evidente,
y anda al galope, eso sí;
porque al barón de Yacuí
lo han nombrado Presidente:
jefe que apuradamente
anda con sangre de pato
por dejarlo a Rosas ñato
de una sola manotada;
así, atrás de la nombrada
le ha largao el ultimato.

Por lo cual Silva Tabares,
jefe lindo y brasilero,
y el coronel Juan Severo,
ya están por estos lugares
reuniendo a centenares
mozada continental,

Librodot

que acude como cardal
bien templada por derecho,
y a tirarse cuatro al pecho
con la chusma federal.

Y ¡allá va otra intervención
Río-Grandesa-Oriental,
compuesta en lo principal
de lanza, bala y latón!,
que, sin más alegación
que una peonada fortacha,
de madrugada se agacha
en la sierra o la cuchilla,
y a los rosines que pilla
les menea chuza y hacha.

Y como me gusta el caso,
yo también en la colada
voy con la alma atravesada
y dándole gusto al brazo;
porque me siento buenazo
con gente así parejita,
decidida y unidita,
que a donde topa un estorbo
no le hace asco: pela el corvo
y todo lo facilita.

Así, no hay río-grandés
estanciero ni soldao,
que ya no ande arremangao
contra Rosas de esta vez;
y esta gente, ya sabés
que también sabe pialar
de codo vuelto, y domar,
y prenderle el bracamarte
al demonio en cualquier parte,
cuando se ofrece pelear.

Por eso tengo la pena
de que no estés por aquí
con el barón de Yacuí,
mozo que ha entrao en la buena;
y anda por ver si lo enfrena
y le saca hasta el añil
a ese Rosas, gaucho vil,
que siempre esta balaquiando
de la otra banda, pensando
retozar en el Brasil.

Librodot

A ese mesmo gaucho audaz,
a más gaucho puede que otro
de un pial le solivie el potro
y se le vuelque de atrás:
dejá, hermanito, no más,
que medio apure el invierno,
y el Restaurador eterno
con todo su balaquiar
puede ser que vaya a dar
a la loma del infierno.

Con esa intención no más
lo va apurando el barón,
que es un jefe quebrallón,
mozo, platudo y voraz:
al mesmo que lo tendrás
por esos pagos lueguito,
pues ya pretende el mocito
rumbiar a Montevideo,
animado del deseo
de golpiarse en el Cerrito.

Además, la salvajada
le tiene tanta afición,
que anda detrás del barón
cabrestiando cola alzada:
y el que salga a la cruzada
queriéndonos atajar,
tiene mucho que apretar,
pues, al diablo que endurezca,
donde quiera que se ofrezca
lo hacemos pericantar.

Velay cómo a don Servando,
que es un general guapazo,
y así mesmo, de un albazo
lo sacamos apagando:
porque andaba faroliando
con multitú de escuadrones,
infantería y cañones
del ejército de Rosas,
y con todas esas cosas
perdió el rumbo y los calzones.

Volviéndosele al revés
el plan que Gómez formó
con las vanguardias que echó
de Lamas y de Valdés:
pues Chico Pedro a los tres

Librodot

tanto se les achicó,
que a Lamas me lo dejó
teniendo la caña al frente,
y a Valdés muy suavemente
por un costao se le entró:

Y fingiendo retirada,
al caer el sol, de moquillo
la sierra del Infiernillo
cruzó de una trasnochada:
y al rayar la madrugada
sujetamos, hermanito,
junto a Servando mesmito;
y a las tres de la mañana
en cuanto tocaron diana
le sacudimos... ¡Ah, hijito!

Don Servando, aunque no es vil,
del madrugón se asustó,
y entredormido saltó
a caballo en un barril;
y dé gracias que al candil
una pata le asentó,
que entonces se despertó
queriendo alzar las pistolas,
pero apenas con las bolas
y en camisa disparó.

¡Ahijuna!, ¿y la Rosinada?,
¡la vieras en ese istante
aturdida y vacilante
toda a pie y desmelenada!,
y no les hicimos nada:
tan sólo los manotiamos
medio, medio, y los peinamos,
¡cosa linda!, con pomada;
y luego la caballada
que tenían les compramos.

De allí con Hornos después
nos volvimos sobre el lazo,
a fin de darle un repaso
al yesquerudo Valdés:
al cual por primera vez
fuimos de comisionaos,
a imponerle los trataos
de la nueva entirvinción;
pero tan de sopetón
que el mozo salió a dos laos.

Librodot

En fin, hemos correteao
muy fiero a la Rosinada,
haciéndole una voltiada
del Río Negro a este lao:
en la que sólo ha escapao
Lamas por ser ariscón;
pero, así mesmo, el barón
se ha propuesto arrosinarlo
a su gusto, y manosiarlo
muy pronto, de un madrugón.

Últimamente, sabrás,
Anselmo, que esta guerrita
se ha de poner grandecita
de aquí a unos días no más,
¡con una cola!... verás,
¡soberana de largor !,
en la que el Restaurador
muy fiero se va a enredar,
y lo hemos de hacer gritar
que ¡viva el EMPERADOR!

Con que así, recibirás
lo que te lleva Olivera,
dispensando la friolera
hasta mandarte algo más:
y esas cuatro onzas sabrás,
que a un siete las acerté,
parada que la jugué
con la intención de aliviarte,
y si logro remediarte
con ellas me alegraré.

Lueguito al coronel Tajes
dámele muchas memorias,
y le dirás que en mis glorias
me encuentro en estos parajes,
pensando con los salvajes
volver por allá, siguros
de ponerlos en apuros
a los rosines, sin duda,
y espantarlos con la ayuda
de los criollos de extramuros.

A mi compadre Figueira,
decimelé que en Pay-Paso,
para él me largó un abrazo
una moza brasileira:
y a mi coronel Silveira

Librodot

me le dirás que lo espero,
con un zaino parejero
que vale... ¡mil patacones!,
y le darás expresiones
de tu hermano
BALDOMERO.

MORALES: ¡Ah, carta linda!, ¡y qué apuro
para el crudo Juan Manuel,
tan luego hoy que encima de él
se larga don Sepeduro!...

De orden de Uropa a intimarle
que se retire violento,
y si no lo hace, al momento,
manda la Francia atracarle.

Pues ya del todo caliente,
para hacerle una apretada,
le ha soltao otra manada
de barcos, que, a la presente,
cada rato están llegando
trayendo a bordo, aparcero,
más franceses que aguacero,
y toditos renegando,
porque llegue la ocasión
de pelearlo al porteñazo,
para pegarle un sustazo
si se mete a baladrón.

OLIVERA: Entonces hace la paz
con ellos, de cualquier modo,
y les afloja del todo
si lo asustan.

MORALES: No es capaz:
porque si medio aflojara
después de tanta bambolla,
le sumíamos la boya
en cuanto se descuidara.

OLIVERA Amigo, ¡qué equivocao
con ese embustero está!,
si lo apuran, cejará
como siempre ha reculao.

Librodot

Pues cuando mira las cosas
que lo van poniendo a parto,
se arrastra como lagarto
ese fantástico Rosas;
que es con el débil audaz,
con el fuerte, flojo y ruin;
y de los gauchos, al fin,
el más ladrón y falaz.

MORALES: Con todo, yo le sostengo
que es duro como bigornia.

OLIVERA: Pues, bien; yo de California
a la intervención me atengo:
y le juego lo que quiera
sin levantarme de aquí,
a que el barón de Yacuí
lo ablanda como una cera.

MORALES: Pues yo, amigo, vistas pago;
con que así, no disputemos;
alce el poncho y nos iremos
juntos a tomar un trago,
que de aquí a la pulpería
muy corto trecho nos queda;
y de ahí, si usté no se apeda,
vamos a hacer mediodía
en casa de un maturrango
que tiene un buen bodegón;
y después a la oración
armaremos un fandango
de rechupete, eso sí,
y caña entera, aparcero,
a salú de Baldomero,
y del barón de Yacuí.

OLIVERA: ¿Entonces me hará bailar
con una hembra seguidora?

MORALES: Para eso, amigo, a la AURORA
lo voy a recomendar.

Librodot

Salutación enflautada del gaucho Retobao, a la llegada del almirante Mackau a Montevideo después del tratado que celebró en Buenos Aires con don Juan Manuel Rosas

Dispense, amigo Macote,
si digo mi sentimiento,
porque es la gala de un
gaucho
echar sus quejas al
viento.

Al barón Cipotenciario
que vino con una armada,
en la primera topada
lo ha vencido su contrario:
pues de Rosas temerario
a la ley se sujetó,
y el que de Francia costió
tanto barco con mortero,
del general mashorquero
al freno se sujetó.

Lárguese, amigo, a su pago
arriando su barquería,
con la que yo presumía
que a Rosas le haría estrago,
y luego al primer amago
Batata lo traginó,
pues diz que se le trepó
en la fragata y de un soplo
ahí no más le peló el choclo.
y ¡hasta el diablo le sumió!

¡Voto-alante!, ¡quién pensara
que a nuestro aliao y aparcero
el almirante, tan fiero
Juan Manuel lo revolcara!
Ya se ve, no es cosa rara
que Rosas a un chapetón,
dándole un atropellón,
lo eche por el costillar;
de eso se puede alabar
ese maula baladrón.

Yo pensé que el almirante
fuese guapo y de cacumen,
al ver tamaño volumen
con casaca relumbrante,
y al verlo tan arrogante
desde su vapor tremendo

Librodot

hacer tantísimo estruendo
con sus cañones de a ochenta;
que de todo eso, a la cuenta,
Rosas se estará riyendo.

Pero ahí va la muchachada
del presidente FRUTOSO;
porque el viejo está ganoso
de soltarle la pionada.
En la primera topada
le pienso dar gusto al brazo;
pues del primer chaguarazo,
si no le atraco las bolas,
lo saco haciendo cabriolas
al mariscal de un sogazo.

Si la gauchada oriental
se le agacha como al paro,
puede que le cueste caro
la jugada al mariscal;
¡qué Cristo!, aunque juegue mal
y haga las yuntas que quiera,
si le alza Frutos Rivera,
aunque se la dé empalmada,
en la primer relanciada
le mete la Lujanera.

Dicen que el rey quiebra juego
llegando a cambiar el lao;
si el rey de Francia ha cambiao
se ha de quebrar desde luego.
Dejen que le tome apego
Rosas a la rejugada,
que es fijo que en la cambiada
pierde la carta su ley,
y ahora que se arrima al rey
echa culo en la parada.

Ya de LAVALLE sabemos
de que se le va arrimando,
y que le anda mezquinando
la oreja por lo que vemos:
pero, en cuanto nos juntemos
los paisanos orientales
con los gauchos nacionales
de Lavalle el ternejal,
a la p... ucha el mariscal
va a dar con sus federales.

Librodot

Ya ha comenzado el repunte
nuestro general Rivera,
y en cuatro güeltas espera
que la gauchada se junte:
¡mire, mariscal, qué apunte,
va a tener este verano!
No se muestre tan ufano
porque ha domao a un francés,
que a nosotros, al revés,
nos gusta un amor tirano.

En fin, allá nos veremos;
vaya aprontando a Macana
y juntelo con Badana,
que quizás los asustemos;
pues ya por acá sabemos
que entre toda la manada
de su mashorca mentada
y el bruto más pajarero
el que se espanta más fiero,
despunta en la entrerrianada.

EL RETOBAO.

La Encuhetada o los gauchos y la intervención en el Río de la Plata en 1848

Montevideo, a 18 de agosto de 1848.

Señor patrón y relator del Comercio de la Plata.

Hoy hará una trasnochada
apretando el imprentero,
y allá al rayar el lucero
piensa acabar mi versada.
Siendo ansí, a la madrugada
la echaré en la población;
pero antes hago intención
(se lo alvierto por si acaso)
de ir a pegarle un albazo
llevándosela, patrón.

Por ahora voy a largar
solamente el primer trozo,
y hay otro más cosquilloso,
que después le he de atracar
hasta hacerlo corcoviar
a ese conde PALMETÓN;

Librodot

y le asiguro, patrón,
que no desprecio a otro inglés
más que a ese maula, y después
a otro de un ZAINO RABÓN.

Con que, ya sabe, temprano,
mañana al venir el día,
me cuelo en la imprentería
de HERNÁNDEZ el Valenciano,
y me agarro mano a mano
a cimarroniar con él:
y en cuanto acabe el papel
dándomelo, de ahí mesmito
me guasquiaré, patroncito;
a su casa de tropel.

Verá, señor, con qué esmero
ha pintao la estampería,
que le ha hecho a mi versería
Musiú LEBAS el santero.
¡Ah, francés, lindo!, ansí quiero
pagarle muy rigular;
y ansí tienen que alumbrar
los que pretiendan libritos,
con diez y ocho vintencitos
al tiro y sin culanchear.

Su amigo, LUCIANO CALLEJAS.

Advertencia a los uropeos cosquillosos

Van tres gauchos liberales
a quejarse, con razón,
de una floja y ruin aición
de dos gobiernos desleales.
Siendo gauchos, como tales,
se explicarán sin rodeos,
sin que dentre en sus deseos
ni un remoto pensamiento
de hacer en el fundamento
agravio a los uropeos.

Dedicatoria

Señor conde Palmetón:
a usté por lo bien portao,

y el haberse acreditao
¡tan lindo en su Intervinción!
¡Callejas, de refilón,
a nombre de la gauchada,
le dedica está enflautada,
celebrando entre otras cosas,
que en ancas le largue Rosas
por el Harpy una ensilgada!

¿Sabe lo que es ensilgada?
Es una vaina, patrón,
sin grano, y (con su perdón)
que jiede a bosta quemada:
medio aceitosa, y buscada
en los pagos del Tandil,
y propia para el candil
de cualesquier baladrón;
¡con que, atráquele, patrón,
esa mecha a Mistre-Pil!

La Encuhetada

Sorpresa del gaucho Morales al recibir a su amigo OLIVERA en su rancho junto a las trincheras de Montevideo

¡Cristo!... ¿Si será verdá
lo que dudo en la ocasión?...
Cabal... no es una ilusión...
que es él mesmo... ¡voto-va!,
lléguese, amigo Olivera:
¿Diaónde sale?, ¿qué anda haciendo?

OLIVERA: ¡Tristemente consumiendo
la vida, hasta que Dios quiera!
Ansí caigo a su presencia
dichosamente, aparcero,
pues acá soy forastero
sin la menor conocencia.

MARCELO: Debe serlo, me hago el cargo,
como que de Maldonao
presumo que habrá llegao,
y habrá padecido largo...

OLIVERA: ¡Largo y fiero!... mesmamente:

Librodot

y toda laya de penas,
tanto mías como agenas,
que es mejor que ni las mente,
porque el corazón, lueguito
que dentro a considerar,
se me oprime de pesar
y se me hace chiquitito.

MARCELO: ¡Infeliz viejo Olivera!,
¡lagrimiando!... sientesé;
aunque no tengo, ya ve,
ni un triste tronco siquiera.

Ansí, amigazo, en el suelo
crúcese sobre este hijar;
a bien que no ha de extrañar...

OLIVERA: ¡Qué he de extrañar, ño Marcelo!,
después que me han baquetiao
ocho años de sacrificios
tan crudos, que hasta los vicios
¡sin sentir he olvidao!

MARCELO: Dejuramente lo creo:
porque yo en el mesmo caso
de infelicidá y atraso
con la familia me veo.

Ahora mesmo mi Pilar
cogió y fue desesperada
a vender una frezada,
ganosa de yerbatiar.

OLIVERA: ¿Con que, Dios se la conserva
alentada?...

MARCELO: Y traginista,
mientras la salú le asista:
ya verá como trai yerba,
y tabaco y aguardiente,
y en ancas puede que traiga
la frezada, sin que la haiga
ni empeñao siquieramente.

Librodot

Por lo tanto, a prevención
voy a mandar hacer fuego,
cosa que, en llegando, luego
tomemos un cimarrón...

Con su licencia... ¡Agapito:
vení, llená la caldera!...

AGAPITO: ¡La bendición, ño Olivera!

OLIVERA: ¡Que Dios te haga un santo, hijito!
¡Temeridá que ha crecido
el muchacho!... y memorista:
en cuanto me echó la vista
al golpe me ha conocido.

Vení, largame un abrazo,
rubio amargo... ¿cómo estás?,
y decime... ¿te acordás
de tu potrillo picazo?...

AGAPITO: ¿Cuál?... ¿Aquel bellaco viejo?,
me lo ageniaron cuantuá
en las puntas de Aceguá,
junto con otro azulejo.

Que yo le puse collera
y se lo prendí al picazo,
porque como era malazo
presumí que se me juera.

Y ni bien se aquerenció
cuando cierta madrugada,
con la yunta y la manada
una partida se arrió.

MARCELO: Vaya un recuerdo prolijo
del tiempo de don Echagua:
pero de calentar agua,
¿a que no te acordás, hijo?

Aunque... alvierto a ño Severo
ganoso de hablar con vos;
así, quédense los dos,
que voy y vuelvo ligero.

Librodot

OLIVERA: Bueno, paisano... ¿Con que,
Agapito, ahora andarás
como andamos, a cual más
atrasao, pobre y a pie?

AGAPITO: Pobre, a veces suelo andar,
y ansí mesmo siempre yo
me amaño, creameló,
y agenceo qué ensillar.

Luego verá, ño Severo,
un potrillo pangaré,
¡lindo!, que le traginé
a un inglés, que fue chasquero:

Y salía cola alzada
ajuera continuamente,
y de ahí volvía caliente
a presumir en la Aguada:

Aonde se apea y se cuela
atrás de cualquier muchacha,
a pesar que tiene facha
de más zonzo que su agüela...

OLIVERA: ¡La del inglés, Agapito!...
¡barajo!... no te turbés...

AGAPITO ¿Cuál quiere que sea, pues?,
la del Bisquete mesmito:
ese maula que cruzaba
lo mesmo que autoridá,
del Cerrito a la Ciudá,
y aquí nos menospreciaba...

Tanto, que a mí en la avanzada,
porque le pedí un cigarro,
si no ando vivo, en el barro
me arronja de una pechada.

¡Ahijuna!... y se la juré.
Ansí un día que salió
de mañanita y volvió
trayendo el tal pangaré,

dije entre mí... «¡si te pillo

hoy en pedo lo verás,
matucho, si te me vas
golpiao y sin el potrillo!».

OLIVERA: ¡La purísima, el muchacho,
que es propio para un descuido!,
me alegra que haigás salido
alentao y vivaracho.

Proseguí, no te parés,
que recién me va gustando.

AGAPITO: Pues, como le iba contando,
resolví dende esa vez
no darle alce ni cuartel,
y sobre el rastro ahí no más
largámele por atrás,
¡y que se me iba el infiel!

Alvierta, señó Severo,
que dende que lo seguí,
y aun antes, ya conocí
que el pingo era pajarero.

De suerte que en cuanto entró
en el pueblo esa mañana,
le dio al potrillo la gana
de espantarse, y se tendió.

Y ya por el costillar
lo echó al hombre de cabeza,
y en colmo de la maleza
medio lo empezó a arrastrar.

Porque al cair, en la estribera
de una pata lo enredó,
fortuna que reventó
el ojal de la arcionera.

Entonces echó el caballo
a disparar como flecha
por esa calle derecha
del Veinticinco de Mayo:

Y yo atrás dél me largué,
hasta que allá entre las tiendas
se enredó fiero en las riendas,

Librodot

se sofrenó y lo agarré.

SEVERO: Mirá el diablo... ¡de manera
que en cuanto lo asiguraste,
de ahí mesmo ya enderezaste
a media rienda hasta juera!

AGAPITO: Al contrario, le aflojé
la cincha, y bajo la silla
el tronco de una costilla
de punta le acomodé.

Luego le cinché flojito,
dejando el cuhete tapao,
y el pingo, por de contao,
comenzó a lomiar lueguito.

Últimamente, tirando
volví a traírselo al inglés,
al cual lo encontré otra vez
alentao y renegando.

Y después que le arreglé
el estribo como pude,
dije entre mí: ¡Dios te ayude!...
y el potrillo le arrimé.

Con que, patrón... ¿cómo se halla?,
le pregunté medio en broma;
y él me contestó en su aidioma:
«¡Machi diabli la caballa!».

Y al verlo en disposición
de montar, cuasi me río;
porque... cuándo... ¡Cristo mío!,
¡se aguantaba el chapetón!

Mesmamente, la acerté.
El hombre apenas montó,
y ni bien se acomodó,
¡la gran... punta el pangaré!

Cuanto le asentó la nalga
a-la-inglesa, y con el peso
le hizo tomar gusto al güeso,
se encogió, y ¡Cristo le valga!

Conoció al ginete tierno,
y al pingo se le hizo robo
aliviarse, y de un corcovo
echó la carga al infierno...

OLIVERA:¡Óiganle al matucho inglés!,
¡cómo aflojó de un tirón...
y tan altivos que son
en sus barcos!... y ¿después?

AGAPITO: Hasta frente a un conventillo
que le llaman de Pozolo,
siguió guasquiándose solo
y corcoviando el potrillo:

Tanto, que al fin se quedó
en pelos completamente,
y como era consiguiente
entonces se sosegó.

Ahi-mesmito lo agarré;
y... «¡ahora sí, lo verás, Laucha,
si has de pelar esta chaucha!»,
le dije, y me le senté.

Y dende allí cachetiando
y meniándole talón,
me fui a golpiar del tirón
a la Aguada disparando.

Y como hasta hoy en el pago
ni el inglés me lo ha cobrao,
que lo habrá descogotao
es la cuenta que yo me hago.

Con que ansí, señó Olivera,
supuesto que se halla a pie,
disponga del pangaré
como guste y cuando quiera...

MARCELO: Pero, hijito, ¿todavía
estás meniándole taba ?,
¿y usté soltando la baba,
aparcero? ¡Virgen mía!

Librodot

OLIVERA: ¡Voto-alante, ño Marcelo!,
por su tardanza ha perdido
de oír cómo me ha divertido
su Agapito, que es un cielo,
y gaucho crudo y a macho:

MARCELO: Y prosista más que todo
si no, repare del modo
con que a mí me largó el guacho
de hacer fuego y calentar
la agua que yo le mandé.
¡Ah, diablito!... pero... che,
¡velay, acá está Pilar!...

PILAR: ¡Aparcero ño Olivera,
gracias a Dios que lo veo!,
¿y ña Petrona, y Mateo?...

OLIVERA: A su mandao, aparcera.

MARCELO: ¡María Santísima!, amigo,
perdone si he olvidao
el haberle preguntao
por su mujer... pucha digo:

OLIVERA: Recién se acaba de apiar,
y ya quería venir;
pero no puede salir
basta medio pelecha.

PILAR: ¡Por vida!... Y ¿cómo les ha ido
en tanto apuro o redota?

OLIVERA: ¡Hágase cargo!... en pelota,
y en montón hemos venido:

Pues mandaron embarcar
de un modo tan redepente,
que fue rejuntar la gente:
y al momento de mandar,

como aguacero a la costa

Librodot

la botería acudió,
y el criollaje ahí se juntó
como manga de langosta.

De ahí empezaron a echar
viajes al barco a menudo,
y en el bordo como pudo
nos hizo desparramar...

Del pértigo a la culata
de un barcazo roncador,
ñato viejo y rodador
a impulsos de una fogata:

Cosquilloso a una ruedita
que de atrás un marinero
se le prendió a lo carnero,
como haciéndole colita.

Pero, paisana... ¡qué cosa
de barco tan maquinal!,
y grandote el animal
de una manera asombrosa.

Oiga, le relataré
la laya de barco que era:
que no es fácil, aparcera;
pero, en fin, me amañaré.

Era un barco... ¡tamañazo!,
de madera de mi flor,
y tendría de largor
como dos tiros de lazo.

En la barriga tenía
un pozo, donde se apiaba
la gente que traginaba
en pura carbonería.

Arriba los comendantes
rodeaos de la oficialada,
y mucha marinerada,
con sombreros relumbrantes.

Que a unos horcones tan altos,
que en las nubes se perdían,
por unas cuerdas subían
de tropel y dando saltos.

Librodot

Abajo había cuarteles
y corrales y galpones;
y encima grandes cañones
con rondanas y cordeles.

Y un cañuto ¡temerario!
enterrao yo no sé cómo
en lo más ancho del lomo,
y más allá un campanario:

Y luego en cada costao
una rueda con aletas,
que no he visto ni en carretas
de esa laya de rodao.

Viese, aparcera, al montar,
¡qué julepe y qué jabón
nos pegó una quemazón
que abajo entró a reventar!...

Y ver salir apuraos
como avestruces corridos...
los hombres, que a unos chiflidos
subían todos tiznaos.

Yo me empecé a refalar
el poncho para aliviarme,
y estuve por azotarme
como carpincho a la mar.

Pero supe que de intento
prendían abajo el fuego,
y vi a un oficial que luego
se puso a vichar atento.

Y en cuanto por el cañuto
vido salir la humadera,
le aflojaron, aparcera,
y echó a correr ese bruto.

A dos laos, y relinchando,
campo ajuera salió al mar,
aonde empezó a bellaquiar:
y ya nos juimos echando.

Luego no más, en tendales
quedó todito el hembraje,
y atrasito entró el machaje
a rodar como costales.

Al momento una fatiga
y un asco tal nos entró,
que a todos nos revolvió
tan de-una-vez la barriga...

Que con los ojos saltaos,
haciendo juerza bramaban
los criollos, y gomitaban
quedando despatarros:

Y sin poder aguantar
a semejante alboroto,
hasta el último poroto
nos hizo desembuchar.

Ansí he cruzao el camino
con todito ese trabajo,
y he venido cuesta abajo
a entregármele al destino.

MARCELO: ¿Ha visto cuán rigoroso
el nuestro nos ha salido,
que a todos nos ha sumido
en un abismo espantoso?

¿Y cuánta sangre y estrago
aún devora nuestra tierra?,
sin terminarse esta guerra,
porque hay hombres...

PILAR: Eche un trago;
y arme , aparcero: velay
papel, tabaco y facón,
pues alvierto en la ocasión
que usté ni cuchillo trai.

OLIVERA: Cabal, paisana: ni quiero
negarle que traigo apenas
muy poca sangre en las venas,
y ojales por todo el cuero.

MARCELO: ¿Y cuándo, amigo, al remate,
de esta custión llegaremos?
¡Por Cristo!, que ya debemos
tener juicio y...

Librodot

AGAPITO: Velay mate.

MARCELO: ¿Será posible que siendo
tan poquitos los paisanos,
como fieras entre hermanos
nos sigamos destruyendo?

Usté que tiene experencia
profunda, y conocimiento,
y en cada razonamiento
el poder de una sentencia:

Diga, si por desventura
nos ha condenao el cielo
a tener el desconsuelo
de cair a la sepultura...

Sin que logremos jamás
bendecir a cualesquiera
que a nuestros hijos siquiera
les ponga su tierra en paz...

OLIVERA: Sí, amigo: no desespere
de que esta calamidá
puede terminarse ya
si la Virgen y Dios quiere.

Pues ya sabe que en la vida
no hay cosa que no termine,
por más que el hombre imagine
de que no tiene medida.

MARCELO: Con todo eso, van ocho años
de ruina que hemos tenido;
¡y en la guerra hemos sufrido
tan amargos desengaños!...

De ambición en los de acá
hasta asigurar el mono,
y a lo último de abandono
y perfidia en los de allá...

¿No ha visto de Ingalaterra
y de Francia, lo que han hecho
con nosotros, que hasta el pecho
nos han metido en la guerra?

Librodot

Haciendo al principio roncha
con tanta alianza y promesa,
y a lo último con vileza
juir y meterse en la concha...

Queriéndonos entregar
después de sacrificaos
por esos mesmos aliaos
que nos han hecho matar...

¡Maltidos sean... ahijuna,
ciertos monarcas del mundo,
a quienes odio profundo
les juro y piedá ninguna!

Y de corazón, quisiera
que cierto rey reculao
algún día ande arrumbao
y con las tripas de juera.

Pues, si algún criollo no sale
a sacarnos de este infierno,
será nuestro mal eterno,
¡y cairse muerto más vale!

OLIVERA: Dejuro, tiene razón
de quejarse y renegar;
pues a eso ha dado lugar
la ruinosa Entrivención:

Que la figura más ñata
con fantástico poder,
es lo que ha venido hacer
en el Río de la Plata.

Ansí es, paisano Marcelo,
que me alegro de que Rosas
a esas potencias famosas
hoy las humille hasta el suelo.

Sin que ninguno le ladre
de esos diablos coronaos,
que de miedo y sobajeaos.
lo están haciendo compadre:

Y le quitan el bocleo
como diciendo: «nos vamos,

y velay que te entregamos
por junto a Montevideo».

Aonde nos echan bravatas
a nosotros, pero a aquel,
al tirano Juan Manuel
lo saludan con fragatas.

En fin, usté me ha templao,
y malo es que me caliente;
pero... deme el aguardiente,
y luego me oirá, cuñao.

MARCELO: ¡Ah, viejo terne!... de balde
lo traquea la vejez,
se conserva cada vez
con más letras que un alcalde.

Sí, amigo: me ha de gustar
oírlo a usté, y oír a Callejas;
casualmente hacen parejas
en el modo de pensar.

OLIVERA: ¿Con que, mi amigo Luciano,
también anda por acá?,
me alegro: y ¿cómo le va?

MARCELO: Rigularmente paisano.

Hoy ha venido un ganao
que lo están desembarcando,
y allí lo dejé enlazando
por seis pesos y un asao.

Y ahí mesmo me asiguró
que viene a hacer mediodía,
conmigo, y que me trairía
vino duro, y ¡qué sé yo!

De suerte que comeremos;
y luego con mi patrona
a traer a señá Petrona
al cuartel nos largaremos.

Pero... ¿usté está cabeciando?
Mal dormido... ya se ve...

Librodot

OLIVERA: Es verdá...

MARCELO: ...Pues echesé,
vaya medio dormitando.

Y... andá, Pilar, por favor,
mientras duerme ño Severo,
ve si te empriesta el pulpero
un vaso y el asador.

Y en cuanto llegue Luciano,
la venida de Olivera,
celebraremos siquiera
con un pedo soberano.

Ansí, apróntate, mujer,
como para cocinar;
que yo voy a traginar
más leña, que es menester.

Vos, Agapito, por la olla
andá al muelle, ya sabés...

AGAPITO: ¿Y si me topa el inglés?

PILAR: Sumile, hijito, la bolla.

AGAPITO: Entonces, por si lo pillo,
y me atropella Balija,
para irme más a la fija
voy a llevar mi cuchillo.

Pues, si me atraviesa el zaino
en que ahora anda, y con la tranca
me ataja, y volea la anca,
ahí mesmo le desenvaino...

MARCELO: Salí... maula... farolero:
si te ronca, ¿qué has de hacer?

AGAPITO: Nadita... aunque... ¡puede ser
que le haga sonar el cuero!

Librodot

Al nacimiento de Geromo

Campamento en Montevideo, al lao zurdo de la Zanja, el 21 de julio, el día de SAN GEROMO.

Aparcero Jacinto, me hará la gracia de imprentarme esa versada, porque quiero celebrar a un cogotudo que anda «amontonando laureles» a la par de Alderete y su tropilla; como les ha dicho el paisanito Lasala el 17 julio en un papel de letra de molde, más tierno que un zapallal: porque a lo último bien claramente se explica diciéndoles que «el Sol los contempla y que Dios los ayude en este invierno para que puedan con la carga». ¡Mire qué maravilla de mozo ladino!

Con que, será hasta la vista, que bien ganoso ando de darle un vistazo.

Su aparcero, ROCAMORA.

A la salú y nacimiento de don Geromo Frasco, o de cualquier ministro de Alderete.

¡Téngalos muy felices,
señó GEROMO!,
y Dios me lo conserve
sano del lomo,
para que cargue
su montón de laureles,
cuando se largue.

Tin tin de la Aguada,
tin tin del Cordón:
no se me entristezca,
póngase alegrón.

Allá va giniebra, coñaque y anís:
a ver si se alegra y baila el mis-mis...
con gallardía,
para que lo publique
la orden del día.

A estas horas le estoy
adivinando
que le están los ojitos
relampaguiando.

¡Escupa, amigo!,
y no se eche las babas
en el umbligo.

Tin tin por la Aguada
tin tin o el Cordón,
cuidado no pegue

algún trompezón
con un inglesito llamado SAMUEL,
que ha de darle sueño toparse con él;
que al Miguelete
se larga, por hacerles
un bifisquete.

Dígale de mi parte
a don Panchito,
el que larga poclamas
desde el Cerrito...

Que es un Salomón
y el mozo más ladino
de la expedición.

Tin tin de la Aguada,
tin tin del Cordón
ya los bonetudos
ofrecen perdón;
porque don Ciriaco, Lasala y Turpín,
andan con el lomo como un espadín...
en este apuro,
en que ningún rosín
está siguro.

Con que, amigo GEROMO,
¡que Dios lo ayude!,
y que el Sol lo contemple
sin que estornude.

Y no se ofusque,
que salga algún Musiur
y lo desnuque.

Tin tin por la Aguada,
tin tin y el Cordón,
andan los rosines
medio en confusión;
como los baguales cuando los acosan,
que medio se empacan y medio retozan...
hasta que al cabo
a bolas se les liga
patas y rabo.

Librodot

Pocos días después de que en la Horqueta del Rosario fue batida la columna del general Núñez por las fuerzas del general Rivera, irritado Rosas por tal descalabro, mandó publicar un artículo en la Gaceta Mercantil de Buenos Aires negando completamente tal derrota, y diciendo que, por el contrario, Núñez se había incorporado intacto el ejército de Urquiza, y este a Oribe, quien con tales refuerzos había intentado un reconocimiento para asaltar luego las trincheras de Montevideo, de las cuales con esa sola operación Oribe había conseguido el que todos los defensores de la plaza huyesen aterrorizados; y que los extranjeros armados, esa noche salieran desbandados a robar y matar en la ciudad.

El mismo artículo, después de otras mentiras, decía también, que la extrema miseria del Gobierno de Montevideo lo había puesto en el caso de ordenar al señor Lamas (jefe de Policía entonces) que violentamente le sacara una fuerte contribución pecuniaria a un don Juan M. Pérez (a quien nunca se le pidió un real para la defensa), y que Pérez había abierto sus cofres, de los cuales el señor Lamas habíale sacado los únicos cuarenta y cinco patacones que tenía el señor Pérez en esos días.

Por último, el artículo decía también, que el señor Lamas arbitrariamente había mandado fusilar por la espalda a varios orientales oribistas, porque tenían armamento escondido y preparado para una revolución en favor de Rosas, la cual se les había descubierto, etc., ¡qué mentir de Restaurador!

La nota embustera que se deja referida, dio lugar a la siguiente composición.

Brama el tigre

Oigan lo que dice Rosas
el día ocho de este mes,
en un Gacetón que suelta
más bravo que un buscapiés.

Dice que acá repicaron
al pedo la vez pasada:
que ¿cuándo le han hecho nada
ni a Núñez lo revolcaron,
si juntos se incorporaron
con Urquiza en el Cerrito?,
y veremos si lueguito
Oribe nos basurea
y nos saca una manea
a cada oriental... ¡Ah, hijito!

Dice que nos asustaron
la otra noche los rosines,
pues sólo con sus clarines
acá ya se alborotaron:
que las campanas sonaron,
y se juntó la gringada
saliendo desesperada

a robar por la ciudá,
y de la zanja, ¡ja, ja!,
corrió la gente asustada...

Que ninguno se ha pasao,
dice también con frescura:
que aquí todo es impostura
y un mentir desesperao.
Que a naides han degollao
sus mashorqueros jamás:
¡eh, pucha, el gaucho falaz!,
pues dice que los rosines
nos corren como mastines...
¡de hambre será y nada más!

Dice que mandó el Gobierno,
apurao el otro día,
saquiarle a un don Juan María
más patacones que infierno:
que el hombre se mostró tierno
para que le soliviaran,
y dejó que le robaran
cuarenta y cinco no más...
¡Vaya un paisano voraz!,
¡puede ser que lo ablandaran!

Del jefe de Polecía,
dice que está muy caliente
y afusilando a la gente
por la espalda todo el día;
porque tiene una armería
escondida en la ciudá:
tal es la fidelidá
de los buenos orientales
a Oribe y sus federales.
¡Cristo!... ¡qué barbaridá!

Dice al fin que al COMODORO
ya verán como le va;
pues, Ingalaterra está
contra Purvis como un toro,
que no es inglés, sino moro,
que ojalá lo descuarticen,
y lo frían y lo guisen:
que aunque los dé contra el suelo,
los rosines por consuelo
todo el día lo maldicen.

Librodot

En los últimos meses del año 1818, dirigió Rosas a la Sala de Representantes una nota acompañando unos documentos y un tratado, y para ocultar los nombres de las personas que se decían comprometidas en ellos, las determinaba con enes: el ministro N. N., el diputado N. N., el coronel N. N.; y para ridiculizar esta patraña del tirano se escribió la siguiente composición.

Aviso anunciando la aparición de La Indireuta

SEÑOR EDITOR Y PAISANO

No tan sólo Rosas tiene
nueva laya de escrebir,
y de amolar y embutir
al ñudo tanta N... N.,
ahora de atrás se nos viene
un chasquero inglés de Flandes
largando otras enes grandes
que ni Cristo las entiende,
ni el librero que las vende
en lo del amigo Hernández.

¿No ha visto, patrón, las enes?,
vaya, y lea por favor;
aunque le será mejor
aflojar ocho vintenes,
para no andar con va-y-vienes
un hombre así como usté.
Con que, afloje y digamé,
después que lea la cosa,
si entiende esa geringoza...
y se lo agradeceré.

ROCAMORA.

La Indireuta

Allá van estos ENTRESES
contra EL CABALLO RABÓN:
con el permiso y perdón
de los AMIGOS ingleses.

Para el Federal más chocho

del pago de la Raleise:

Aguada y noviembre trece

del año cuarenta y ocho.

Señor comeloro Herbete.

Mi comadre tiene una hija
que expliquí-tu-macho inglés,
y a esa le escribe esta vez
un tal don N. Balija:
diciéndole que a la fija,
en la semana que viene,
usté empluma, pues ya tiene
orden de ser reculao
por rosín y apasionao
a don N. N. de N.

Tal noticia, en el cuartel,
a la tropa le gustó,
y luego la celebró
a cencerro y cascabel:
porque dijo el coronel,
que el mesmo N. le ha escrebido
así también, persuadido
que usté alza moño y se va:
noticia que en la ciudá
de N. y más N. ha salido.

Pero ¿por Cristo?, tanta N.
¿qué diablos quiere decir?,
¿y ese modo de escrebir
con qué Balija se viene?
Yo, patrón, que me condene
si lo entiendo, y no soy bruto:
al contrario, me reputo
por lenguaraz en inglés;
velay si me explico: -Yes,
¡Gotejel y very guto!

Con todo, no es duda poca
la que tengo, y me interesa
que usté se largue de priesa,
para golpiarles la boca
a las hembras, que les toca
llorar su ausencia, patrón;
porque usté tiene opinión
de galante y bien portao;
y de ¡muy aficionao!
a la cachucha y al ron.

Librodot

¿Al ron dije?, he dicho mal,
queriendo decir al rin,
a lo que usté es bailarín
de lo lindo y principal:
como afeuto sin igual
a bailar la refalosa,
pues me asigura una moza,
de que usté salía enfermo
de calor, cuando en Palermo
bailaba con Ene Sosa.

¡Ah, gaucho!... de esa manera
con otras habilidades
cautivó las voluntades
de la gente mashorquera;
y hasta el Ilustre, aonde quiera
presume de su amigazo,
diciendo que usté es buenazo,
hombre llano y sin bambolla,
y para hacer una embrolla
¡ahijuna... superiorazo!

Y dice, que, en esta guerra,
usté a chismes y cabriolas
lo enredó y le ató las bolas
al Ministro de su tierra;
y que hoy en Ingalaterra
N. N. Palmetón,
lerdo viejo barrigón,
recién entra a corcoviar,
como queriendo largar
las bolas por el garrón.

¡Ah, hombre infeliz!, que se fiaba
en su comeloro inglés,
siendo federal como es
desde el pelo hasta la taba,
y el mesmo que se tiraba
al vizconde chapetón
y a la inglesada en montón;
porque usté don N. N.
¡la p... ucha!, dicen que tiene
más alma que un redomón.

Por eso le arrima guasca
la inglesería todita,
y allá en su lengua le grita,
San-Babichi-deme-rasca:
y es justo que se complazca

en que lo haigan reculao,
porque usté los ha dejao
metidos en el pantano,
y que el Gran Americano
se los haiga traginao.

Así dicen sus paisanos
don N. y don N. N.
de que su ausencia le viene
lindamente a los Britanos:
y alzan al cielo las manos
creyendo que usté se va;
y diz que esa noche habrá
luminarias, cuhetería,
y pedo y musiquería,
¡todo con temeridá!

Ojalá esté despachao,
y del Río de la Plata
se largue con su fregata
a enredar por otro lao.
Mire que si el agraviao
fuese yo, siendo Gobierno,
atrás le soplaba un cuerno
a quien tan mal me tratase,
y le hacía que mosquiase
hasta el rincón del infierno.

En fin, patrón, me despido
deseando que le aproveche
esta INDIREUTA; y no la eche
en el rincón del olvido.
Luego, por favor le pido,
(y no extrañe que apetezca,
ni de que yo le agradezca
hallándome tan delgao)
el que me largue un asao,
si le sobra CARNE FRESCA.

Luego me dispensará
que, siendo gaucho y soldao,
de escrebirle me he tomao
la confianza y libertá,
por lo que, si mi amistá
le agradare y le conviene,
en la avanzada me tiene
siempre a su disposición:
con que, adiosito, patrón.

Librodot

N. N. N. N.

P. D.
Si se va y me hace el favor130
de hacerse cargo de un choclo
para el coronel Cradoclo
se lo estimaré, señor;
pues apreceo a ese Lor
don N. de Morondanga,
desde que armó la bullanga
en el Janeiro ahora poco,
porque un negro medio loco
le chulió a la maturranga.

VALE.- N. N.

Contestación de Jacinto Cielo

A un bonetudo que de hambre
me remitió esa canción,
le mando en contestación
estas coplas y un matambre.

Mirá, trompeta rosín:
si sos capaz de agarrarme,
a gusto dejo tocarme
tu Refalosa y tin tin.

Pero, si no te das maña,
cuando te topés conmigo,
sin tanta bulla te digo
que has de largar ¡una entraña!

Siendo así, no hablemos más,
seguí con tu refalosa:
pero al fin... ¿no será cosa
que te las prienda de atrás?

Porque ya los mashorqueros
muy fiero han mostrao la hilacha;
y si uno se les agacha
salen como parejeros.

Con que, será hasta después:
y aunque roncás y me gruñes,
dale memorias a Núñez
si por fortuna lo ves.

Librodot

JACINTO CIELO

Carta ensilgada que le escribió el gaucho Juan de Dios Chaná, soldado de la escolta del general Rivera para don Antonio Tier, ministro que fue de la ciudad de Francia en 1840

Campamento general
al frente
del Cerro Largo:
a
veintinueve de agosto
del año
cuarenta cuatro.

Don Tier: voy con su licencia
a escrebirle de atrevido,
aunque jamás he tenido
con usté una conocencia:
pues sólo la buena ausiencia
que ha hecho usté de la opinión
que defiendo en la ocasión,
es la que me ha decidido
a ofrecerle agradecido
mi cabal estimación.

Tal es, que si lo topara
algún día en un apuro,
por sacarlo le asiguro
ni la vida mezquinara.
¡Ah, malhaya, se animara
y a estos pagos se viniera!,
para que yo mereciera
entonces servirle en algo,
pues, aunque de poco valgo
puede ser que lo sirviera.

En esta conformidá
me le daré a conocer,
porque, al fin, pudiera ser
que yo caiga por allá.
Soy Juan de Dios el Chaná,
gaucho salvage y negao,
forastero desgraciao
que rueda en tierras agenas,
por no arrastrar las cadenas
de un tirano endemoniao.

Ése es Rosas, a quien tengo
que rastrear toda mi vida,
sigún la fe decidida

Librodot

que de aujerearlo mantengo,
porque yo también sostengo,
sin recularle al mejor,
que ese vil degollador
todita su vida fue,
lo mesmo que ha dicho usté,
un brigán o salteador.

¡Le cae tan lindo en francés
brigán a Rosas, ahijuna!,
como cae a treinta y una
para con veintiocho el tres.
Mesmamente, de esta vez
usté el nombre le ha acertao,
y tanto nos ha gustao
su agachada de brigán,
que como copla o refrán
entre el gauchage ha quedao.

Pero, extrañamos, patrón,
que un hombre tan escrebido
como usté, se haiga metido
en tratos con un ladrón.
Así es que su Convención
de octubre estuvo muy ñata,
y, si le he de hablar en plata,
diré que está bien empleao
que Rosas se haiga burlao
tan fiero de su contrata.

De balde ahora alega usté
que Rosas no le ha cumplido;
como diciendo: «se me ha ido
con las bolas que le até».
Ni por esas, ya lo ve:
dos ministros a la par
le han salido a retrucar
diciendo: «no te quejés,
porque vos mesmo esa vez
lo dejaste retozar».

¡Ah, patrón!... cuando se halló
lindamente acomodao,
antes de ser reculao
del cargo que disfrutó,
no sé cómo se mostró
tan manso y tan halagüeño,
ni por qué hizo tanto empeño
en tratar con Juan Manuel;

Librodot

pues, de atrás quejarse de él,
mesmamente causa sueño.

De suerte que, aunque sabemos
cuánto alega por nosotros,
como se lo cruzan otros
poca esperanza tenemos:
¿ni qué quiere que esperemos
de hombres como don Guisote,
si usté no les pega un trote,
y los echa cuesta abajo,
a que no le den trabajo
tantos maulas y Macote?

Usté me dispensará
si le hablo en este lenguaje,
pues como gaucho salvaje
me explico con claridá:
pero mire que de allá
han caído por estos laos,
de esos maulas retobaos
con veneras y medallas,
que ¡al diablo le dan tres rayas
a rudos y desalmaos!

No quiero decir por esto
que jamás ningún francés
vuelva a llevarme otra vez,
como dicen «del cabresto»;
por eso si le protesto
y le digo con verdá,
que los franceses de acá
son hombres de mejor ley
que algunos que mandó el rey
a traginarnos de allá.

Tal vez por eso en usté
no todos tengan confianza,
y ahora se les haga chanza
su afición, (dispensemé).
¿Qué quiere, señor?, ya ve,
si anda la gente ariscona,
es porque de las caronas
que nos echó en su tratao,
a muchos nos han quedao
las uñeras frescachonas.

Velay: y temen que vaya
de esta vez haciendo el juego

Librodot

a costa nuestra, y que luego
salga diciendo: «otro talla»
y como ahora usté no se halla
lo mejor asigurao,
presumen que haiga formao
con los salvajes pretexto
para calzar cierto puesto,
y de ahí hacernos a un lao.

¿A qué le he de andar mintiendo,
si eso malician de usté?,
y asiguran, creamé,
de que nos está meciendo,
pero acá yo lo defiendo
¡en su lindo!, a la verdad;
y así con ingenuidá
usté pudiera decirme,
si ahora es moquillo o es firme
su decisión y amistá.

Por lo demás, no hay cuidao,
aun cuando a la Entirvención
se le aplaste el mancarrón
antes que llegue a este lao;
que ha de ser el resultao,
si usté la quiere apurar,
después que le hizo aguachar
el pingo cuando el tratao:
y estando el pingo aguachao
dejuro se ha de aplastar.

Eso fue la vez pasada,
como cuatro años harán,
luego que el viejo Leblán
alzó moño con la armada;
y cuando aquella ensartada
de nuestra alianza famosa,
en que, después de la prosa,
que la Francia nos metió,
al fin solos nos dejó
a sufrir la refalosa.

¡Ah, viejo ese don Leblán,
tan buenazo y sin dobleces!,
creo que entre los franceses
pocos de su laya habrán:
pues naides con más afán
voltiar a Rosas pensó;
pero se le atravesó

por desgracia Doputié,
que el diablo no sé por qué
antes no se lo llevó.

Me acuerdo que en cuanto vino,
otro viejo, un tal Dupuí,
se apareció por aquí
medio despiao y chapino,
y ya le salió al camino,
y al fin ganó mucha plata,
haciendo que don Batata
con Doputié platicara
mano a mano, y se mamara
almorzando en la fregata.

Después que se retiró
don Leblán de estos destinos,
que orientales y argentinos,
todo vicho lo sintió:
lo mesmo que se alentó
todo el mundo a su llegada,
hasta hacer una pueblada
al principio del bocleo,
cuando le paró rodeo
a Rosas nuestra gauchada.

¡Viese, patrón, qué mozada
se le alzó al Degollador!,
créame que fue la flor
de nuestra gente hacendada
pero más acostumbrada
a lidiar con lazo y bolas
que con sable y tercerolas,
anduvo medio trabada,
y en la primera topada
dejamos las mentas solas.

Dejamos digo, porque
yo también de Chascomún
al apurar el ¡tun!... ¡tun!,
ya salí tendiendomé,
y a rebenque enderecé
rumbiando al rincón de Ajó,
aonde mesmo enderezó
el resto de la gauchada,
que caliente y de coplada
a los barcos acudió.

Pues don Leblán que sabía

que Rosas nos apuraba,
por si acaso nos golpiaba
nos mandó su barquería:
¡ah, Francés que nos quería!,
lo mesmo la oficialada;
y de ahí la marinerada
tan liberal y corriente:
¡viera usté en que redepente
se embarcó a la paisanada!

¡Ah, Cristo!, ¡qué sentimiento
tuve al soltar mi gatiao
y después liar el recao
para embarcarme al momento!...
Pero bien o mal contento
me arremangué el chiripá,
y «obre Dios, dije, allá va
Juan de Dios, ¡cómo ha de ser!,
si el destino es padecer,
cúmplase su voluntá».

Ahí no más nos embarcó
un oficial en el bote,
que se llamaba el canote,
y echando diablos salió,
hasta que fue y sujetó
allá en el medio del río,
junto a un barco, ¡Cristo mío!,
morrudo como un galpón,
y que era una confusión
de cañones y gentío.

Montó al bordo el oficial
cuanto tocaron el pito,
y de subir al ratito
a mí me hicieron señal:
yo me le prendí a un torzal
que a una escalera colgaba;
porque, amigo, se me andaba
la cabeza dando güeltas,
y aun las entrañas revueltas
sentía cuando trepaba.

Luego de estar embarcaos
subió la marinería,
le aflojó la velería,
y el barco salió a dos laos.
Me acuerdo que bien delgaos
hicimos esa cruzada,

pues toda la paisanada,
cuanto el barco corcovió,
a vomitar comenzó
y a quedar despatarrada.

Viera al barco, ¡Virgen mía!,
¡correr con el ventarrón,
crujiendo la tablazón,
chiflando la cuerdería!
Mesmamente parecía,
al disparar tan ligero,
nube que arrea el pampero
cuando zumba, y de allá lejos
trai a los ombuses viejos
dando güeltas de carnero.

En fin, después del jabón
que nos dio tanto meneo,
el barco a Montevideo
se vino a dar del tirón.
Ya murieron un montón
de infelices argentinos,
que entonces a estos destinos
cayeron esperanzaos
en la alianza, y por confiaos
Rosas los puso barcinos.

También yo entonces llegué
tan sumamente cortao,
que una tarde de apurao
hasta el cuchillo empeñé:
desde entonces, creamé,
ni de mi gaucha sé nada,
pues la dejé abandonada
con cuatro criaturitas,
mis ovejas y vaquitas,
mi tropilla y mi manada.

Oiga no más mis lamentos:
aunque mejor es callar,
que no entrarle a relatar
todos mis padecimientos;
pues sería en los momentos
hablar de güeyes perdidos,
mencionarle lo fundidos
que todos hemos quedao,
a causa de aquel tratao
que hasta hoy nos tiene tullidos.
Así mesmo, hoy lo tenemos

Librodot

al saltiador en conflitos,
y puede ser que solitos
cualquier día lo estiremos:
sigún la fuerza que hacemos
los criollos, y sus paisanos
los franceses milicianos,
que con valor sin igual
por la causa liberal
pelean de ciudadanos.

Viendo la partida fiera
que su rey nos hizo, ¡ha visto!,
de hacer compadre, ¡por Cristo!,
al brigán... ¡quién tal hiciera!,
ni menos quién presumiera
que un rey así se portara
después que de MALA CARA
lo trató un gaucho albitrario,
cuando todos, al contrario,
¡creímos que se lo tragara!...

Pero, vanas esperanzas,
pues el loco Juan Manuel
anduvo a güeltas con él
hasta que le echó las mansas.
Lo pior es que en las cobranzas
de usté, nos ha traginao,
pues a mí que fui su aliao,
y a otros por estos parajes,
Juan Manuel como a salvajes
¡ni guascas nos ha dejao!

Al fin ese basigote
se lo aguantamos a Rosas,
pero no las cuatro cosas
que nos quiere hacer Guisote:
pues en ancas que Macote
nos amoló una ocasión,
que ahora nos largue a Pichón
a que nos venga a enredar...
eso ya es mucho amolar:
¿no le parece, patrón?

Ahí anda a lo volantín,
luciendo por el Cerrito,
de leva y de bigotito,
echándola de rosín.
¡Vaya un mozo malo y ruin!,
¿de qué manada será?,

no he visto, ni se verá,
un vicho más cabulista,
buscapleitos y enredista.
¡Jesús, qué barbaridá!

Gracias a qué don Lané
es un jefe de razón,
y con todo eso Pichón
medio lo hizo... no sé qué;
pero el hombre, ya se ve,
era novato y cayó;
mas, en cuanto coligió
que Pichón es un lagaña,
vea como se dio maña
y a las yeguas lo aventó.

Esto por acá, patrón,
es lo que hay entre dos platos;
no sé allá sus alegatos
si serán conversación:
pero si al gaucho ladrón
quiere darle un rato amargo,
sin más esperas le encargo
que sólo con don Lané
le haga sacudir, porque
lo demás... ¡es cuento largo!

Con que así, dispensará
el que lo haiga molestao;
y cuente por decontao
con mi aprecio y voluntá:
y si acaso por allá
me lo ve a don Martiní
me hará el favor, eso sí,
de pegármele un abrazo,
diciéndole que, si acaso,
vuelva a disponer de mí.

No ofreciéndose otra cosa,
concluyo, bien persuadido
que esta carta le habrá sido,
por supuesto, fastidiosa;
aunque una prueba amistosa
al mesmo tiempo será,
por la cual usté podrá
ver mi cariño completo
y disponer del afeto
de...
JUAN DE DIOS EL CHANÁ.

Librodot

Jacinto Cielo dando noticias de la derrota del queneral Núñez a los sitiadores flacones

¡Salgan no más rosines a juntar potros,
ya los amansaremos... entre nosotros!

¿Con que Núñez por la Horqueta
se andaba haciendo el potrillo,
y para verle el colmillo
FLORES le estiró la jeta?,
y que es mancarrón sotreta...
ha visto, porque mosquiando
fue a dar a la Colonia, pero chanciando.

¿Qué dice, amigo don Pancho,
de ese montón de laureles?
Siga largando papeles,
y diga que ha sido gancho.
Con que, ¿cómo va de rancho?
pues a Núñez hasta el chifle
se lo quitó CALENGO, que es alarife.

Si acá el ministro PACHECO
quisiera que yo saliese,
y por contrata les diese
carne gorda y charque fresco,
lo haría, porque apetezco
servir a los apuraos;
y a ustedes los contemplo, muy atrasaos:

Con todo eso que ha marchao
últimamente a campaña
Alderete, a darse maña
para acarriarles ganao;
pero sale tan delgao,
que si vuelve con salú
ha de ser gambetiando, como ñandú

¿Y Urquiza no llegará
con Juan Bolas y Badana?,
¿o se les quitó la gana
de bailar en la ciudá?
¡Mire qué temeridá
no aprovechar la ocasión!
Tin tin de la Aguada, tin tin del Cordón.

¿Y Violón, no se ha templao?,
¿y el general Cinturita,
no le manda a Manuelita
expresiones de Estibao?

Librodot

Vamos, que se le ha arrugao
el cuajo con la noticia,
o ha visto que la cosa lleva malicia.

Y Ángel Chifle que la embarra
a lo mejor, ¡voto-alante!,
puede ser que ahora les cante,
que otra cosa es con guitarra;
miren, si FLORES lo agarra
al salvaje federal,
¡ahí se pone las botas con el queneral!

Que a la Colonia llegó
casi en pelos, y a dos laos,
sólo con cuatro soldaos
de ochocientos que llevó.
¿Y las vacas que juntó?,
¿y las yeguas, y los potros?,
ya los amansaremos... entre nosotros.

Disputa y arrehlo que ocurrió en el sitio de Montevideo entre un ayudante y un sargento, ambos del ejército de Oribe; con motivo de la escasa ración de carne de carnero que se le daba al sargento para racionar a su compañía

SARGENTO: ¡Mi ayudante: a la verdad,
es muy chica esta ración!

AYUDANTE: ¡Rezongón!,
cállese y agarrelá.
Pues qué ¿no ve cómo andamos,
que de flacos nos cortamos
jefes y oficialería?,
¿y que hay día
de que al palo lo pasamos?

SARGENTO: Ya lo veo:
pero al mesmo tiempo creo,
que toda mi compañía
no puede comer un día
de medio carnero aspudo,
y de yapa catingudo
y flacón,
que eso ya da compasión;
porque nos causa fatiga
y blandura en la barriga:

Librodot

de no, vea mis soldaos
apuraos,
y siempre con seguidillas,
y las caras amarillas
de hambre y de necesidá:
porque cuando se les da
cada dos días ración,
ya les causa almiración;
y después,
la carne es tan de-una-vez,
azul de flaca y cansada,
que está la gente apestada:
de manera,
que siempre andan de carrera,
porque ni tiempo les da
a sacarse el chiripá.

AYUDANTE: Mentira: no sea puerco.

SARGENTO: ¿El qué?
Mire: vaya, asomesé
a la zanja de aquel cerco,
verá si hay una porción
que parece un batallón,
y en los apuros que está:
pues me río del Larruá,
sí, señor,
esta carne es mucho pior.

Luego después, sin pitar,
aguantar
diez días como sabemos,
no sé cómo poderemos
resistir;
porque, vamos al decir:
si hubiese facilidad
de colarse en la Ciudá...
NORABUENA;
ya sería menos pena
y nos daría corage;
¡pero, si hay tanto salvaje,
y tanto cañón morrudo!,
que con sólo un estornudo
de cada uno
no queda vivo ninguno
de nosotros; ni Alderete
creo que salve el rosquete:

Librodot

pues discurro
que no se escape ni el burro.

De balde dice Espadín
que se ha de colar al fin:
pero, ¡qué!,
¿o tiene esperanza usté,
mi ayudante?

AYUDANTE: ¿Que si yo tengo esperanza?
Mire: le diré en confianza;
que nos lleven por delante,
y que nos saquen el cuero
sólo espero:
y créamelo, sargento,
que le digo lo que siento.
Por supuesto,
sé que usté es hombre discreto
y que también es mi amigo;
ya sabe por qué lo digo.
Pero, mire:
aunque Alderete se estire
como tripa al arrancarla
de la panza y desebarla,
ha de ver,
que fiero se ha de encoger
el día que la pueblada
nos pegue una atropellada,
o Rivera
nos haga un dentro cualquiera;
pero yo, para ese trance,
cierto lance
les voy a jugar aquí.
Si usté quiere unirse a mí,
y a otros varios, creamé,
le irá bien, acuerdesé,
ya lo digo.

SARGENTOÑ: Sí, señor; cuente conmigo,
lo mesmo que con mi gente,
que andan apuradamente
y endeveritas rabiosos
de ganosos
por hacer una embarrada...

AYUDANTE: Bueno, escuche la jugada,

Librodot

y desde ahora piense ya
el fruto que nos dará.

El día que nos apuren,
antes que nos asiguren,
nosotros asiguramos
y amarramos
a Bárcena y a Violón:
porque, en la tribulación
que esos diablos se han de ver,
todo se les puede hacer.
¿No se le hace?

SARGENTO: ¡Pues no!, señor, al istante,
diga no más, mi ayudante,
si quiere que yo lo enlace;
y desde ahora le prometo
que a Violón se lo sujeto
ese día,
si corre de cuenta mía
hacer de él lo que yo quiera;
que es llevarlo a la trinchera
para que al general PAZ
le vea el gesto no más:
que luego éste lo destina
a la Legión argentina.
¡Ya usté ve
las botas que me pondré!,
ni a qué quiero más caudal
que entregar a ese animal.

AYUDANTE: Pues, corriente:
aliste no más su gente,
y dispondrá de Violón
con toda satisfación,
que al tuertito
Bárcena lo necesito,
para venderlo muy bien
y hacerme rico también,
porque don Frutos Rivera,
como quiera,
me da diez mil patacones
por sacarle los calzones
y pelarle la picana,
que es de lo que tiene gana;
y después ensebadito
se lo remite fresquito

Librodot

al conde de Poblaciones,
restaurador federal,
y capitán general
de mashorqueros ladrones.

Disculpa dirigida a un caballero inglés a quien le transmitió una falsa noticia que otro negociante inglés le dio de sorpresa y maliciosamente como positiva a Paulino Lucero, habiéndolo encontrado en la retreta del Viernes Santo en Montevideo, precisamente en la noche en que, con bastante atraso, llegó de Europa el paquete inglés, por el cual en aquellos días se esperaban noticias importantísimas para la causa de la libertad

SEÑOR PATRÓN D. J. B.

Montevideo 6.- Febrero de 1848.
Perdone la bola güera
que el Viernes Santo, patrón,
por pegarle un alegrón
le llevé a toda carrera;
si usté se la tragó entera,
así me la tragué yo,
desde que me la sopló
el hijo de la gran pu...
cara de ñacurutú
que en la plaza me topó.

¿Cómo pude afigurarme
de que ese sanabicha,
con su nariz de salchicha,
allí se fuera a olfatiarme
tan sólo para boliarme?
¡Si será el diablo ese ñato!
En fin, se habrá reído un rato
a mi costa, deje estar;
yo también le he de mostrar
que tengo sangre de pato.

De balde me dicen que es
bruto que suele, de una hebra,
a un botellón de giniebra
dormírsele alguna vez;
y que se goza después
que ha tomado su chubasco
de una cuarta o medio frasco,
en largarse con el pedo
a soltar bolas sin miedo
de que le peguen un chasco.

Librodot

Así me las ha prendido,
porque sé que en los paquetes
y allá entre los Bifisquetes
el ñato es introducido;
y, como es tan decidido
y salvaje, me amoló:
de suerte que consiguió
(por supuesto, con malicia)
embocarme la noticia...
¡ahijuna!, y me traginó.

Pero si otra vez intenta
divertirse a mis costillas,
y tiene el ñato cosquillas,
no le ha de salir la cuenta:
veremos, pues, si escarmienta
y aguanta esta cuchufleta,
que sólo es una indireta,
mientras no me da ocasión
de soltarle un nubarrón
más grande que la gaceta.

Con que, patrón, siendo así
el chasco dispensará,
si no salió la verdad
el notición que le di
conforme lo recebí
del bruto que me lo dio:
a quien ya le he dicho yo
que no aguanto bolas de ufa.
¡Vaya el ñato a que lo sufra
la p... unta de San Fernando!

P. D.
Por si no acierta, patrón,
a saber quién es el ñato,
velay, le haré su retrato:
fíjese en la filiación.

Es colorao, vivaracho,
ni muy alto ni petizo;
chato de anca, lomo liso
y máscara de capacho;
de narices, sólo un cacho
desde potrillo ha llevao,
muy fieramente pegao
desde la frente al bigote;
que a no ser por tal pegote
sería un ñato agraciao.

Librodot

Su servidor y pión,
P. LUCERO.

Remitido al Conservador, periódico que se publicó en Montevideo en tiempo del sitio grande

Amigo y patroncito del Consilgador,

Como apareao al invierno
ha caído por esta tierra
un Loro de Ingalaterra,
¡mozo lindo para yerno!

Hombre Loro tratador
que en el Río de la Plata
trató con Loro Batata,
y el Loro Restaurador.

Y como tengo mis dudas
de cómo se llama el hombre,
pues no estoy cierto si el nombre
es don Juden o don Judas...

El que comió mazamorra
allá en los Santos Lugares,
y tantió los costillares
de Manuela la cotorra...

Bailando la refalosa
y el cielito federal,
porque es Loro liberal,
y no Loro cualquier... cosa.

Aunque al gaucho Juan Manuel
fieramente le aflojó,
y al decirle el gaucho: ¡No!,
le respondió el Loro: ¡Well!

Pues a ese Loro, patrón,
que acá trata de voliarnos
y a la mashorca entregarnos,
porque él le tiene afición:

Yo que soy de la banda
de los Loros cimarrones,
le diré cuatro razones
en una carta ensilgada...

Librodot

Si usté, patrón imprentario,
a quien ésta le dirijo,
me asigura el nombre fijo
de Loro Cipotenciario...

Hoja de servicios del Brigadier general don Juan Manuel Rosas, gobernador del Continente Americano que el gaucho Santos Contreras le retruca en una carta

Anuncio de Santos Contreras al señor relator del Comercio del Plata.

Señor patrón, allá va
esa carta ¡de mi flor!,
con la que al Restaurador
le retruco desde acá.
Si usté la lé, encontrará,
a lo último del papel,
cosas de que nuestro aquel
allá también se reirá:
porque, a decir la verdá,
es gaucho don Juan Manuel.

CONTRERAS.

Excelentísimo señor Restaurador de las Leyes y Gobernador del Continente Americano

Montevideo, a 30 del mes de Rosas de 1849.

También de acá, vuecelencia,
pido como el porteñaje,
aunque soy gaucho salvaje
(con su perdón y licencia),
que sea su permanencia
infinita en el Gobierno;
porque será caso tierno
que vuelvan los unitarios
y que a sus peticionarios
los aventen al infierno.

¡Ah, gente linda!, jamás
tuvo tanta efervecencia:
¡barajo!, ¡qué diferencia
a la del tiempo de atrás!,
ya no puede ofrecer más
la pueblada que anda al trote
ofreciéndole el cogote,
y la fortuna y la fama:
velay, eso sí se llama

antusiasmo y no CEROTE.

Yo apenas, señor, le ofrezco
una pistola reyuna,
porque de fama y fortuna
completamente carezco.
Pero siempre que amanezco
con pescuezo, en realidá,
bendigo la libertá
que debo a la providencia,
ausente de vuecelencia
que es tan feliz por allá.

De eso me alegro, y no importa
que yo esté en Montevideo
atrasao como me veo,
y de yapa a soga corta:
esto un gaucho lo soporta
por más que haiga sido inquieto;
así, yo aguanto sujeto,
y aunque me voy aguachando
también me estoy preparando
para buen FEDERAL NETO.

Si tal me vuelvo, señor,
por allá me le apiaré,
y espero que lo hallaré
siempre de gobernador:
hágame pues el favor
hasta entonces de aguantarse,
no vaya a precitriparse,
déjese andar sosegao,
que bastante le ha costao
el poder acreditarse.

¡Vea el peligro fatal
que vuecelencia corrió
la vez que se le chingó
una máquina infernal!,
¡y esa campaña triunfal
que ha olvidado el almanaque,
la cual sin un triquitraque
vuecelencia terminó,
cuando al desierto marchó
y nos trujo el estoraque!

Después... la hazaña atrevida
que hizo en los Santos Lugares,
que en sus glorias militares

Librodot

es la más esclarecida:
pues con sólo una partida
y en mulas con aparejos
mandó traer desde allá lejos,
vivos para desollarlos
a sangre fría y matarlos,
a unos cuatro curas viejos.

Agregue en ancas, patrón,
la sensible y dolorosa
muerte de su cara esposa
y adorada Encarnación:
angustia que con razón
lo dejó de una sentada
con el alma atravesada,
deliriando de pesar,
hasta que mandó matar
a una mocita preñada.

Además, la decadencia
de su salú y los perjuicios
que tantísimos servicios
le han causado a vuecelencia,
por los que en Dios y en concencia
se le debe suplicar,
que no deje de mandar
aspótico y disoluto,
hasta que dé todo el fruto
y leche que puede dar.

Toda vez que no se acorte
ni se achique en el mandar,
pues merece gobernar
la patria de sur a norte,
debiendo hacerle la corte
los gobiernos interiores;
y si los gobernadores
quieren medio culanchar,
del cuerpo hágales sacar
maneas y maneadores:

Lo que podrá conseguir
fácilmente sin fatiga;
de ahí tendido de barriga
coja y échese a dormir,
que ya basta de servir
del año diez al presente,
y de estar costantemente
con fina benevolencia

Librodot

salvando la independencia
y el honor del Continente.

Eso sí, a la extranjerada
que firma en la petición,
debe premiarla, patrón,
siquiera con una inflada:
y ordenando la soplada
¿sabe vuecelencia a quién
a fuelle, y vela también,
le hará soplar la viruta?,
a ese hijo de la Gran... Bretaña
titulado don SARTÉN.

Y a quienes le hablen de asuntos
o reclamos al gobierno,
despáchelos al infierno
o a cenar con los difuntos;
o que acudan todos juntos
a la niña Manuelita,
pues ya estará la mocita
vaqueanaza en el despacho,
y será un ministro ¡a macho!,
como para su tatita.

Sólo de la Intervención
encárguese en el asunto,
y no le recule un punto
en ninguna pretensión;
duro y parejo, patrón,
dele guasca, retrucando,
y si le siguen mandando
condes, loros y marqueses,
a gauchadas y dobleces
váyaselos traginando...

Como hizo en aquel invierno
cuando cayó a nuestra tierra,
creyendo cortar la guerra,
Lor Jauden del quinto infierno:
que cuando estuvo más tierno
para arreglar la pendencia,
ahí mesmito vuecelencia
medio lo deschabetó;
y alzó moño, que, si no,
lo sopla en la Residencia.

¡Ah, loro manso y rosín!,
me acuerdo que se dio maña

Librodot

a bailar la media caña
y ya se olvidó del rin,
tan de una vez, que al violín
le hacía asco en un fandango:
pero, al sentir un changango,
en cualesquiera cocina
se le afirmaba a una china
y no era muy maturrango.

Yo no sé quién me hizo el cuento
que ya se ha restablecido;
pero ¡cuándo!... si he sabido
que estuvo en un parlamento,
donde soltó un argumento
alabando a vuecelencia;
lo que prueba a la evidencia
que si no es zonzo es un pillo,
o que el último tornillo
se le ha aflojado en la ausencia.

Pero, ¡por Cristo!, todo esto
¿qué importa en mi pretensión?,
¡voto al diablo que al botón
me iba saliendo del tiesto!
Así, otra vez me recuesto
volviéndole a suplicar,
que no se vaya a enojar
con la gente que hoy alega
y de rodillas le ruega
que no se piense largar.

Aunque yo estoy presumiendo,
que vuecelencia se empaca,
y a la junta me le atraca
su negativa, diciendo:
«De que lo están ofendiendo
con tantos ruegos en vano,
y que es un paso villano
el que ha dado el pueblo todo,
suplicándole de un modo
tan antirrepublicano».

Pero, si los hombres andan,
calientes, le untan la mano
al obispo de Medrano
y de empeño se lo mandan,
siguros de que le ablandan
vuecelencia el corazón;
largándole en procesión

Librodot

a ese obispo que anda a gatas
con flaires, curas y beatas,
y con igual petición.

Yo no creo que se enoje
en ese caso, señor,
aunque a lo Restaurador
hará lo que se le antoje:
pero en caso de que afloje
a ese clamor general,
voluntario, liberal,
de todo el pueblo argentino,
ábrale cancha a un destino
¡ALTAMENTE FEDERAL!

Entonces no desespero
que almitir a vuecelencia
volviéndole su clemencia
al pobre campanillero,
que como buen artillero
se aguanta al pie del cañón:
de balde en la estimación
de vuecelencia ha fallao,
así mismo maltratao
no le larga el esquilón.

Luego en pago del afán,
con que tan fiel le ha servido,
merece ser ascendido
lo menos a sacristán;
que, si lo hiciera guardián
de allá de la Recoleta,
sería una obra completa,
dina del Restaurador,
concederle ese favor,
ya que está viejo y maceta.

Yo pienso hacer la zonzera
de aguantarme por acá,
mientras vuecelencia va
llenando allá su manguera;
entre la cual bien pudiera
alzarse la salvajada
ahora que está entreverada:
y esos brutos y baguales
de sus buenos federales
sufrir una disparada.

Por último, esta ocurrencia,

Librodot

velay, señor, me ha venido:
por su madre se lo pido
y suplico a vuecelencia,
que me haga la complacencia,
cuando el caso se lo exija,
y haiga de soltar manija
por cualesquier desacierto,
o porque ¡se caiga muerto!,
de largarle el mando a su hija...

Que así la niña podrá,
si el cargo le desagrada,
soltárselo de humorada
a don Eusebio, o Biguá,
a quien Batata inflará;
y cuando esté barrigón,
lo hará empuñar el bastón
y que salga a gobernar,
y al mismo tiempo a solfear
A LOS DE LA PETICIÓN.

Hasta la
vista, patrón.
El
Gaucho,
SANTOS
CONTRERAS.

La despedida al comeloro don Herbete

A fin largando manija,
sin esperar que oscurezca,
se va el Viejo CARNE FRESCA
y el chasquero don Balija:
ojalá a tal sabandija
luego la avente un arriero
rempujador del pampero,
y en lo más hondo del charco,
a los DOS SOLOS el barco
se les ponga de sombrero.

Cosa que de la sumida
como zamaragullones
a salir a Patagones
vayan de una zambullida:
y que al hacer su salida
por la costa, entre dos luces,

los vean los guaicuruces
a pie y con la panza hinchada,
y me los corra la indiada
creyéndolos avestruces:

Y los lleve pisotiando
por el monte y por la sierra,
desde allí hasta Ingalaterra,
donde lleguen trompezando:
y así que vayan llegando
a sus pagos, la inglesada
caliente y alborotada,
y en la punta PALMETÓN,
se les vengan en montón
y les larguen la perrada.

Después de este zamarreo,
que no pasará de chanza,
pueden con toda confianza
volver a Montevideo
donde yo espero y deseo
que vuelvan otra ocasión
don Balija y su patrón,
y los aguardo, al primero
con un reyuno aguatero,
y al otro... un zaino rabón.

Remitido que salió a consecuencia de la publicación anterior

Señor auditor del COMERCIO DEL PLATA

También las gauchas sabemos
escrebir como cualquiera,
y de la mesma manera
de hacer coplas entendemos:
siendo así, le alvertiremos
a Contreras, que se engaña
si ha creído que en la campaña
la china más inorante
recibe por consonante
tras de viruta... Bretaña.

Ni aguanto que nos atraque
la otra trova que nos sopla,
queriendo hacer cair en copla
primavera y estoraque;
y aun cuando Santos le achaquel
las culpas al imprentero,
digo que es verso muy fiero,

Librodot

por lo que me hallo caliente:
y ansí se lo hago presente
por su conduto al coplero.

Su paisana, la Isidora.

El Zorrocloco

Montevideo. Agosto 28 de 1850.

Ayer tuve mis trompiezos
con un maldito rosín
mansito, pero muy ruin,
y más blanco que los güesos.

¡No sirve!, porque es arisco,
zorro viejo de-una-vez:
¡qué diablo!, ¿saben quién es?,
es un zarco o medio vizco.

Bajito de aujas, lunanco,
y de muy mal ensillar,
que se puede desgrasar
muy bien su levita blanco.

Frentoncito, cara angosta:
usa un sombrero enflautao,
y al caminar es doblao
como pierna de langosta.

Anda con una devisa
finita, y como viruta
de arrugada, y sin disputa
más sucia que su camisa.

Que acostumbra dir a misa,
y haciéndose el santulón,
no se le escapa pichón
con aquel ojo de liza.

Porque se pone muy tieso
al lao de la agua bendita,
y a mocita por mocita
les brinda y duebla el pescuezo.

Pero en llegando a las viejas
figura que está rezando;
pues se agacha rezongando

Librodot

y entre-frunciendo las cejas.

De allí sale a su tragín,
que lo tiene por la Duana,
aonde suele de mañana
dir a ler un boletín...

Diciendo que se lo halló
allí cerquita, al dar güelta,
y es de los que Pancho suelta,
si no es que se lo mandó.

Pues ayer, medio trabao
al camino me salió,
que ni sé cómo me vio
con aquel ojo ñublao.

Por supuesto, se me vino
a platicarme derecho
después de templar el pecho
en la mitá del camino.

Y a mí, cuando me cocea
este rosín, ni me engaña...
si le conozco la maña
y del vaso que renguea.

Pues, señor, me pilló a pie;
ansí es que sin embarazo,
luego que me dio un abrazo,
me dijo: «¿Cómo está usté?

¡Cuánto me alegro de verlo
tan gordo y tan colorao!
¡Qué!, ¡si está desfigurao,
y no es fácil conocerlo!».

Con que, yo le contesté:
«Estoy güeno a su mandao;
gracias a Dios, he sanao
de un balazo que llevé».

«¡Pobre mi amigo Jacinto!
(me dijo), nada he sabido:
y el no verlo he atribuido
a otro motivo distinto».

«¿Pobre yo? (le respondí),
no, amigo, usté se equivoca;

Librodot

a cada hombre al fin le toca,
y ahora me ha tocao a mí».

Entonces encogió el hombro
el tuerto señó... ¡C... anejo!...
que le sacan el pellejo
si por descuido lo nombro.

Y me dijo: «¡pues, cuidao!,
o para mejor decir,
ándese usté a ver venir,
ya que por suerte ha escapao».

Al tiro le contesté:
«cuando vienen, bien los veo,
y también me los arreo
por delante: creamé...

Que a rosín que agarro a tiro,
bien pudiera ser a usté,
con franqueza digolé,
le haría dar un suspiro».

«Sí se lo creo, ¡pues no!»,
(dijo el liendre, medio fulo)
y luego ansí al disimulo,
oigan cómo se me apió...

«¡Ay, amigo!... con verdad,
hablando acá entre nosotros,
matarnos unos con otros
¡es una infelicidá!

Y agregue usté a los reveses
de nuestra triste fortuna,
que ahora sin razón ninguna
se nos mezclan los ingleses...

Que es motivo principal
para que esto no se acabe,
pues todo paisano sabe
de que a la Banda oriental...

Todita la extranjerada
le tiene mucha afición,
y ahora encuentra la ocasión
de colarse la inglesada...
Que se desembarcará
a intervenir en la guerra:

y por fin, de nuestra tierra,
¡quién sabe lo que será!

Así es que yo más quisiera,
antes que con los ingleses,
arreglarme una y mil veces
con esa gente de ajuera.

Y someterme también
a ellos con gusto, y primero
de que a ningún extranjero:
¿diga usté, no digo bien?».

«Pues no ha de decir ¡friolera!,
muy clarito se ha explicao:
y lo que más me ha gustao
ha sido el con los de ajuera.

Pero sería mejor
que usté no se haga el mulita,
y el diablo luego permita
que le cueste un sinsabor...

Criticar a los ingleses
parque no son mashorqueros,
ni los otros extranjeros,
y menos a los franceses.

¿O ahora recién cosquillea
viendo que la extranjerada
se opone unida y armada
a que le saquen manea?

¿Pues, usté antes festejaba,
entusiasmao de una vez,
a cierto ministro inglés
que a Rosas lo palanquiaba?

Cuando a Rosas el gobierno
de allá de la Ingalaterra
le ofreció para la guerra
plata y barcos como infierno...

¿Cómo entonces no decía:
qué será de nuestra tierra,
ni que era injusta la guerra
en que el inglés se metía?
Finalmente, amigo Ce...
bastante hemos conversao:

Librodot

¿en qué cuerpo está enrolao?,
haga favor, digamé».

«¿En dónde estoy enrolao,
dice? En la... ¿cómo se llama,
un cuerpo que tiene fama,
de... la... la?... Se me ha olvidao».

«¿En la Mashorca, será?,
ahí mesmo, sí, debe ser:
¿y su papeleta?, a ver,
amuéstreme, saquelá».

«Hombre: no la traigo aquí
casualmente (respondió);
pero usté sabe que yo
soy su amigo; ¿no es así?».

«Bien; si no la trai consigo,
iremos hasta la Aguada;
¡que no le ha de pasar nada!,
pues yo también soy su amigo.

Pero tengo orden direta
que me dio mi coronel,
de llevarle a todo aquel
que pille sin papeleta».

Al decirle estas razones,
el rosín se atribuló,
y ahí no más ya le chorrió
algo por los zapatones.

«¿Qué es eso?, le pregunté:
¡cómo!, ¡qué!, ¿se está orinando?,
no se asuste, si es chanciando:
¡voto al diablo!... larguesé».

Y ya salió muy ufano
mirando de rabo de ojo,
y luego como de antojo
un granadero italiano
llegó a pedirle la mano,
que el rosín se la soltó;
cuando en esto reparó
que pasaba don PURVIS,
y el vizco como perdiz
¡hasta el suelo se agachó.

Librodot